

BIBLIOTECA ECONOMICA DE ANDALUCIA



E. PERIÉ

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCÍA.

LIBRO DE CUENTOS

BLANCOS Y NEGROS,

VERDES Y AZULES,

POR

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

Abridle paso: está loco.

::: (Shakespeare.)

Reg.^o 11.530

SEVILLA.

EDUARDO PERIÉ, EDITOR.

PLAZA DE SANTO TOMÁS, 13.

1871.

I.

EL MONTE.

(CUENTO BLANCO.)

Era el año de gracia de 1846, y caso verdaderamente excepcional en un estudiante, ni sabia yo agarrar un taco, ni habia apuntado una carta; debiendo añadir, para mayor extrañeza de mis lectores, que eran cabalmente condiscípulos míos los jugadores de villar de más nombradía, y los perdidos más completos por entonces, que habian de ser más tarde cucos y griegos de alto bordo, algunos hoy nobilizados y hasta célebres. Consistia este fenómeno, más que en virtud mia, en que yo no era mero estudiante, como casi todos mis camaradas, y la dura ley de la necesidad, combinándose con mi innata afición al periodismo, absorvia mi tiempo en estudios y tareas que

no dejaban espacio á esa funesta ociosidad, madre de todos los vicios. Pero como quiera que no haya medio de sustraerse á la atmósfera que os circunda, que os invade y que os domina, cuando sus vapores se condensan en torno vuestro, y el vértigo se apodera de vuestros sentidos, imposibilitando á la voluntad el libre ejercicio de sus medios naturales de defensa contra la infección contagiosa que os subyuga, el ángel de mi guarda fué vencido por el espíritu de la tentación una noche memorable, y voy á referiros el cómo ya que sabéis el cuando desde el principio de este, que llamo cuento, por más que sea una historia.

Era una noche de Febrerillo *el loco*, pero Febrerillo estaba aquella noche de remate: llovía sin interrupción; un viento huracanado amenazaba arrebatarse al transeunte en sus furiosas rachas; relámpagos siniestros serpeaban por el negro horizonte, y establecimientos y casas particulares cerraban sus puertas, aunque el toque de ánimas vibraba aun entre las revueltas ondas del aire. Embozado hasta las cejas, procurando en balde oponer el paraguas á la lluvia que me azotaba el rostro, y resistiendo al ímpetu del huracán que estrellaba sus ráfagas contra mi endeble persona, busqué refugio en el café de moda de Sevilla, nombrado del *Turco*, sito en la calle de la Sierpe, y al llegar cerca del mostrador me llamaron con tremenda algazara hasta una docena de condiscípulos, que apuraban el contenido

de una enorme ponchera, armando una batahola de todos los diablos.

—¡Vaya! exclamó el tumultuoso jerezano C*... brindándome una copa. Beba la literatura.

—Que improvise! exigió el antipático J...., luego fiscal de imprenta y de los más atrabiliarios.

—¿Qué se celebra? pregunté, aceptando mi ración de ponche.

—Tres golpes, dados á una vaca en comandita y á peseta por barba, contestó C*..... con cierto énfasis.

Apuré la copa de un trago, sin entender lo de los golpes, ni lo de la vaca; pero comprendiendo que no debía pedir informes so pena de caer en el ridículo.

—Con una pierna sola no se anda, me dijo el cariñoso F.... presentándome su copa con afable invitación.

Cerré los ojos y bebí la mitad de aquel líquido, que me abrasaba á su paso la larinje.

—Hónrate con la compañía y siéntate, me dijo el antipático J.... que está hoy casado con una Medusa por más señas.

—Vuelvo, repuse pretextando urgencia, y salí del café por el postigo de la calle de Limones; evitando un choque inminente con un majadero tal como J...., empeñado en buscarme las cosquillas sin fruto durante diez años de carrera.

A un hombre refractario á las bebidas alcohólicas sobra con copa y media de ponche de limon

para producirle sensible trastorno, y ya en la calle conocí que las luces brillaban más á mi vista y que mi sangre circulaba con más brio, pareciéndome la noche menos tempestuosa que antes. Llegué al antiguo café del Rezo, en cuyo piso principal sabia yo que habia juego, como en el café del Turco, y tomé asiento ante una mesa, haciéndome servir una taza de té, para observar á mi sabor á los que subian la escalera ó bajaban del templo del azar, entregado á ese bullderio vertiginoso de vagas ideas, que produce el primer período de la embriaguez, y que tanto agravan la cargada atmósfera y el bullicio ensordecedor de semejantes establecimientos en las horas de mayor concurso.

El espíritu de la tentacion aprovechó tan propicia coyuntura para insinuarse en mi alma por los flacos de mi carácter, y yo juraria que me dijo al oido estas palabras:

—Escritor público, y no sabe lo que es una vaca, ni cómo se le dan tres golpes! Pretende hacer cuadros de costumbres y no ha entrado en un garito! Se juzga de la masa de Dante, pero sin osar descender al infierno!.... Estúpido ¡cómo has de enseñar si no aprendes!.... ¿Qué vas á decir de bueno ni de nuevo á lectores que saben lo que tú ignoras?

No sé donde andaría el ángel de mi guarda; pero es lo cierto que me levanté con resolucion firme, y subí la escalera detrás de un señor de buen aspecto, con quien me introduje sin dificul-

tad, creyendo, sin duda el portero que íbamos juntos. Atravesamos un corredor, luego una pieza que servía de antesala, y entré por fin en el salón á tiempo que un sordo murmullo y el ruido de las monedas indicaban á los iniciados el término de una tallada importante.

—Señores, (dijo un celador con tono de autoridad) un poco de silencio, que se oye todo en la calle.

El murmullo fué apagándose gradualmente mientras barajaba el banquero.

El espectáculo merecía la pena de contemplarse, pues en aquel conjunto descubría el observador todas las pasiones que en el sér humano envilecen el espíritu: la insolencia del ganancioso; la ira del desgraciado; el sombrío silencio de unos; la nerviosa inquietud de otros; la envidia de estos; la codicia de aquellos; la altivez de esos; la servilidad degradante de esotros; la blasfemia en unos lábios; el infierno en unos corazones; todas las tempestades bajo una calma terrible. En cuanto á la escena sobra con decir que no bastando las sillas en torno de la larga mesa, había dos filas de jugadores que en pié y en compacta masa no permitían acercarse al ára de los sacrificios á la ciega fortuna; pero el espíritu de la tentación, que allí me había conducido, deparóme un compañero obsequioso, quien me llamó, cediéndome un lugar trás de la silla del banquero.

—Juego, dijo este echando el albur: un dos de bastos y una sota de oros.

Me pareció que aquella sota se sonreía, ufánándose con la áurea placá que ostentaba en la diestra, y sacando cuatro piezas de á veinte reales, que eran el capítulo de imprevistos del presupuesto mensual, alargué la mano para depositar mi ofrenda á la derecha de la gentil sota: un peso fuerte, con el busto de Cárlos III.

—Juego, repitió el banquero con ceremoniosa formalidad y salió el dos de espadas.

—Entrés por un punto, anunció una voz brillante, y siguiendo el eco de aquella voz distinguí á un conocido título de Castilla, sentado á un extremo de la mesa y al abrigo de la sombra.

—Entrés por un punto, repitió el banquero cruzando el dos de espadas con el dos de bastos.

—¡Qué necedad! pensé yo: tiene dos naipes á su favor en la baraja y tres nosotros. No comprendo la ventaja de su juego. Vamos con otro duro al entrés.

Y dicho y hecho, un Cárlos IV fué á reforzar á Cárlos III de cuenta mia.

—Juego, repitió el banquero, volviendo la baraja y mostrando el as de copas en puerta.

Tiró del as y apareció el seis de bastos, y trás del seis de bastos el dos de copas.

El título de Castilla se llevó un puñado considerable de monedas de oro y plata, y á Cárlos IV entre los demás cautivos; apresando el gurupié á Cárlos III, á quien apartó en un montoncito especial de plata de ley.

Creí ver que la sota se sonreía como el Mefis-

tófeles de Goethe, y celebré que la recojieran pronto.

—Se están dando menores arriba, díjome al oído el camarada que me cediera su puesto.

Pude reprimirme y no contestar lo que merecia tan inoportuna observacion despues del naufragio de mis dos duros.

Tuve un momento lúcido y traté de marcharme; pero habia una fila triple que romper y me detuve.

—Juego, dijo el sacerdote del envite, echando el albur: rey de bastos y as de bastos.

—No juego, murmuré apretando con mano convulsiva á Luis Felipe y á Fernando VII.

El gallo fué sota de bastos y caballo de espadas.

—Al caballo, dije al banquero entregándole al rey de los franceses.

—Bien jugado, aprobó mi condiscípulo con aire de competencia. Menores arriba, mayores abajo.

Despues de su eterna fórmula—*juego*—volvió el banquero la baraja.

¡Oh rabia! La sota de oros, con su gorrita de buches, con su mano izquierda á la cintura y con el dorado escudo en la diestra, galana y altiva en su desplante, estaba en puerta la traidora, conjurada contra mí; no habiendo defendido mis dos sólidas y antiguas monedas del ominoso dos de copas, pero adelantándose á los ginetes para aprisionar en emboscada infame

á aquel noble tipo del rey-ciudadano.

—Quebró el juego, me confió al oído el inteligente camarada de las luminosas observaciones.

No pude contenerme, y guardando en el bolsillo á Fernando VII, me abrí paso como un loco, y bajé la escalera, maldiciendo el instante en que la subí; porque más que los tres duros sentía yo la insolente mofa de la sota de oros.

—¿Dónde vás, chico? me gritó una especie de Hércules, que ocupaba un asiento ante la mesa central del patio.

—Adios, Juan Antonio, le respondí tendiéndole mi mano con efusion cariñosa.

Juan Antonio S*... era un estudiante, oriundo de Extremadura, de familia acomodada, índole aventurera, y condicion particularísima. Había cursado en Sevilla, en Salamanca, en Granada y Madrid, y acababa de trasladar á la universidad de Valladolid su matrícula, obteniendo licencia por enfermo, cuyo plazo espiraba en los primeros días de marzo. Fuerte como un atleta, bravo con la fiereza reposada del leon, alegre, franco, ingénuo y leal, Juan Antonio parecía un rezago de aquella juventud extremeña, que con Hernan Cortés, Pizarro y Almagro, hizo un poema de la conquista americana.

—Siéntate y pide lo que gustes, me dijo cordialmente.

—Gracias, respondí instalándome á su lado y rehusando la segunda cláusula de su invitación.

—Pareces preocupado, añadió con sonrisa maliciosa. ¿Ha sido ingrata la fortuna por allá arriba?

—Al primer tapon zurrapas, contesté despedido y aprovechando el conocido refran, aplicable á mi aventura.

—Cuéntame eso, chico, me instó con amable interés.

Aunque disipada algun tanto la escitacion que el ponche me produjera, todavía algo de fantástico y de trastornador bullia en mi cerebro, comunicando á ideas y lenguaje un giro de exaltacion extraordinaria.

—Pobre amigo! exclamó al conocer la tragedia en todos sus detalles. Has escapado como el naufrago, con una tabla del deshecho bajel. Ese duro es el de la suerte, créelo, y voy á probártelo.

—¿De qué manera? pregunté lleno de curiosidad.

—Jugándole á vaca y dándole tres golpes, repuso el Alcides extremeño dispuesto á levantarse.

—Toma, dije entregándole á Fernando VII, y absoluto porque llevaba la fecha de 1824.

Juan Antonio, dejando el capote y el paraguas sobre una silla, dió un paso hácia la próxima escalera.

—Un momento, exclamé con solemnidad cómica. Necesito saber lo de la vaca y sus tres golpes.

El interpelado me lo explicó brevemente.

—San Marcos proteja esa vaca, dije con fervorosa entonación, despidiendo al camarada expedicionario que subió la escalera con ese aplo-mo, característico de los hombres de temple firme.

Llovía de una manera tan desesperada, que el ruido de la lluvia sobre los cristales de la mon-tera, que resguardaba el patio del antiguo café, dominaba el estruendo de las conversaciones y el continuo choque de las piezas de dominó, entre-mezcladas por los aficionados á este cándido jue-go, que allí se repartían en varios círculos.

Las sienes me latían con violencia: una especie de neblina envolvía los objetos á mi vista turbada: la atmósfera de aquel pandemonium pesaba en mis pulmones con una sensación de penosa angustia. Cerré los ojos con extrema fatiga, reclinando la cabeza en una columna de már-mol, de las que sostenían el vuelo del corredor, y el frío de la piedra me produjo una impresión agradable que templó la irritación de mi cerebro.

A los diez minutos de esta abstracción profunda recibí un golpe en el hombro que me hizo estremecer, y era el camarada que me había cedido su puesto allá arriba quien se permitía sacarme de mi grato sopor.

—¿Has visto entrar á mi primo H*...? me preguntó con cierta ansiedad.

—No lo he visto, respondí lacónicamente y

disimulando mi disgusto por aquella ocurrencia importuna.

—Me se ha concluido el dinero (añadió con aire de confidencia) y se está dando una cruz infalible ¿Te queda algun dinerillo que prestarme, chico?

Por toda respuesta le eché una bendicion, digna del Patriarca de Jerusalem por lo reposada y lo solemne.

—Vaya, adios, me dijo deshauciado y saliendo en busca de recursos para perderlos en sus jugadas magistrales.

Volví á tomar la postura cómoda, y esta vez el sopor llegó al éxtasis y pasó al sueño; pero sueño, hermano de la muerte, sin imágenes ni panoramas de la vida: sueño de los que el vulgo llama gráficamente *de piedra*.

—Eh! Despierta, hombre! me gritó una voz clara y robusta.

—¿Qué hay? pregunté sacudiendo la pereza al impulso de un brazo que me movia brúscamente.

—Mira, repuso el alegre despertador.

Sobre la mesa, y contenida en un pañuelo blanco, habia una cantidad de cierta consideracion en monedas de oro y plata; abundando los medios duros y las pesetas, tipo de las postas comunes en la plebe tahir.

—Muy bien, exclamé complacido ante aquel espectáculo. Pero estos no han sido tres golpes, señor Juan Antonio.

—Pero el capital se hizo en los tres golpes, repuso mi camarada positivamente. Acabo de perder una tercera parte á la sota de oros, y dí por terminada la sesion.

—¡Maldita sota! murmuré cojiendo del monton una media-onza de Fernando VI, que parecia recién acuñada, y examinándola con legítima complacencia de anticuario.

Juan Antonio recogió el dinero, y yo concedí hospitalidad en el bolsillo al Augusto de los Borbones.

—Son las once, dijo S*.... consultando el reloj. Vamos á la Bomba y tomaremos una chuleta y un vaso de vino.

—Vamos adonde ordenes, ilustre vencedor, le respondí levantándome.

Mi amigo se abrochó el holgado capote de barragan; tomó el paraguas, y salió del café con la magestuosa calma de todas sus acciones, siguiéndole yo como Pílaes á Orestes.

La hostería de la Bomba en aquella época era el número uno de los establecimientos de su género en la metrópoli andaluza, cuando no habia esos *restaurants*, que hoy concilian tan perfectamente el esmerado servicio con el decoro de los parroquianos y el buen orden de tales casas. Entramos, pues, en la Bomba, y acomodándonos en una sala interior nos fué servida la cena, á eleccion de S*... que tenia tantas fuerzas digestivas como musculares, y cuya cabeza no trastornaban los espíritus alcohólicos así como quiera.

El gran corazon de aquel hombre, de molde vetusto y perdido por desgracia, rebosaba en todos los accidentes de su conversacion y estimulada su espontaneidad por frecuentes libaciones, que le animaban sin enardecerlo ni extraviarlo, me proporcionó propicia coyuntura de comprobar la exactitud del adagio—«*vinum veritas*,»—que nos transmitiera el saber de los antiguos.

—Son las doce, dijo abandonando la mesa, y dando tres palmadas para que acudiese el rapaz astur que nos habia servido de Ganimedes, quien compareció solícito y risueño con su eterna pre-pregunta—«*¿qué se ofrece, señores?*»—

Pagado el gasto salimos de la hostería, sin necesidad de abrir el paraguas, por haber sosegado el temporal, aunque sin despejarse el horizonte, y Juan Antonio me precedió, silbando un wals de Strauss á la sazón muy en boga.

Por la calle de Manteros seguimos á la de Catalanes, y cerca del callejon de Lombardos se detuvo mi camarada de improviso.

Una muger le habia salido al encuentro, y al reflejo del farol de la esquina, y al resplandor del quinqué de la taberna de enfrente, abierta aun en contravencion de las ordenanzas municipales, podia distinguirse en su rostro y traza una belleza notable, ajada por crueles padecimientos, y en su traje ese desórden que denuncia la miseria.

—Caballero, (esclamó con actitud desesperada) socorra usted á una pobre viuda, con tres hi-

jos, enfermo el uno y los otros hambrientos, y que sale á esta hora, por primera vez, á mendigar por esas calles.

Juan Antonio quedóse mirando de hito en hito á la extraña pordiosera, que por su acento parecía castellana.

—Señora, le dijo con severa entonación, ¿es verdad cuanto me ha dicho?

—Sígame usted, contestó la viuda con expresivo ademán. Estamos cerca de la accesoria que ocupo, y de la que mañana saldré porque me ha despedido el casero en vista que no puedo pagarle. Vamos, caballero.

—No, contestó secamente Juan Antonio. ¿De dónde es usted, señora?

—De Madrid, respondió con profunda tristeza aquella muger. Mi pobre marido vino aquí hace un año, y ha muerto hace un mes en el hospital. He vendido cuanto tenía, y hoy me encuentro sin casa, sin pan, sin amparo.....

—Eso no, interrumpió mi camarada, tome usted y Dios la ayude, señora.

—¡Oh caballero! exclamó trémula de emoción y de íntima gratitud la infortunada. Dios bendiga á usted.

—Y á este, interrumpió Juan Antonio volviéndose á mí para señalarme; porque ese dinero era de los dos.

Y echó á andar en dirección á la calle del Ángel, silbando el consabido wals de Strauss.

Yo le seguí sin proferir una palabra.

Cerca del ex-convento carmelita del Ángel se detuvo y me dijo:

—Lleva cerca de cien duros, y bien puede volver á Madrid con ese dinero. Quizás lo hubiéramos perdido mañana á la sota de oros. ¿No te parece?

II.

EL CAZADOR DE HOMBRES.

(CUENTO NEGRO.)

Los novelistas y etnógrafos que tan poéticos y originales encuentran á los bandoleros andaluces, como Diego Corriente, *el Rubio* de Espera, Andrés *el barquero* y Fantasía, y tanto gustan de trazar los cuadros terriblemente fantásticos y las siniestras aventuras de esas partidas famosas de los niños de Écija, de José María y del Chato de Benamejí, se han privado voluntariamente de una parte, y no mínima, del interés de esos cuadros sombríos en el estilo de Salvator Rosa; eliminando de sus argumentos y de sus relaciones á ciertas celebridades en la persecucion de los bandidos, que bien merecian figurar en dichas páginas, acreciendo con el incentivo

poderoso del contraste la curiosidad de sus cuentos é historias, relacionadas con la vida turbulenta de los malhechores de acá ga nombradía.

Más de una docena de héroes, gefes de partidas en persecucion de salteadores y maleantes, suministrarían á novelas y cuadros de costumbres tipos y escenas dramáticas de un efecto seguro en la imaginacion impresionable de sus lectores; y aun en tiempos recientes y coincidiendo con la organizacion en España de la guardia civil, Andalucía pudiera brindarles con las imponentes figuras de cuatro verdaderos cazadores de hombres: dos en la policía urbana, Campa en Sevilla y Faletti en Cádiz, y otros dos en la policía rural, Barron en el término de Carmona y Nozaleda en el de Estepa.

Para demostracion práctica de que estos cazadores de hombres valen la pena de ser conocidos en sus arriesgados lances y en las raras peripecias de su expuesto ejercicio, voy á contaros uno de tantos episodios en la ajitada existencia del partidario Barron, á quien traté lo bastante para convencerme de que habia nacido con la mision de dirigir, como capitan de montería, esas batidas de fieras humanas, que libertan de tiempo en tiempo á los moradores de ciertas rejiones andaluzas de zozobras, acechanzas, insultos y catástrofes. Don Francisco Barron no era un criminal, puesto de parte de la sociedad y contra sus antiguos camaradas, como tantos se han visto, sino un hombre de bien, apasionadamente afecto á la

persecucion de facinerosos, luchando con ellos en valor, en astucia y en perseverancia: un cazador de hombres, que conciliaba su irresistible vocacion con el servicio público en una dilatada zona de Andalucía.

Llevaba cinco años de funcionar en el extenso y accidentado término de Carmona la partida rural de Barron, organizada con el eficaz concurso de vecinos, propietarios, hacendados y labradores de aquella fértil comarca de la Vandalia antigua, presa de vándalos modernos, que hicieron indispensable una guerra de exterminio, fiada á la intrepidez, á la sagacidad y á la vigilancia infatigable de una persona, que ya como jefe de escopeteros habia dado pruebas de sus cualidades, mereciendo el título de cazador de hombres.

La situacion del término de Carmona, centro de la baja Andalucía, la facilidad con que se encubria y abrigaba á la mala gente en ventas, caseríos, molinos, chozas y sombrajos, la escandalosa impunidad de bandoleros, ladrones de bestias, incendiarios, rateros y dañadores, y la complicidad directa ó disimulada de ciertos moradores de la ciudad y su campiña en las hazañas de los criminales, hacian imposible la existencia de los hombres honrados y laboriosos en aquel país, teatro de continuos atropellos á personas y propiedades, y féudo de una gavilla de facinerosos, prófugos de arsenales y presidios, abijeadores, y demás canalla latrocinante.

Barron fué elejido comandante de la partida rural, y comenzó por desechar algunos individuos de los puestos á sus órdenes, reemplazándolos con otros de su entera confianza, hasta montar la fuerza á medida de sus cálculos y deseos; empezando la campaña en la ciudad y en despoblado con seis ejemplares y aterradores escarmientos, de que resultaron víctimas los bandidos más desalmados y de mayor renombre en el territorio. Siguieron multitud de sorpresas en gañanías, cercados y molinos de gente *non sancta*, acojida á la culpable hospitalidad de los labriegos, y escondites y puntos de reunion de la langosta asoladora de aquel término fueron cargados súbita é impetuosamente por la partida, que hacia pocos prisioneros y daba escasa tarea al juzgado de Carmona, llevando más muertos á la puerta de la cárcel que presos á sus calabozos.

A los dos años de persecucion sin tregua, los encubridores de bandidos y los cómplices de rateros hiciéronse confidentes de D. Francisco Barron, y la cacería mudó de carácter; porque no es lo mismo batir á la aventura que hacer aguar-dos en puestos ventajosos. Al año de luchar con tal éxito contra los malhechores disminuyeron los casos de mayor entidad, redoblándose las medidas extremas contra hurtos y daños, y en el tiempo á que se refiere nuestra historia hombres, como el barquero de Cantillana y Fantasía, no osaban acercarse al término de Carmona, por acosados que se vieran en los distritos, donde

respectivamente ejercian su desastrada profesion.

A consecuencia del áspero roce de unas botas de campo formóse una grieta á don Francisco en el empeine del pié derecho, de que no hizo caso alguno en ese descuido de su persona, característico en los hombres de su temple y circunstancias: pero la primavera con sus revoluciones humorales influyó en aquella lesion desatendida, cambiándola en tumor doloroso y el calor estival empeoró considerablemente el daño hasta requerir una operacion quirúrgica de cierta importancia, que Barron quiso le hiciera en Sevilla un facultativo de nota, y á este propósito se trasladó en una calesa á la metrópoli andaluza á principios de junio, viniendo á parar á casa de su amigo y compadre, D. Cayetano Campa, gefe de la ronda de seguridad pública en la tercera capital de la monarquía. La partida rural de Carmona quedó al mando del cabo Lopez, el más graduado de los subalternos de D. Francisco, y todas las semanas venia un partidario con nota de capturas, servicios y comunicaciones, y un pliego reservado á que Barron contestaba de su puño y letra, cerrándolo cuidadosamente.

La cura del tumor fué mas larga de lo que Barron habia creido, y la operacion no pudo practicarse hasta mediado julio, si bien tuvo un éxito feliz, á que contribuyó la robusta naturaleza de aquel hombre, desarrollada por un ejer-

cicio incesante y endurecida en las fatigas y tráfagos de una vida ruda y escepcional. Al comenzar agosto estaba casi completamente cicatrizada la herida del corte en cruz del bisturí, habiendo cedido la inflamacion del pié; pero Campa exigía á su compadre que hasta setiembre no volviera á Carmona, y Barron parecia inclinado á complacer á su camarada en este particular, consultando el interés de afirmar su curativa con el reposo moral y físico.

Una carta, recibida por el correo, vino á trastornar inopinadamente el deseo de Campa y la intencion de su compadre, y D. Francisco declaró que aquella tarde misma, y á las tres, saldria para Carmona en la calesa del Moreno, hombre de su absoluta confianza; negándose á dar más esplicaciones de su resolucion que la breve y terminante de ser necesaria su presencia en la histórica ciudad del lucero. Cedió la familia de Campa á la formal insistencia de un hombre tan enérgico é incontrastable como el gefe de la partida rural de Carmona, y á las tres en punto llegó Moreno con su calesa; acomodó el cofre del convaleciente á la zaga; arregló una especie de rollo con el felpudo y una almohada para que el viajero descansara el pié de que se resentía aun, y ayudó á subir al vehículo al cazador de hombres, despedido cariñosamente por sus buenos amigos de Sevilla, cuya hospitalidad y atenciones obsequiosas merecían el más profundo agradecimiento de Barron, hom-

bre de pocas palabras, pero de los que saben probar con hechos sus afectos y sus ódios.

○ Era D. Francisco hombre de unos cincuenta años; de regular estatura; *metido en carnes*, como dicen los andaluces; fisonomía apacible; sobrio en la conversacion; observador por admirable y particular instinto; desprendido hasta la prodigalidad; dueño de sí hasta el momento de la cacería de malhechores; atento y sèrvicial, sin mengua de su carácter sério y reservado. Al verlo en la calesa de Moreno, con su pantalon de dril blanco, su chaqueta de Mahon y su sombrero de castor de anchas alas, cualquiera le hubiera creído un pacífico y modesto cultivador de viñedos ú olivares; y nadie habria sospechado en aquel buen sujeto, de sencilla y vulgar apariencia, al temible Barron, azote de los bandidos y rateros en el término de Carmona y fantasma aterrador de los malinclinados y de los sospechosos en aquella comarca. Es verdad que los mismos individuos de su partida confesaban que en los lances de compromiso de la persecucion *se ponía desconocido* el comandante, y el cabo Lopez, su hechura y sustituto, esplicaba el excesivo número de criminales muertos en relacion con el de los entregados á la justicia, con decir que su principal era un *perro caliente*, como llaman los cazadores al can que destroza la caza antes de traerla á la mano.

○ En Alcalá hizo tomar un vaso de vino al calesero nuestro cazador de hombres, y salieron

despues para Mairena, quitándose la chaqueta D. Francisco, extremadamente molesto por el calor. En Mairena hubo otro intervalo de reposo delante de la casa de postas y despacho de bebidas, al extremo de la poblacion, y volviése á emprender la marcha, apretando el paso del *Morito*, caballo de aguante, escogido por Moreno para que sin trotar se llegara lo más pronto posible al término del incómodo viaje.

Al atravesar por el centro de un espeso olivar, cortado por la carretera, salió de entre los árboles un hombre á caballo, á quien Barron examinó atentamente, y que se detuvo á ver pasar la calesa con aire poco tranquilizador.

—Buenas tardes, le dijo D. Francisco apaciblemente.

—Vayan ustedes con Dios, contestó el sospechoso desconocido con despegado tono.

No habria andado cien pasos el *Morito*, cuando se oyó el trote de un caballo, y el hombre del olivar emparejó con la calesa, diciendo á Moreno con familiaridad altiva:

—Calesero, haz el favor de la candela.

Moreno, sin detener el carruage, alargó su cigarro al incógnito, que encendió el 'suyo' con páusa, poniéndose al costado derecho de la calesa, con una regularidad que lo acreditaba de buen ginete.

Don Francisco ocultó la mano derecha en el bolsillo de pecho de su chaqueta de mahon, que llevaba terciada sobre los muslos; examinando

el caballo del incógnito con atención minuciosa:

—¿Dónde se vá, buen amigo? preguntó el hombre sospechoso á Barron con aplomada insolencia.

—Á Carmona y luego á Écija, si Dios quiere, contestó Don Francisco con una sangre fría extraordinaria.

—¿Hará usted noche en Carmona? insistió el desconocido, mirando fijamente al gefe de la partida rural.

—Si señor, repuso el interrogado; porque con este pié de mis culpas no, me atrevo á forzar la jornada.

—¿Querría usted hacerme un favor, compadre?

—Lo que usted guste, replicó Don Francisco con afabilidad extremada.

—¿Conoce usted á Don Francisco Barron, el gefe de la partida de Carmona? interrogó el hombre del olivar con eco sombrío.

—Le conozco de vista, respondió el cazador de hombres con glacial indiferencia.

—Pues quisiera que se encargara usted de una carta para ese caballero.

—Hombre, dijo Barron con suma naturalidad, si el asunto no me compromete...

—No señor, contestó con aire de seguridad el sospechoso; porque puede usted contar la ocurrencia, y el calesero también es testigo. Y si le preguntan á usted por mis señas, por mi porte.....

Una récua, cargada de trigo, separó á la calesa del ginete un largo trecho. Pasado que hubieron la récua y sus conductores, el ginete volvió al costado de la calesa, continuando la conversacion interrumpida.

—Si Barron lo sondea á usted, después de leída la carta, usted con la verdad está del otro lado.

—Es cierto, convino Don Francisco, aparentando conviccion.

—Vaya la carta, añadió el hombre del olivar, entregando al gefe de la partida una esquela, cerrada en tres picos como carterilla de presidiario. Quedamos en que irá á su destino ¡eh!

—Déla usted por recibida, protestó solemnemente Don Francisco, guardándola en el bolsillo de su chaqueta.

—Tantas gracias, amigo, añadió el singular personaje, deteniendo su caballo súbitamente.

—No hay por qué darlas, replicó Barron registrando el camino con inquieta curiosidad.

Dos guardias civiles de infantería iban entrando por el olivar, que formaba un recodo de la carretera, y mientras el sospechoso retrocedia al trote de su excelente caballo, avanzaba la pareja tranquilamente, con sus fusiles á discrecion.

El calesero sacudió un latigazo al *Morito*, que salió al galope á semejante aviso del Moreno.

—Sujeta, hombre, exclamó Don Francisco imperiosamente. ¿A qué viene esa prisa?

Los guardias saludaron á los viajeros con la urbanidad que los distingue y pasaron adelante.

—¡Ay Don Francisco de mi alma! exclamó el calesero, desahogando su angustia en hondo suspiro.

—Calla, dijo Barron con apagado eco. Falta una legua para el Viso; pero no aprietes el paso y sea lo que Dios quiera.

Moreno obedeció el mandato y Don Francisco se entregó á sus reflexiones, inclinada la cabeza sobre el pecho.

Antes de llegar al Viso del Alcor, y en un descampado que permitía examinar la campiña en su extension dilatada, Barron abrió el billete que le habia sido confiado por el hombre del olivar y leyó su orijinal contenido:

«SEÑOR DON FRANCISCO VARRON.—*No todo a de ser matar onvres y mas onvres i rreirse d el mundo, que ondé la dam la tom an. Beremo si con migo ace uste lo que ico con el nene de Utre ra i con el prove de mi primo Ange, el collaraito. Bengo de l preci dio no mas de por rrematar con uste, bengan do a Ange mi primo y llanos beremo pr onto.*—«JOSÉ GOMEZ EL JIROCHO.»

Don Francisco arrugó la esquila entre sus manos; frunciendo el entrecejo en contraccion amenazadora.

José Gomez, *Girocho*, hacía nueve años que estaba en presidio; pero Barron sabía muy bien

que era temible, principalmente por veredero en toda aquella zona de Andalucía, y aunque se preocupaba poco de tales amagos, tenía que haberse las con un reo de cuidado, como se dice entre los veteranos de la persecucion de malhechores.

En el parador y casa de postas del Viso aguardaban á su comandante dos individuos de la partida rural de Carmona y el cabo Lopez, que habian traído la carretela de campo del señor alcalde Caro y Cárdenas, tirada por tres caballos negros, que la diosa de la noche no se hubiera desdenado de uncir á su estrellada carroza. D. Francisco y Lopez ocuparon la carretela, y los partidarios los precedieron como batidores; quedando atrás Moreno con su calesa para llegar después con el equipaje.

Lopez habia enviado la carta que decidiera el viaje inmediato de Barron con sus urgentes avisos, y el cabo informó brevemente á su superior y maestro de que las autoridades estaban alarmadas con la segura noticia de haberse fugado de la carretera de Motril y del arsenal de la Carraca sobre unos veinte criminales de gran cuenta, creyéndose refugiados hácia aquella zona los más peligrosos. El cabo tenia presos á un quincallero valenciano, que carecia de papeles, y un segador, que al pasar la partida por el cortijo del marqués de las Torres no volvió la cara, mientras sus compañeros, granadinos y sorianos, salieron á la trocha á ver pasar á los guardas rurales. Don Francisco refirió á Lopez su encuen-

tro con *Girocho*, y le entregó la carta que le confiara el audaz y desalmado bandido para el caudillo de la partida de Carmona; conviniendo en reunir *consejo de guerra* á la mañana siguiente, como se denominaban con propiedad los conciliábulos de Barron con los cuatro cabos de la fuerza de su mando.

Llegó nuestro cazador de hombres á la nobilísima ciudad, tan fiel á la dinastía del rey D. Pedro hasta el último trance, y en su casa encontró á las autoridades y personas de suposicion en el vecindario, celebrando su venida como un fausto acontecimiento, porque la irrupcion de los prófugos de la carretera y del arsenal en aquellos contornos habia renovado los terrores de aquella época, en que Don Francisco hubo de encargarse de extirpar el bandolerismo á sangre y fuego.

Serian poco más de las nueve de la mañana, y Barron en su mesa de despacho arreglaba algunos papeles, cuando el partidario Garcia vino á invitarle á ir al Ayuntamiento para un asunto de urgencia. Don Francisco, apoyándose en un récio baston de muleta por la molestia de su pié derecho, se dirigió hácia la plaza, hallando en la esquina al cabo Lopez que con aire satisfecho le propuso pasar á la cárcel antes de presentarse en la Alcaldía. El gefe de la partida rural vió la puerta de la cárcel un círculo de curiosos y comprendió que habia caza en el poyo de las sangrientas exhibiciones.

—Tenemos carne en el garabato, dijo Barron. ¿Vale la pena de haberla ido á buscar, Lopez?

—Es pieza mayor, contestó el cabo, y el servicio fresco. Anoche la confidencia: esta madrugada la batida: hace una hora la muestra.

—Así pasará con todos, Dios mediante, aseguró D. Francisco con una expresion extraña de concentrado encono. Yo me encargo de uno.

—Juan Rue está herido, añadió Lopez; pero no de gravedad. La res se defendió bravamente.

Al llegar al corrillo de curiosos el gefe de la partida rural y su segundo, se les franqueó el paso, y D. Francisco reconoció en aquel hombre, tendido sobre una manta en larga banqueta, y atravesados el pecho y la frente por cuatro ó seis balazos, al sospechoso del olivar; advirtiéndolo, prendida con un alfiler en su chaleco, la carta, entregada en la carretera con tanta osadía.

Barron se detuvo algunos momentos á contemplar el cadáver de *Girocho*, moviendo los labios convulsivamente.

—Dios te haya cojido en buena hora, murmuró con eco sordó; entrando en la cárcel y en la sala de audiencia, seguido por el cabo Lopez, y sentándose en el sillón del juzgado, con muestras de profunda y sombría preocupacion.

—Amigo, (dijo con aire pesaroso á su segundo) me has quitado una vez que no se la hubiera cedido á mi padre; porque ese hombre, Lo-

pez.... ese hombre debia tener dos vidas: dos para que me tocara una á mí. En fin.... Dios lo haya perdonado.

Y D. Francisco, quitándose el sombrero, enjugó con su pañuelo de hilo el sudor de la congoja que bañaba sus sienes.

—El segador preso (repuso Lopez) me mandó llamar y cantó de plano. Me dijo donde se guarecía ese mozo de la puerta, que era en el término del Viso, en una casilla de guarda medio arruinada, y como hacía tan buena luna fuimos por él y nos lo trajimos.

—¿Y quién es el segador? interrogó D. Francisco con su habitual reposo.

—Un sentenciado á pena capital por la audiencia de Albacete, escapado de la carretera de Motril con otros cinco y *Girocho*, que era cabo, y se vino para matarlo á usted expresamente, como lo dice en su carta. Yo le he prometido á ese hombre que usted haria algo por él si se clareaba, y la verdad quisiera....

—¿Está entregado al juez? preguntó D. Francisco.

—Está á disposicion del señor Alcalde, contestó el cabo Lopez.

—Voy por el mandamiento de soltura, dijo Barron levantándose del sillón del juzgado. Pero al ponerlo en el término de Carmona adviértele que no lo vuelva á pisar, porque si tal hiciera no será el verdugo de Albacete el que le salde la cuenta. Vamos.

III.

EL DOCTOR KAUNITH.

(CUENTO VERDE.)

El doctor Juan Francisco de Kaunith era hijo del célebre doctor Francisco Juan de Kaunith, director famoso de una clínica especialista en el hospital imperial de Viena: clínica que Roma pagana, indecisa entre causas y efectos, hubiese titubeado en dedicar á Vénus ó á Mercurio, suponiendo que Roma pagana hubiera conocido el funesto presente, que trajeron á la vieja Europa los primeros exploradores de la vírgen América.

Juan Francisco siguió las huellas de Francisco Juan en las sendas de los extraviados, y sus memorias, tratados y lecciones sobre enfermedades vergonzosas daban al profano súbita vocación

de ingreso en la orden cartuja, y producian sensacion en las academias médico-quirúrgicas de Europa y América, que le enviaron diplomas y medallas á cambio de aquellos libros y folletos en latin y en aleman sobre las tristes consecuencias de haber nacido despues del siglo XV de la era cristiana.

Juan Francisco era más móvil que Francisco Juan, y menos apegado á la clínica especialista de Viena que el bueno de su padre, y á pretexto de conocer los adelantos de Ricord en el Hotel-Dieu de París, y de estudiar el método del doctor Seymour en Oxford, y de juzgar de las aventuradas abluciones de Prietznitz, y de visitar térmias, y recojer datos científicos, anduvo de acá para allá perfectamente recibido; sobre manera obsequiado; colgándose todas las condecoraciones civiles; consultado como un oráculo delfico; retribuido con largueza y objeto de atenciones exquisitas y de homenajes extraordinarios.

El doctor Juan Francisco de Kaunith, muy contento de la península itálica, resolvió recorrer la península ibérica, su gemela en el mapa geográfico del continente, y llegó á Madrid en el invierno de 1858, dándose á conocer entre los Galénos de la coronada villa, sin perjuicio del correspondiente anuncio en los principales periódicos que decia de esta manera:

«PRONTITUD Y DISCRECION.—ENFERMEDADES SECRETAS.—CONSULTAS RESERVADAS.—*El Doctor Juan*

Francisco de Kaunith, Director especialista del hospital imperial de Viena, miembro de la Academia Imperial, individuo de la Escuela Médica Imperial de San Petersburgo, del Instituto de París, de la Academia Hipocrática de Milan, de la Matritense de medicina y cirugía etc.... comendador de la estrella de Austria y del águila negra de Rusia, caballero de la Lejion de honor, de la corona de encina de Prusia, del mérito civil de Bélgica, de la Anunziata de Saboya, de la Concepcion de Portugal, de la Real americana de Isabel la Católica etc. etc.... profesor de la Universidad de Viena, correspondiente de la de Filadelfia, agregado á la facultad médica de Moscow, honorario de la Escuela de París, Director del Ateneo médico de Praga etc. etc....—Dèbiendo permanecer tres meses en esta córte, ofrece sus servicios á los afectos de enfermedades pudendas, hereditarias, infeccionales ó en degeneracion humoral; brindando á las víctimas de tan funesto contagio los recursos de treinta años de estudios y esperiencias incesante en este órden de padecimientos, no solo en la clínica de Viena, sino tambien bajo diversos climas y en diferentes institutos curativos.—Recibe consultas de once de la mañana á dos de la tarde en su domicilio, plaza de Pontejos, número 10, entresuelo, derecha. No se reciben avisos para visitas domiciliarias.—Honorarios á voluntad de los consultantes.»

Excusado parece advertir que el número de

peregrinos al cuarto entresuelo, morada del excelente doctor, fué considerable, y que al notar el lujo asiático de aquel departamento, al hablar con aquel Esculapio germánico en un gabinete con honores de templo de Minerva, al ser introducidos y acompañados los consultantes por un mayordomo con uniforme de chambelan, y al encontrarse junto á la puerta, y sobre una mesa-trípode, un azafate de plata, con billetes de banco, monedas de oro y algunos columnarios, hubo prójimo que vació allí su bolsa hasta con el cobre que contenia; protestando la enmienda de costumbres, que le preservara de remedios peores que la enfermedad ó por lo menos infinitamente más costosos.

Los primeros dias de consultas reservadas fueron atroces para el vecino del entresuelo de la izquierda, el honorable Minheer German Graund, artífice relojero de justa celebridad en Madrid, y el buen wurtembergués, apesar de su excelente indole, acabó por darse á todos los diablos, harto de despedir á todos los Adanes y las Evas que buscaban al doctor especialista, equivocando la derecha con la izquierda, como los reclutas torpes.

—¡Oh tarteifle! (decia el venerable Graund á su sobrino Hildeberto) bero esta hente, carrambo, non fé la mostra de la buerta mia, que dise «*Graund, relohero allmann!*»

Y sobraba la razon al artífice wurtembergués; porque en una elegante muestra oval, convexa como un escudo, dorado el fondo y con caracte-

res negros, podían leer los que incomodaban á Minheer que el vecino del entresuelo de la izquierda era «*Graund, relojero aleman.*» Pero los españoles son distraídos por naturaleza y gracia, y los españoles con ciertas gracias en la naturaleza añaden á la cualidad de distraídos la circunstancia de preocupados.

Hildeberto fué á ver al doctor Kaunith, en son de ofrecerse como vecino más antiguo, y en los incidentes de la conversacion le expuso las frecuentes equivocaciones de los consultantes, que traían desesperado á su señor tío; bastando al ilustre Juan Francisco la indicacion para que hiciese construir y colocar sobre la puertá de su cuarto una muestra oval, idéntica á la de Graund, en cuyo centro se leía en caracteres cóncavos, de color grana, «*Doctor Kaunith.—Enfermedades secretas,*» con lo cual cesaron los errores, y el tío Isidro, tacholero, embetunador y conserje del número 10, aprobó la idea; reconociendo y confesando que el piso entresuelo, con sus dos lindas muestras de los alemanes, tenía un *aspeito muy aristocracio*.

Llegó el carnaval, y en vez de tomar el camino para sus respectivos pueblos cuatro diablos en forma de cursantes de medicina, que vivían en el piso tercero con doña Eleuteria Hurtado de Mendoza, viuda del coronel D. Práxedes Ladron de Guevara, *señora decente*, como decía el tío Isidro, aprovecharon las vacaciones del colejo de San Carlos en los bailecitos de Capellanes, y

en las mascaradas del Prado, y se dieron un julepe, capaz de rendir á aquel pedazo de bárbaro, el gladiador Milon de Crotona, cuyas atrocidades nos cuenta menudamente el amigo Plinio. Vino por fin el domingo de Piñata, primero de cuaresma, anexionado por el carnaval á su imperio á pretexto de una olla, y mis cuatro colegiales pusieron el colmo á sus locuras, retirándose molidos, pero no hartos, á las siete de la mañana del lunes, vestidos de diablos y en lógica perfecta el traje con la condicion. Al ver las relucientes muestras de los alemanes en el entre-suelo, el demonio se apoderó de uno de los diablos, sujiriéndole la idea del trueque, y no estuvo dicho cuando fué puesto por obra con tanta prontitud como perfeccion, supuesto que los escudos ovales estaban colgados de argollas, y consumado el cambio subió el cortejo infernal á apoderarse de doña Eleuteria, que llevaba muchos años de poseida, al decir de la gente.

La alcarreña que servia á Minheer Graund y el sajón que hacia veces de alcarreña al doctor Kaunith salieron á barrer y limpiar sus puertas respectivas y el demonio se cuidó de impedir que reparasen una ni otro en las muestras ovales, ni en su trueque; subiendo y bajando el tío Isidro más de veinte veces sin caer tampoco en la permuta, porque han de saber ustedes que aunque el portero del número 10 era todo un hombre, y un hombre de *cierto aquel*, como él decia de sí propio, no lo habian apli-

cado á la letura, y era una lástima.

Dieron las diez, y la casa se animó como es natural, entrando y saliendo gente, y ni vecinos ni forasteros echaron cuenta en el cambio de muestras del entresuelo, protegido por Lucifer, que se adjudicaba el lunes con el derecho mismo del carnaval para anexionarse el domingo. Dieron las once y el doctor se puso la bata oriental, el gorro de terciopelo grana bordado en Smirna y las pantuflas lejitimas de Túnez, mientras Minheer Graund y el gallardo Hildeberto se sentaban á la mesa sirviéndoles la *Alifonsa* un succulento desayuno, interrumpido á su mitad por dos aldabadas en la puerta.

—Tiaplo! (exclamó el relojero, que hacia un culto de cada colacion.) Mirra quien bueda ser, é gue asperre all capinete. Anda bués, Alifonsia, é puelpe bresto.

La alcarreña se asomó al ventanillo de la puerta, ofreciéndose á su atencion escudriñadora, una dama, vestida de negro, echado el velo á la cara y de un porte distinguido.

—¿Se puede ver al señor? preguntó con cierta agitacion en el acento de una voz dulce y melosa.

—Entrosté, contestó Alfonsa; pero está su mercé almorzando, y en cuanto arremate.....

—Abra usted, dijo la dama algo impaciente y mirando en torno de sí con viva inquietud.

Alfonsa franqueó el ingreso á la desconocida; cerrando la puerta y guiándola hácia un gabinete próximo.

—Tengasté el honor de asperar, estamos, dijo la alcarreña con pretensiones corteses. El señor vendrá diaquí á luego. Condios.

La desconocida penetró en el gabinete, yendo á sentarse en el sofá del testero, bajo un magnífico cuadro-reloj, que representaba la fachada de la catedral de Maguncia; levantando el velo que encubría su semblante, agraciado, incitador, con dos ojos de azabache, dos hoyuelos en ambas mejillas, dos lábios finos y rojos como el coral, y dos hileras de dientes enanos y nacarinos. Para realce de este conjunto podeis agregar dos ojeras voluptuosas, y dos picarescos lunares en el pómulo derecho, con un vellito caracolado que inspiraba un tropel de tentaciones de Satanás.

La dama podria tener poco más de treinta años, y aunque de buena estatura no estaban sacrificadas á la longitud esas latitudes mórvidas, que constituyen las deliciosas curvas de la chuleta de Adan, moldeada por la mano omnipotente. Algo de melancólico y de perturbador posaba á guisa de nube en la fisonomía griega de la incógnita, naturalmente subversiva, y que en el bozo que sombreaba ligeramente su labio superior ostentaba una especie de geroglífico de la fogosidad de temperamento. Para distraer sin duda su pensamiento de cabilaciones penosas, la dama paseó la vista por el mueblaje del gabinete, hallándole sólido, sencillo y de buen gusto, si bien con marcada predileccion al estilo germano por un laudable espíritu de acendrada nacionalidad.

El rumor de próximos pasos, una tos que denunciaba robustos pulmones y el choque de la puerta hicieron palidecer á la señora como al reo al aspecto del tribunal que vá á juzgar su causa.

Minheer German Graund entró en el gabinete, y la desconocida creyó ver la animacion prodijiosa de uno de esos casca-avellanas de Nuremberg, que son el aguinaldo de más efecto para obsequio de los niños. Un casaquin de punto, elaboracion sajona, chaleco anteado con botones de metal, calzones de pana verde, babuchas inmensas y una gorra de piel de nutria, daban al wurtembergués un aire de industrial del lejítimo rancio de la antigua escuela; completando el sic de tan clásica figura unas antiparras de sólido armazon de hierro y corbata blanca de linó con florecitas moradas. Único símbolo de riqueza en aquella estampa, digna de Goya, salia de un bolsillo-cartera de su pantalon, colgando pesadamente á su costado izquierdo, una ancha cadena de esterilla, de la que pendian tres sellos de oro, que Benvenuto Cellini no se hubiera desdeñado de reconocer por obras de sus cinceles.

—¡Oh siniora! esclamó el relojero, saludando á la dama con un rendimiento, refractario á su macizo volúmen.

—Buenos dias, caballero, contestó la incógnita, dominada su primera emocion y con una afable sonrisa.

—Fertateramente, siniora (añadió Minheer, instalándose en el sofá y á la izquierda de la da-

ma) osté disbense, in fin, el tiembo de esberarme al capinete. Es un horague, mirre osté, siembre almuerzo á este hora, siembre.

—Nada hé perdido esperando, repuso la señora con un gesto encantador de amable conformidad.

—Eh pien! dijo Graund, esforzándose en parecer galante con muy mala fortuna. Esdoy á los órtenes de osté, siniora, é craandemente gombelado de...in fin... del serbisio de osté in todas mis fuerzas.

La dama tras de una pausa brevísima, tomó aliento, y rompió el campo con la resolución intrépida de quien conoce las situaciones difíciles y los medios de salir de sus embarazos.

—Caballero, empezó con ademan de íntima confianza, sé que es usted una especialidad en su clase.

—Oh siniora! interrumpió el artífice, en extremo lisonjeado por aquel hábil exordio.

—Que se puede fiar completamente en su experiencia, en su probidad, en su honor. Lo sé por testimonio público.

—¡Oh siniora! repitió Graund, abrumado por aquel cúmulo de elogios.

—Hé leído el anuncio de su casa y de su.....

—¡Oh! si, cortó Minheer irguiéndose al efecto de la alabanza. ¿Al Tiario te Afisós?

—No señor: en la *Correspondencia*.

—Bueda ser moi pien, cortó el relojero, que no tenia idea de que en la calle del Rubio lo anunciaran grátis.

—Es el caso, caballero, (añadió la dama entrando al fin en materia) que soy una muger casada.

—Gasada, repitió maquinalmente el alemán.

—Mi marido es piloto de la Armada nacional, y está hace tres años en Filipinas.

—¡Oh! dijo Minheer, él está pien tistante, tiaplo.

—Tengo una tia en Madrid, domiciliada hace tres años en esta córte, y me escribió que deseaba verme; que tendría tanto gusto en volver á abrazarme.....

—Gombrendo esti custo, osó decir el wurtemburgués, encantado por las espontaneidades de la bella desconocida.

—En fin, añadió la Sirena con una expansion adorable, resolví complacerla y abandoné á Cádiz para fijarme al lado de mi tia, teniendo motivos de felicitarme de mi determinacion hasta hace poco.

—Brosiga osté, siniora, repuso el artífice, curioso de saber á qué conducía aquel relato.

—¡Ay caballero! (esclamó la desconocida con una expresion artística de incertidumbre, que hubiera hecho honor á la Teodora Lamadrid.) Soy más desgraciada que culpable. Créalo usted.

—¡Tiaplo! murmuró Minheer, un tanto alarmado por aquella revelacion inopinada.

—Hay hombres que merecian mil muertes, declaró la enlutada señora con una desesperacion

sombría que no representara mejor la insigne trágica Ristori.

—¡Tiaplo! repitió Graund, haciéndose atrás, vivamente impresionado por la actitud de la dama.

—No les basta, (siguió ella con apasionada volubilidad de gesto y voz) no les satisface la seducción.... moral de una pobre mujer, débil, indefensa, sola.....

—Bero osté tiene un tia, corrigió Minheer gravemente.

—No es suficiente aun (insistió la agitada belad) que esta infeliz mujer caiga en sus lazos, y olvide por su amor deberes, conveniencias, miramientos.....

—¡Tiaplo! ¡Tiaplo! recalcó el artífice en el colmo de la impaciencia.

—Es preciso (concluyó la dama con amargura) que se junten la pérdida del honor y la pérdida de la salud.

—¡Es posible! exclamó el alemán empezando á comprender la historia ¿Bero osté,....?

—Yo soy la víctima, caballero, afirmó la señora, bajando la vista con una expresión resignada y confusa.

—Bero intonces, siniora.....

—Doctor, (interrumpió la aflijida hermosura haciendo un esfuerzo supremo) cúreme usted lo más pronto posible.

Minheer se levantó como al impulso de un resorte de acero.

—Osté se está quivocada de güarto, siniora, dijo á la dama con una profunda reverencia.

—¡Cómo es eso! repuso la señora levantándose á su vez. ¿No es usted el doctor aleman que cura.....?

—Infrente replicó Graund: güarto drecho, siniora. Yo esdoy Graund, relohero allmann.

—¡Qué infamia! exclamó la dama enardecida.

—¡Infamia! repitió asombrado Minheer. ¡Gomo infamia, siniora!

Por toda respuesta la señora asió de la mano al artífice, que se dejó conducir como un corde-ro, y abriendo la puerta le señaló con su índice, convulsivamente crispado, la muestra, cambiada por los diabólicos estudiantes.

—¡Eh pien! dijo Minheer encojiéndose de hombros. La muestra ingania, siniora. Osté buede ser un prrueba desto.

El relojero saludó á la desconocida y cerró tranquilamente su puerta.

IV.

LA RUBIA.

(CUENTO AZUL.)

Paraba yo en la fonda de América en Cádiz, calle de San José; tratándome á lo príncipe en breve temporada de baños, y dando á mí individuo un mes de indemnizacion por once de desvelos y afanes. Una mañana, á la hora del almuerzo, entré en el comedor, notando nuevos huéspedes que pronto indicaron en sus conversaciones proceder de las Antillas españolas y haber llegado el día anterior en el vapor-correo de la Habana. Entre ellos creí reconocer por su voz más que por su fisonomía á un sujeto, ligado á mis recuerdos de la adolescencia; pero la memoria, por feliz que fuere, cuando se siente aguijada por la curiosidad importuna ofrece tal cúmulo

de datos, que en vez de aclarar complican las cuestiones las reminiscencias atropelladas á la imaginacion. Por más que procuraba observar con cierto disimulo á mi hombre, hubo sin duda de apercibirse de mi atencion hácia su persona, porque me miró fijamente, pareciendo experimentar una impresion análoga á la mia, no más feliz en cuanto al éxito de sus pesquisas mentales.

—Valpuente (le dijo un jóven oficial de marina, instalado á mi derecha en la mesa redonda) ¿se presenta usted mañana en la isla?

—No urge tanto, contestó lacónicamente el objeto de mis cabilaciones.

Aquel apellido, nada comun, fué la clave del enigma, y desarrolló en mi alma el cuadro del patio de los jesuitas en la universidad sevillana de Santa María de Jesús, con sus tumultuosas aulas de filosofía; sus continuos alborotos en las calles de la Sopa (*Goyeneta*), Compañía y Cuna; sus amistades y desvíos de tanta transcendencia en la vida, y sus relaciones forzosas entre hombres, que han de emprender luego distintos rumbos en las carreras científicas del Estado, Valpuente habia sido un cursante de escelentes notas, medianamente travieso, decurion mio en la clase de física y geometría, y cosa rara verdaderamente, no se habia cambiado entre nosotros en tres años de facultad menor ni un bofeton, ni una pedrada, causa tal vez de no recordarle con facilidad.

Terminado el almuerzo, y retiradas las señoras, llegó el turno al cigarrito de sobremesa, y Valpuente ofreció un magnífico veguero al oficial de marina, brindándome otro con exquisita urbanidad.

—No suelo fumar puro (contesté aceptándole); pero este forma caso de escepcion.

—¿Por qué así? preguntó entre la indagacion y la extrañeza.

—Porque procede del decurion de la segunda en la clase del Doctor Mármol, respondí con cierto énfasis.

—Ya decía yo, repuso Valpuente sonriendo. Yo conozco á este pájaro; pero mi memoria...

Declaré mi nombre, y un simultáneo impulso nos hizo levantar, estrechándonos las manos con efusion cariñosa.

Charlamos á nuestro sabor de aquellos felices dias, exentos de ambiciones y cuidados, de la suerte vária de nuestros condiscípulos, de las diferentes carreras que habiamos seguido al separarnos, de nuestras aventuras y alternativas, y de nuestras situaciones á la fecha, tras de tantos acontecimientos y consiguientes desencantos.

Valpuente, hijo de un gefe militar, obtuvo plaza gratuita en el famoso colejo médico-quirúrgico de Cádiz, y al término de su carrera entró en la Armada; habiendo llegado á primer ayudante médico, con honores de médico mayor, y regresaba á la península, harto de hospitales, buques, marinos y marineros, con intencion de

colocarse en Madrid para lo cual contaba con apoyo y valiosas relaciones.

Aunque Valpuente estaba menos desfigurado que yo del tipo de la adolescencia, el aire del mar y el influjo de los climas tropicales habian impreso su estigma indeleble en el cútis de aquel hombre, y la esperiencia de su profesion y de sus viajes comunicaba á su aspecto una gravedad reflexiva, á la vez que impregnaba su conversacion de un tinte melancólico pero grato, como el efecto del otoño en la naturaleza.

Nos propusimos pasear juntos algunas tardes por aquel Cádiz, tan memorable para él y tan querido para mí, á fuer de nativo suyo, y nos separamos, convenidos en tratarnos como en los tiempos venturosos de nuestra primera juventud, y satisfechos de nuestra larga entrevista en el comedor de la fonda.

Á la hora de la comida se reanudó el diálogo y debimos fastidiar soberanamente á nuestros vecinos; pero tuvieron la cristiana resignacion de sufrir las flaquezas de sus prójimos, cual prescribe la doctrina.

A la noche nos volvimos á ver en el Teatro Principal, extraordinariamente concurrido por cantar la *Semíramis* las hermanas Marchisios, ruiseñores de Italia que debian trinar entre el ramaje como la dulce Filomela, y concluido el espectáculo tornamos á la fonda; quedando en dar una vuelta por Cádiz á la mañana siguiente después del desayuno.

Fieles al programa, nos levantamos de la mesa, y dimos principio á ese vagar sabroso por lugares conocidos, que gana en emociones lo que pierde en direccion fija; encontrándonos en la célebre plaza del Mentidero y encaminándonos á la calle de Hércules con lentitud, y uno tras del otro, á estilo de los antiguos guardias de corps.

Al llegar á una casa de buena apariencia Valpuente se detuvo, examinando á una morena que cosía en la ventana exterior del piso bajo, y que molesta por aquella atencion insistente, corrió el visillo de muselina, recogido á su espalda, despidiendo así con muda elocuencia al escudriñador.

—Justo castigo de la curiosidad, le dije echándola de moralista.

Valpuente continuó en la contemplacion silenciosa de la ventana, sin muestra alguna de preocuparse por lo sucedido.

—¿Tan decidido estás á la conquista? le pregunté, burlándome de aquel planton intempestivo.

—Vamos, repuso como quien sale de una absorcion profunda, y dando un suspiro continuó la interrumpida marcha, menos comunicativo y jovial de lo que se habia manifestado antes.

Yo comprendí que habia algo en aquella circunstancia: historia, recuerdo, sensacion: todo menos casualidad. A mis años, y con mi género de vida, puede uno adjudicarse las tristes palabras de Dido al héroe troyano, escitándole á re-

ferir sus desgracias á quien las había sufrido, aprendiendo á compadecerlas.

Seguimos vagando á la aventura, y yo compré unos guantes de hilo de Escocia en la calle de Juan de Andas, y Valpuente entró en los almacenes de Junco á tomar unas corbatas de verano, y cerca de las tres dimos fondo en la nevería de la calle Ancha, cansados de aquella expedición y deseosos de ese bienestar, que avaloran las fatigas en la relación íntima y necesaria del mal y del bien en los destinos humanos.

Nos sirvieron *pale-ale* y bebimos en silencio como dos chinos, fumadores de opio.

Valpuente, enjugando el sudor de sus sienes con un pañuelo de nipe, magníficamente bordado con su cifra por alguna mano delicada de silfa misteriosa, me dijo bruscamente:

—Habrás estrañado lo de la calle de Hércules ¿eh?

—Hace tiempo que nada extraño, le respondí con más vanidad que exactitud.

—Pues, chico, es una historia. Toda una historia, repitió.

—Lo presumí, contesté mucho más verídico que antes.

—Historia simple para algunos; (continuó mi amigo en vena expansiva) pero no para las personas de corazón, y te aseguro que nunca hubiera creído que á los veinte años del suceso doliera aun la cicatriz de aquella herida.

—Se contará lo que me cuentes, le aseguré con formal protesta.

—Y es lo más particular (añadió Valpuente con sonrisa triste) que en veinte años no habré recordado tres veces aquella ventana, y hoy al verla me parecía ayer el aciago día en que...

—No adelantemos el desenlace, interrumpí con verdadero interés por la historia prometida.

—Tú puedes sacar partido de este episodio, agregó mi antiguo condiscípulo de humanidades.

—Empieza, le intimé con la autoridad de los derechos reconocidos.

—Escucha, me replicó parodiando el estilo de las comedias, cuando preparan una narración importante.

Hay que advertir que éramos los únicos parroquianos en la fresca y bien exornada nevería.

—Era último curso de mi carrera, chico, y mi cargo de disector anatómico, reuniendo sus faenas á los constantes estudios para disponerme á la reválida, me reténian en el colegio como aquel cautivo de Góngora:

*«Amarrado al duro banco
de una galera turquesa....»*

—Al grano, á la cuestión, al orden, corté sublevado contra toda especie de perífrasis.

—Continúo y reclamo tu indulgencia, repuso Valpuente con emoción singular. El invierno lo

pasé en una série de tareas en el anfiteatro y de desvelos en mi sala de estudio que resintieron mi salud, rindiéndome al iniciarse la primavera á la intensidad de una fiebre nerviosa, que puso en cuidado á mis profesores Benjumeda y Gabarron; pero gracias á mi complexion fuerte y á la esmerada asistencia de aquellos nobles patronos de mi juventud, me repuse de tan sério ataque; siéndome ordenado un més de roposo, con absoluta prohibicion de abrir un libró, ni de entrar en una clase.

—Pasemos al período de la convalecencia, propuse yo evitando digresiones.

—Las nevroses, dijo mi buen amigo pericialmente, dejan estragos profundos en la sensibilidad, que tarda en encontrar su nivel en la economía, produciendo alteraciones de carácter de una variedad infinitamente caprichosa, y en mí predominaba una irritabilidad en simpatías y repulsiones que tomó las apariencias de una monomanía fatal. Nada me era indiferente: persona, objeto ó idea. Tenía que aborrecer ó que amar. Disimulo, tolerancia, conveniencias, todo me era imposible en aquella extraña situación de mi exaltado espíritu. Un paso más, y la demencia invadía mi cerebro.

—Adelante, querido.

—Salí una tarde á esparcirme un poco, y pasé por la calle de Hércules con direccion á los pabellones de artillería; pero al llegar ante la ventana, que yá conoces, reparé en una rubia

encantadora, que hablaba con la vecina de enfrente, asomada á su balcon, y un choque eléctrico conmovió todo mi sér con tal violencia que sin la proximidad del muro no hubiera podido sostenerme.

—Ya pareció aquello, exclamé con verdadera fruicion.

—¿Conoces las obras de Rubens y de Vandik? (me preguntó Valpuente con animacion poética.) Pues figúrate las líneas puras, los contornos suaves, las tintas delicadas de sus tipos femeniles; figúrate el azul del firmamento en los ojos; la grana en los lábios; los matices de la rosa en las mejillas y en la cabellera los esplendores de una masa de oro, ofrecida á los cambiantes múltiples de la luz. Añade á este conjunto una limpidez virginal en la mirada; una dulce melancolía en la expresion del semblante; una sonrisa vaga y halagüeña en su boca, como un aura en torno de una flor; una voz recreadora, rica en cariñosas inflexiones y en arpejos de una ternura exquisita.

—Ya iba á repetir la frase de una zarzuela célebre—*«que me traigan esa rubia;»*—pero me contuve.

—Ya habia concluido el diálogo, y la rubia, cerrando la ventana, desaparecido á mis ojos, y aun estaba yo, mudo y estático, frente á aquel hueco, viendo á la jóven ideal con los ojos del alma, clara y distintamente. Pasó un compañero, y creyendo mi detencion efecto de mi debilidad

física, vino á ofrecerme el brazo, que acepté gustoso, continuando mi marcha con rumbo hacia el mar, cuyo aspecto me impresiona siempre, como la vez primera que admiré su extension y magestad infinitas. Pretextando un malestar, mayor que el ordinario en mi convalecencia, torné al colegio en compañía de mi amable discípulo, y en la ventana volví á ver á la rubia, que se fijó en mí con ese interés compasivo de las almas nobles hacia todos los padecimientos.

—¿Duró mucho el período de incubacion? pregunté para avivar el relato.

—Todo el tiempo de mi convalecencia, respondió Valpuente; pero estableciéndose una corriente simpática entre el admirador silencioso y la virgen de Rubens, que parecía un convenio; porque pasó del cambio de miradas al trueque de sonrisas, y llegó al saludo mútuo, primero furtivo y después franco. Un dia, al regreso de mi excursion y al oscurecer, la encontré hablando con un jóven oficial en la puerta de su casa, y los celos hicieron presa en mi corazon, deteniéndome en espionaje imprudente á corta distancia de la pareja. Noté que mi rubia procuraba abreviar la conversacion con visible inquietud, y en fin dió un golpe familiar en el hombro al teniente, diciéndole con marcado esfuerzo de voz—
«Buen viage, primo, y expresiones á todos.»

—Otelo quedaría tranquilo, concluí para cortar el incidente.

—Otro dia (siguió el historiógrafo) acerté á

pasar cuando *Linda*, una menuda perrita habanera, abusaba de un resquicio de libertad, vagando ante la casa de mi amada, sin atender á sus repetidos y apremiantes llamamientos. Cojí á la rebelde, que pugnaba por morder mis manos, y la restituí al dominio que esquivaba su ingratitud, recibiendo en pago una sonrisa y un «*gracias, caballero,*»—que me dejaron sin acción y sin palabra. Ríete cuanto quieras; pero cuando te cuenten que en situación semejante fraseó, galán y rendido, un Macías, dí, chico, que era un amante de farsa.

—Convenido y convencido, le repliqué, estimulándole á continuar con un gesto imperioso.

—Otro día, (refirió Valpuente) coincidió mi paso por frente al domicilio de la interesante rubia con la salida del Doctor X..*, quien saludó con cierta confianza á mi ídolo, instalada en la reja, como de costumbre en aquella hora. El Doctor X..*. profesor sustituto en el Colejio, vino á incorporarse conmigo y seguimos juntos hacia la calle del Fideo, hoy Enrique de las Marinas. Le hablé de la linda rubia, como si la creyese objeto de su agrado particular, y sincerándose de mi suposición maliciosa, supe que la asistía de un malestar extraño é incomprensible, que atribuía á los nervios el bueno del Doctor, quien no era ciertamente de la familia de Esculapio. Me contó que mi amada era huérfana, á cargo de su tía, viuda de un brigadier y vecina de Ar-

cos, donde tenia su patrimonio; habiendo venido á Cádiz con el solo fin de restablecer la quebrantada salud de Eulalia.

—Respiro, dije entonces. Creí que se iba á llamar Amparo, Soledad ó Josefa, nombres de la escuela realista.

—Apresuré mi regreso aquella tarde (prosiguió mi condiscípulo) para observar la fisonomía de Eulalia con bastante luz, y noté más quebrado el color de sus mejillas y una especie de ojera azulada en la órbita de sus...

—Dispensa, interrumpí impaciente. Vamos al empalme de las relaciones amorosas. Tren directo á la estacion de Cupido.

—La plaza de San Antonio (declaró Valpuente) fué teatro de nuestras nocturnas entrevistas, y ya comprenderás que me introduje en la estimacion de la brigadiera con esas solicitudes galantes y obsequiosas, que tanto saben estimar las mugeres de cierta condicion y acostumbradas á un trato escojido. Mi padre habia sido capitan de granaderos en el primer batallón del rejimiento de la Reina, mandado entonces por el bizarro esposo de la tia de Eulalia, y el buen recuerdo del autor de mis dias influyó bastante en la confianza que merecí á la viuda, digna de toda consideracion por sus cualidades y circunstancias.

—Continúa, insté á mi amigo, que pasó el pañuelo por su frente, cruzada por una nube de preocupacion sombría.

—Dos meses de relaciones, dijo el narrador con lentitud, bastaron á revelarme todo el candor y la sensibilidad exquisita de aquella alma de privilegio, capaz de desarmar con sus ingenuas virtudes las infames intenciones de Tenorios, Maranas y Lovelaces: dos meses, amigo mio, en que me convencí de que el cuadro encantador de Pablo y Virginia lo ha copiado Saint-Pierre del natural seguramente.

—Adelante y valor, éclamé simpatizando con aquellas dulces memorias de la juventud.

—Hácia el mês de Junio (continuó Valpunte) sufrió Eulalia un ataque violento de su desconocido mal, y no puedes figurarte mi inquietud, mi lucha por contenerme en los límites de la conveniencia en aquella casa, y las dificultades con que me resigné á la condicion externa de un amigo ante la escogida sociedad que acudió á brindar sus cuidados á la enferma y á su desolada tia.

—¿Se restableció Eulalia? interrogué con una ansiedad extrema.

—Se restableció (repuso mi amigo con triste sonrisa) y nunca brillaran en su anjelical semblante colores más vivos y nunca animacion más risueña destellara en sus divinos ojos. Mi interés por su preciosa salud denunció á la brigadiera la intensidad y el respeto de mi cariño, y tuve la fortuna de que sondeara á su sobrina en el particular y de que aprobase nuestras relaciones.

—Era demasiado bello el idilio para llegar á

buen término, expuse con amarga convicción.

—Hacia fines de Agosto (siguió Valpuente con cierta contracción nerviosa en el acento) tuve necesidad de ir á Sanlúcar con el doctor Benjumedá, elegido practicante para una operación de sumo empeño y dificultad, y fuí á despedirme de mi amada y de su tia; logrando que Eulalia consintiera en salir á la ventana algunos instantes.

—«¿Vuelves pronto, Enrique?» me preguntó con voz trémula.—«Dentro de dos días, mi amor,»—le respondí.—«Si Dios quiere»—corrigió ella con resignación piadosa.—«Y aunque no quiera»—esclamé yo con la osadía impertinente de los pocos años.

—¿Volviste á los dos días, en efecto? pregunté jadeante de temor y de curiosidad.

—Volví (añadió Valpuente pálido y convulso). El vapor *Teodosio* arribó á las seis de la tarde del día tercero de mi ausencia. Llegué á la calle de Hércules y á la ventana de Eulalia, que estaba abierta de par en par, y en la sala...

—¡Muerta! grité adivinando el trágico desenlace.

—Muerta, repitió Valpuente, dando un ríco golpe sobre la mesa que nos separaba.

El camarero acudió, creyendo aquel golpe una llamada de los parroquianos.

Pagué nuestro consumo; tomé el sombrero; me levanté ahogando un suspiro, y salí de la nevería, seguido de Valpuente y sin dirigirnos una palabra.

V.

HÁTCHIS.

(CUENTO BLANCO.)

Ello es que al estudiar las costumbres de todos los pueblos desde la antigüedad más remota se descubre en ellas el constante afán del hombre por aliviar la carga de la vida á favor de suspensiones del equilibrio monótono de alma y cuerpo; ya exaltando á la una en arrobamientos y éxtasis; ya rindiendo al otro en somnolencias voluptuosas ó en sopores profundos. Este fenómeno consecuente y pertinaz acusa en la historia humana una perenne fatiga, comun á potentados soberbios y á párias infelices, y en ese malestar penoso funda la escuela espiritualista una prueba eficaz de la inmortalidad del alma, cuyo centro no es la tierra, como dice nuestro Argensola;

motivando la amarga protesta del materialismo, que Espronceda ha formulado en dos versos notables:

»*que aquí, para vivir en santa calma,
ó sobra la materia ó sobra el alma.*»

Noé, según la Biblia, y Baco, según la teogonía griega, enseñan el uso del vino; entregando á la humanidad la clave de las mil soluciones del problema de la embriaguez, desde el néctar adormecedor de Chipre y Engaddi hasta el escitante y homicida absintho; desde el fortificante Jerez hasta el trastornador Champaña; desde la erótica menta de Zante hasta el abrasador Kirch de los rusos. En la india se masca la pimienta negra y se bebe el embrutecedor *hair-row*, sacado del amargo zumo del cañamon rojo (*radix rúbea*). En América encuentran sus diferentes exploradores indígenas que aspiran el humo del tabaco, se suicidan con el abuso del *hava* y sacan de la caña de azúcar y del árbol de la canela una composición espirituosa que los deleita y sumerge en dulce sueño. En Asia se perfuma el tabaco, convirtiéndolo en aromático *latakié*; elaborándose el *hátchis*, preciosa pasta que los orientales emplean para procurarse ensueños de una fruición infinita, pero de reacción terriblemente destructora.

El thé brinda sus restauradoras virtudes á los temperamentos débiles, dando tonicismo á los es-

tómagos de digestion tardía ó difícil. Más activo el café, sobrescita á las naturalezas impresionables y comunica exhuberante vitalidad á los ánimos desfallecientes; prestando á las vijilias el concurso de su estimulante influencia. El tabaco absorven las aspiraciones y exhalaciones de sus columnas de humo las preocupaciones angustiosas y las ideas molestas; y entre las impresiones del paladar y la distraccion de lanzar al espacio espirales azuladas y blanquecinas, como la celajería del firmamento, el fumador abstraído deja de sentir ese cronómetro que se llama el corazón, y cuyo tic-tac parece el cómplice de la conciencia. La estadística revela el lazo común con que la alegría loca y el íntimo pesar unen á los beodos habituales hasta el horrible desenlace del *delirium tremens*, y en las bebidas de excesivo fermento y en las punibles adulteraciones de los alcoholes fuertes señala la experiencia jurídica el oríjen de muchos delitos y el impulso de crímenes atroces. Por una botella de aguardiente de caña venden un hijo al capitán negro el indolente gangá ó el feroz carbalí: el chino ahoga su inteligencia y consume su sér físico en la continua borrachera del opio: las alucinaciones del rom, del brandy y del gim embrutece y asesinan á los habitantes de la Occeanía, á despecho de los esfuerzos moralizadores de los ingleses.

Siempre y por todas partes el hombre busca y encuentra recursos contra el mecanismo vital;

ora le incomoden la lógica inflexible del pensamiento y el reflejo candente de ese cristal ustorio, en que se retrata su moral imagen; ora le hastie la sensacion periódica de esa alternativa de sístoles y diástoles, que constituye su respiracion y le abrumba con la conciencia de su materialidad efímera. Á medida que el recurso dobla sus dosis, ó á proporcion de la potencia del recurso, el hombre, sublevado contra las condiciones normales de su existencia armónica, paga la pena de su rebelion en las crisis reactivas de esos medios artificiales de alterar el equilibrio de su ser con accidentes violentos y perturbadores, y de la obstinacion en la lucha con la naturaleza se derivan esas degradaciones morales y esos anquilamientos físicos, que ofrecen una elocuente leccion de escarmiento, poco aprovechada por desgracia en relacion al aterrador espectáculo de las víctimas y al guarismo de los viciosos de esta especie.

Hartos estais sin duda, queridos lectores, de conocer y de tratar á niños, mozos, adultos y ancianos, obstinados en fumar contra la prohibicion terminante de los médicos, y arrostrando con tenacidad extraña las consecuencias de un vicio más poderoso que el natural instinto de conservacion. A pretexto de descargarse la cabeza habreis visto muchas veces á lindas jóvenes, matronas bien conservadas y hombres tenidos por razonables, contraer el hábito del rapé, el pali-
llo y el cucarachero; desfigurando sus narices;

haciendo ganguear su voz, y obstruyendo sus sentidos con una absorcion, que embota en definitiva el paladar y el olfato. Aunque no tan comun en España como en otros paises, y particularmente en América, habrá merecido vuestra atencion el tipo repugnante del mascador de tabaco (*chiqueur*), con la fetidez de su aliento, el zarro negruzco de su dentadura, y el nauseabundo saliveo, que lo hace intolerable en sociedad, sin perjuicio de los estragos de la ponzoñosa nicotina, causa eficiente de enfermedades horrendas.

En otro orden de desórdenes os serán familiares los bebedores de costumbre, con sus encendidos pómulos, con su nariz granujienta, sus ojos empañados por una veladura sanguinosa y el vaho de su respiracion, impregnado de gases ácidos y denunciadores de sus escesos. Con más lástima que indignacion habreis contemplado á esas criaturas infelices, muchas de ellas dotadas de genio, talento, habilidad y ventajosas disposiciones, avasalladas por la embriaguez *de necesidad* que les ha creado la perversion de sus instintos; llegando á las miserias de la mendicidad, del fraude y de la estafa, para alimento de un vicio desastroso, abismo á la vez de su alma envilecida y de su cuerpo estenuado. En esa gradacion de vergonzosas abyecciones habreis apartado la vista con asco invencible de esos beodos perpetuos, que de los últimos antros de la prostitucion báquica salen con paso inseguro para divertir

á malignos, pilluelos y crueles; yacer como inertes masas en portales y travesías; despertar de su letargo para renovar su inmunda situacion, y acabar de morir, de un golpe en sus ordinarias caidas por calles y plazas, ó encontrados sus cadáveres en el lodo de la via pública como deshechos de la sociedad, expuestos al paso del servicio de la limpieza.

Lo que no conoceis quizás y vale la pena de conocerse, es la embriaguez india, china y asiática, con auxilio del hava, del ópio y del hátchis; y como quiera que los tres modelos de estas borracheras exóticas serian muy dignos de capítulo aparte, pero dieran á este volumen poca variedad de asuntos, vamos á transijir la cuestion, presentando en relacion lacónica los efectos de la bebida indiana y los resultados de la funesta pasion por el ópio de los moradores del celeste imperio, fijándonos en pormenores curiosos de la toma del hátchis, ya que me es posible transmitir el testimonio de una persona fidedigna, que apenas repuesta del trastorno singular que esta confeccion produce, trazó con viveza el recuerdo de sus alucinaciones y la deliciosa fantasmagoría de una óptica sensual.

El *hava* es el jugo de una planta bulbosa, amarga y acre, fermentado por los indios de las islas de la Sociedad en cazuelas de maderas aromáticas, segun el sabor que más place al que se propone consumir la pocion embriagadora; y á proporcion que el aficionado á este líquido mor-

tífero vá gastando su sensibilidad, sube el fermento de punto hasta una altísima coccion al fuego y con ingredientes de escitacion tales, que llega á ser un verdadero y seguro tósigo para aquellos desventurados. El capitan Cook describe con la precision enérjica de su estilo peculiar al indio de Saudwich, rendido á la influencia del hava, y en el período de exaltacion de esta fatal pócima.—«*La epilepsia* (dice el ilustre navegante) *no tiene contorsiones más espantosas que las de estos beodos infelices. La boca espumante, los ojos desencajados, palpitando en el suelo como serpientes moribundas, gritan, rien, lloran, se debaten en estertores convulsivos, y caen luego en un letargo, que apenas se diferencia de la muerte en insensibilidad y en las huellas de una penosa agonía.*»

El opio, por el contrario, es un veneno de grata insinuacion, es la sierpe entre flores, y el chino se abandona á su uso, arrastrado por la seduccion de una somnolencia fantástica, que le descarga enteramente del peso de la vida, robándole toda conciencia de sí propio, y arrebatándole en éxtasis beatíficos, que remedan los goces del sér inmortal, prometidos á los justos en las relijiones buddistas. El anonadamiento que sigue á estas embriagueces induce á repetir la dosis estimulante, que renueve los dulces ensueños y las vaporosas visiones, y el abuso precisa á duplicar estas dosis, cada vez menos activas, hasta una graduacion infanda que por la imbecilidad

conduce á la muerte. «*El aspecto de un enviciado en el opio* (escribe el doctor Clairvin) *es más repelente que el del cretinismo y el de la caquexia; porque es el hombre inferior al animal, destituido de la potencia inteligente y privado de la fuerza instintiva: es una ruina vital, sin la grandeza melancólica de las ruinas.*»

En cuanto al *háchis* os he prometido una relacion más detallada de sus efectos y voy á utilizar una carta que desde Venecia me escribió el marqués de C*...., transcribiendo la parte relativa á la borrachera que se procuró con esta peregrina pasta, en que los orientales brindan una momentánea felicidad á costa de la salud, y á expensas de la vida, si una ciega pertinacia obceca al iniciado en esta ventura artificial en el empleo de sobrescitacion tan peligrosa.

«En el *Broglío*, extenso pórtico del palacio de los antiguos dux, que sirve aquí de excelente paseo de invierno, me fué presentado por el conde Patrizzi, dueño del célebre palacio Grimani, el negociante turco Husseim-Bherat, establecido en la plaza de S. Márcos, con bazar de géneros orientales en la galería de columnas, á la izquierda de la puerta de entrada de la catedral bizantina, prez de la arquitectura del siglo XI. La curiosidad me condujo al bazar de Husseim y quedé tan satisfecho de mi visita por la rareza y preciosidad de los artículos de comercio del mercader turco, como por el trato ameno y afectuoso de un hombre, que conoce y aprecia con un

criterio elevado las civilizaciones de Europa y de Asia, sirviéndose admirablemente de su vasta instrucción en este particular para sus dobles especulaciones en ambas partes del viejo mundo. Compré algunas alhajas, perfumes y objetos extraños, y contraí en fin con Hussein una confianza, fecunda para mí en noticias é informes de Oriente, menos poéticos sin duda que los de Lamartine, pero en cambio más reales y más íntimos, porque no tenían que atemperar su esencia y circunstancias al bien parecer de las narraciones públicas.»

«Un día se habló del refinamiento de goces materiales en el Oriente, y Hussein me hizo el obsequio de un paquete de *café del Serrallo*, infinitamente superior al moka, y que para no desvirtuar su esencia aromática toman sin azúcar los bajáes y dignatarios de la Sublime Puerta. Otro día me proveyó de *latakié*, complemento de la sensualidad indolente de los mahometanos en las horas perdidas de su muelle existencia, y por último, y por vía de fineza extremada, me regaló una cajita de ambar-grís, llena de cierta pasta verdusca que se llama *hátchis* y de que habla Dumas en su novela—*El Conde de Montecristo*—según lo recordará usted que tiene tan buena memoria.»

«Sepulté en el fondo de mi maleta de mano estos tres elementos de la molición turca, más bien como muestra de particularidades curiosas de la vida oriental, que me propuse dar á conocer

á mis amigos, que con el designio de experimentar sus fruiciones distintas; pero la combinacion de uno de esos ataques al estómago, de que no ha podido eximirme Vichy, con la carta de mi tío Andrés, anunciándome la pérdida deplorable de su hija única, la jóven é infortunada Sofía, me sumieron en una postracion tal que en dos dias no salí de mi cuarto; negándome á recibir á los amigos que vinieron en mi busca, y en ese malestar insoportable de alma y cuerpo, que ennegrece como fatídica nube el horizonte de la vida. Irritado al fin por aquella situacion tétrica y abrumadora, y resuelto á salir de ella de cualquier modo, me acordé del café del Serrallo, del latakié, y del háchis, y encendiendo mi máquina económica de viaje, de fabricacion belga, y sacando mi pipa tunecina, y poniendo sobre la mesa la misteriosa cajita de ámbar-grís, cerré la puerta de mi departamento en el hotel de *I Principi*, disponiéndome á ahogar mis penas en la embriaguez aristocrática de los potentados orientales.»

«El latakié ardía en el braserillo de porcelana india, forrado de bruñido níkel; humeaba el café particular de las odaliscas en una taza de estilo pompeyano, dádiva del conde Sarpi; la pasta de los deleites desconocidos estaba recojida en escasa porcion en una cucharilla de plata; la luz tenue de una lámpara de alabastro parecía contribuir al efecto lánguido y suave de aquellas preparaciones. En una butaca ante la mesa,

acomodado á la oriental verdaderamente, contemplaba yo aquellos elementos de la vida material, que iban á lanzarme pronto en las idealidades vertiginosas de un delirio, que tal vez sea el confuso embrion de las reminiscencias del alma, desterrada de sus naturales rejiones. Llevé á la boca el *hátchis*, como Adán mordería el vedado fruto; bebí á sorbos el café de un sabor amargo al paladar, pero deliciosamente confortativo del estómago y reclinando mi cabeza, pesada y ardorosa, en el mullido respaldo de la butaca, cerré los ojos, asegurando entre mis dientes la boquilla de alóe de mi pipa de Túnez y aspirando con grato adormecimiento una columna de humo perfumado, que dilató mis pulmones impregnando el ambiente de un aroma delicado como el de la violeta y voluptuoso como el del azahar.

«Un estremecimiento de todo mi sér me hizo abrir los ojos, robándome á la absorcion de un bienestar sumo. Una luz prismática, el arco-íris con sus mágicas tintas, iluminaba espléndidamente el aposento. Las flores de las colgaduras persianas de la puerta y de una ventana contigua, tomaron realidad, con una brillantez de matices, con una frescura y una fragancia dignas del eden. Las estátuas de los ángulos, los bustos en sus pedestales y los espejos de la estancia, á la irradiacion de aquella luz de fúlgidos cambiantes y de vários y ricos tonos, brillaron un punto, bañándose luego en una tibia vislumbre, que

fué perdiéndose en el ópalo de una nube vaporosa y ténue. Una música vaga y melancólica llegaba á mis oídos, como envuelta en los susurros y en las caricias de áuras primaverales, y entre ráfagas de esencias y murmullos de aguas bullidoras, de mecidos ramages, de cantos de rui-señores, de pláticas de amor, de risas alegres y de tiernos suspiros, un resplandor sereno y pálido como el de la luna sustituyó al crepúsculo de la tarde, oscureciéndose como al tránsito de un celaje transparente por el cénit de la púdica Diana.»

«Un inmenso panorama desarrolló á mi vista en no interrumpida sucesion los lugares más diversos del mundo, en sus temperaturas diferentes, y á la luz que mejor contribuía al realce de sus perspectivas y carácter particular. San Pedro en Roma; el santo sepulcro en Jerusalem; la esfinge colosal de Gizeh; Santa Sofía en Constantinopla; la catarata del Niágara; el puente del diablo entre Unsern y Uri; el Octógono de Aquisgran; la Alcazaba de Túnez; las cordilleras de los Andes; las desiertas vías de Herculano; el convento de Santa Catalina en el Sinaí; la *villa Portici* de la corona de Nápoles; el *Inca-chungana*, (silla del Inca) en el pintoresco valle de Gulan; la Alhambra granadina, rival de la Kaaba de la Meca; la gruta de las hadas, joya céltica de Locmariaker en el Morbihan; el abrasado Sahara, cruzado por una carabana de peregrinos; el régio panteon de Wesminther; las selvas virge-

nes del encantado Paraguai; el delta mortífero del Ganges, cuna del *morxi* ó cólera indio; las nevadas soledades de la Groelandia á la penumbra de la noche polar; países incógnitos y polioramas fantásticos, desvanecidos en una niebla azulada que sirvió de fondo á nueva óptica.»

«Eva, tal como la describe Milton, pasó ante mí, cándida y risueña, justificando la desobediencia de Adán con su encanto irresistible; siguiéndola como una corte la sierva Agar, madre de Ismael; Tamar con su trage de provocativa meretriz; Rebeca con el ánfora al costado; Betsabé desnuda, como escitó los deseos de David; Judith engalanada, cual se presentó en la tienda de Holofernes; la reina de Saba, amante de Salomón; Sulamitis, la enamorada esposa del cantar de los cantares; la Oola y la Oooliba del profeta, personificaciones del cínico desenfreno de Israel y de Judá; Salomé, que obtuvo con su danza la cabeza del Bautista; Magdalena, hermosa é incitante; la emperatriz Elena, madre de Constantino. Al reflejo de una dorada lumbre destilaron con característica y magestuosa expresión Semíramis; Cleopatra; Agripina; Mesalina; Actea; Fredegunda y Brunequilda; destacándose más lejos, y en fondo más dulce, Lais, Aspasia y Frinea (las tres gracias de los griegos); Safo, Corina y la Píthia; Circe, Medea y Calipso; Hébe, con la copa de ambrosía; Vénus Afrodita, surgiendo de las espumas del mar; Anfitrite, coronada de corales, y mal

cubierta por verdes y ondeantes gasas; Dido, casta y altiva; Atalanta, ágil y desenvuelta; Hipólita, ruda y fiera soberana de las Amazonas; Helena, causa de la ruina troyana; Pasifae, libidinosa y ardiente. En último término, y con indecisas formas, cruzaron por turno la lasciva cananea; la atractiva lesbiana; la chipriota escitante; la etiope fogosa; la pálida georgiana; la huri del Coram; la bayadera india; la ninfa griega; la silfa oriental; la ondina escandinava; la almea asiática y la aerea gipsi.»

«Un velo negro, tachonado de estrellas rutilantes, cubrió el seductor espectáculo que embebecia mi espíritu, y mientras brotaban y se desvanecian en lontananza, como cuadros disolventes, el Monte Blanco, el Gólgota, el pico de Tenerife, el Chimborazo, el Mont-cenis, el Himalaya y el Thabor, una lejion de ángeles, con diademas luminosas, flotantes túnicas y blancas alas, atravesó el espacio con ráudo vuelo. Uno de ellos se detuvo á mirarme, innundándome de felicidad la impresion de su límpida mirada, y descendiendo lentamente sobre mi cabeza, reconocí á Sofía, risueña y deslumbradora de celestial hermosura: Sofía que besó mi frente, y tornó á remontarse, indicándome con la diestra la patria de su privilegiado sér.»

«Caí en la postracion del letargo, y al volver en mi acuerdo me encontré en la cama, sangrando por disposicion facultativa y asistido por una hermana enfermera que llevaba, cuatro dias

de ocupacion, pués se me habia declarado caso grave, y tardé en reponerme más de quince dias. Amigo mio, se lo digo á usted francamente. Aunque tuviere proporcion de ello, no tome usted el háchis. *Experto crede, Roberto.*»

VI.

PIERROTO.

(CUENTO NEGRO.)

Hace algunos años que cierto crítico musical, de cuyo nombre no quiero acordarme, increpando al compositor Verdi por su célebre ópera *Il Trovatore* y fijándose en el argumento, escribía que este se fundaba en los supuestos raptos de niños, atribuidos á los gitanos en Europa, y asunto de várias leyendas en España. En el mismo periódico donde se ponian en duda hechos tales se daba cuenta sumaria del suceso que voy á referiros con todos sus pormenores, bajo el epígrafe —*Rapto de una niña.*— El reo de tan atroz delito fué un *zíngaro*, gitano de Italia, y era la tercera vez que el miserable lo cometía.

Patrik Macdonall, el *hermoso escocés* como

le llamaban las buenas comadres de Londres, habia heredado á su tio Isaías, acreditado fabricante de objetos de metal, nácar, marfil, hueso, carei, búfalo, asta, madera, pasta y masilla; estableciéndose en compañía de su hermano menor. Robert, en los extensos almacenes de los productos de su industria, sitos en *Rogent-Street*, y dando activo impulso al negocio, algo descuidado en los últimos tiempos del tio Isaías.

Patrik estaba casado con la escocesa más linda que haya podido describir la maestra pluma de Walter Scott, y de esta union de un hombre de arrogante belleza con una mujer de tipo interesante habia procedido Lucy, la niña más encantadora que se ofreciera por modelo á Julien, que tantos niños deliciosos ha trazado en sus litografías incomparables. Entre su fabricacion, su tráfico, su giro y su familia, Patrik vivía ocupado y venturoso; porque aumentaba el crédito de su establecimiento considerablemente; ensanchaba con fortuna la órbita de su especulacion; veia marchar el escritorio á cargo del activo y honrado Robert; amaba y era amado por una esposa singular y para colmo de dicha parecia que Dios le hubiese otorgado uno de sus ángeles, adivinados por Murillo y entrevistados por Greuze.

Llegó la hora de espiar una ventura, que era casi un delito en este valle de lágrimas, y la jóven y bella Mary, abocada al trance del parto, dió una caída terrible que en su delicada situacion trajo complicaciones tristísimas, desenlaza-

das en fin por la muerte, tras de operaciones dolorosas y padecimientos incalculables; y si no había derecho, por razón de su estado, para que ostentase Mary en su lecho de exposicion mortuoria guirnalda de flores y palma virjinal, habrían sido lógicas la corona de espinas en su frente y la palma de mártir en su diestra.

El dolor de Patrik no tuvo gemidos ni sollozos: herida profunda, recojió el derrame en lo íntimo del corazón traspasado, y estrechando á su seno convulsivamente la cabeza de querubín de la niña Lucy, votó Macdonall el resto de su existencia al amor exclusivo de aquella tierna criatura, verdaderamente huérfana por la falta insubsanable de la providencia maternal. Una arruga sombría surcó la despejada frente de Patrik desde aquel aciago instante: los largos cabellos del *hermoso escocés* lucieron hilos de plata entre sus ondas de ébano: un tinte de mate palidez sustituyó á los frescos colores de su juventud lozana. Lucy fué el mundo de su alma y el trabajo la esponja de sus penas, y aquel hombre de acero pasó por duro é insensible para muchas gentes que no comprenden el dolor mudo, ni conciben la verdad misteriosa de aquella Niobe, petrificada por el exceso de la angustia y de la desesperacion.

Apenas cumplidos los cuatro años, la niña Lucy fué atacada de tos ferina, pero con rigor tal que el médico ordenó la traslacion inmediata de la enferma á un pueblo de campiña á las

inmediaciones de la capital del reino-unido; conciliando así la salud de la hija con la facilidad de verla su amoroso padre. Patrik alquiló una casa de campo á dos leguas de Lóndres, y llevó á ella á Lucy, bajo la custodia de la anciana Dinah, criada fiel del buen tío Isaías; yendo á sus ocupaciones en la ciudad todas las mañanas y regresando todas las tardes al galope de *Urich*, caballo que merecía á su ginete por estampa y resistencia.

El influjo de la temperatura, los cuidados solícitos de Dinah, y el favor del cielo sobre todo, restablecieron en breve á la niña de su intenso ataque, y Macdonally y su hermano Robert, que pasaban los domingos en la casita campes- tre, veían con silenciosa, pero honda emoción, los infantiles juegos y las deliciosas monerías de aquella privilegiada naturaleza, en que Dios se habia dignado juntar á los matices de la rosa la diminuta elegancia del colibrí y el suavísimo gorjeo del ruiseñor. Próximo el verano y enteramente restablecida Lucy, se acordó un domingo restituirla al domicilio de *Regent-Street*, y el lunes de mañana salieron para Lóndres Patrik y su hermano en esta resolución, diferida para el próximo jueves, hasta disponer un nuevo cuarto, coquetamente arreglado para recibir á la niña, que era el ídolo de ambos honrados y laboriosos escoceses.

A cierta distancia de la casita rústica que servía de gracioso nido á la niña Lucy, estre-

chábase el camino, formando un largo callejon entre las tápias de dos propiedades, y nuestros escoceses siguieron líneas paralelas para no estorbar la marcha de los peones, dejándoles espacio bastante á su tránsito por medio de la senda, y cuidando de llevar al paso sus caballos en aquella estrechez, previniendo así toda clase de accidentes.

Un hombre extraño salió del recodo que formaba el camino á lo lejos, fijándose en él la escitada curiosidad de Patrik y de su hermano por su figura y porte. Un sombrero puntiagudo, y de alas corvas y vueltas hácia arriba, se inclinaba al lado izquierdo de su abultaba cabeza, cubierta por un pañuelo rojo de percal, anudado sobre la nuca y flotantes sus dos picos á la espalda. Un casacon de paño gris hacía resaltar su chaleco de grana, con dos hileras de botoncillos de cascabel y manchas de grasa y vino en profusion. Un derrotado calzon de ante y unas polainas de tezado rojizo completaban el abigarrado traje de aquel hombre, que llevaba al hombro un palo y á su extremo superior un lío de vieja y súa ropa. Algo detras de tan original personaje venia una mujer flaca y haraposa, de mala catadura, cargada con un maletin de cuero, y la seguía un muchachuelo extravagante, vestido de clown ó payaso inglés, con un tamboril bajo del brazo y triscando como un cabritillo.

Al llegar cerca de los escoceses el hombre ex-

traño se detuvo, quitándose el sombrero y mirándolos con una expresión particular. Era moreno atezado; ojos fosforescentes; boca descomunal; marcada la mejilla izquierda por una ancha cicatriz como de quemadura; con un arete en la oreja derecha; bajo y grueso, y como de cuarenta años de edad.

Los hermanos Macdonall correspondieron á su saludo, inclinando ligeramente la cabeza, singularmente impresionado por la facha y el aire siniestro del saltimbanqui, que continuó su ruta.

—*Senti, Pierrotto; arréstatì*, dijo la repugnante mujer con voz ronca y modulacion ágría.

—*Avantti*, replicó el titiritero duramente y con acento bronco.

El listo y burlesco payaso hizo dos muecas á los viajeros y salió bailando un can-can á la alta escuela.

—¡Qué gente! dijo Robert á su hermano, entre hosco y compasivo á la degradacion de aquellos vagamundos.

—Es menester que haya de todo, contestó Patrik, precipitando la marcha de su caballo para abreviar aquella travesía, la más incómoda de las que separaban la casa campestre de la capital de Inglaterra.

Llegado que hubieron á Lóndres, Patrik se dirigió á los talleres de su vária y extensa industria en un barrio extremo de la populosa ciudad y Robert siguió á los almacenes y escritorio de

Regent-Street, donde le esperaban multiplicadas y prolijas ocupaciones, sometidas á un método y á una exactitud admirables. Era día de recibir partidas de huesos, contratadas á entregas periódicas, y Patrik se entretuvo en la fábrica hasta las cinco; apresurándose á regresar á *Regent-Street* para comer y salir de seguida á restituirse al lado de Lucy, como lo tenía de costumbre.

Al entrar en su casa y asomarse al escritorio no vió á Robert en su sitio ordinario; pero allí estaba Mister Cornbill, antiguo agente de Bolsa, que había proporcionado la casita campestre á Macdonall, su paisano y amigo. Después de los saludos más cordiales Patrik preguntó por su hermano, y Mister Cornbill, venciendo difícilmente una embarazosa turbación, dijo al escocés que no volvería pronto, por lo que le manifestará al despedirse. Patrik invitó al agente de banca á que le acompañase á la mesa, pero Cornbill lo rehusó, diciéndole con la autoridad de los años entre los pueblos de la raza anglo-sajona:

—Aquí os aguardo, querido, y en mi cabriolé iremos á vuestra casita rústica. No puede tardar cinco minutos.

—¿Cómo es eso? interrogó Patrik con alguna sorpresa.

—Voy á la quinta de sir Layard, que no dista mil pasos y vuelvo mañana. Os dejo y os recojo. Conque así, dáos prisa.

Macdonall, tranquilizado por la sencillez de explicacion semejante, se hizo servir la comida, y á los diez minutos de instalado el cabriolé á la puerta del establecimiento bajó á reunirse con el agente de bolsa á quien halló en animada y misteriosa conferencia con un gefe de policía, lo que llamó su atencion bastante, y más notando la afanosa premura con que le despachara al ver entrar á Patrik en el escritorio.

—Vamos, exclamó Cornbill precediendo á Macdonall, preocupado infinitamente por vagas inquietudes y subiendo al carruaje en silencio sombrío, que se abstuvo de interrumpir el anciano, menos dueño de sí que antes.

El cabriolé partió al trote contenido, y al salir del descampado Mister Cornbill dijo á su cochero:

—Al galope, Tom. Queremos llegar pronto.

Patrik estrechó entre sus manos la diestra del agente y con voz sorda y comprimida le dijo:

—Hablad, amigo mio.... ¿Qué sucede? Tengo valor para todo. Explicaos sin rebozo.

—Sucede, balbuceó el anciano, que Lucy...

—Acabad, repuso Patrik comprimiendo en su corazon una tempestad de angustias de ansiedades y de tormentos.

—Pues bien, agregó Mister Cornbill resueltamente, Lucy se ha extraviado.

El escocés hizo un movimiento para lanzarse del coche; pero el agente lo sujetó con mano ruda y firme, impidiendo su arrebatado propósito.

—Quieto! exclamó con imponente solemnidad. Nada de violencias, Patrik. Desde el aviso de la pobre Dinah esta mañana, Robert se ha constituido en el campo, y yo he puesto en conmoción á toda la policía de Londres....

—Lucy, gritó el mísero padre con el rugido de la leona á quien ha robado sus cachorros una mano aleve y cruel.

—¡Valor, Patrik! (añadió el anciano irguiéndose con noble entereza.) No hay que desesperar de Dios. Tal vez, y así me lo figuro, esté encontrada ya la niña y nos aguarde. Quizás nos cruzaremos con Robert, adelantándose á tranquilizarnos.

Macdonall cerró los ojos; apoyó la barba sobre el pecho, se abatió contra el respaldo del carruaje, y dejó de ver, de oír y aun de pensar.

—Apretad los caballos, Tom, dijo á su cochero Mister Cornbill con nerviosa impaciencia.

El cabriolé partió como la flecha despedida del arco; pero Patrik continuó insensible á la celeridad del movimiento y á la impresion del aire, que silvaba en sus oídos al ajitar su riza cabellera.

Al entrar en el callejón, donde aquella mañana habian encontrado Patrik y Robert á los saltimbanquis, refrenó Tom la marcha de los caballos hasta el paso de andadura, porque en Inglaterra no conoce escepciones la ley, venga de donde viniere, y los infractores no eluden la merecida pena á favor de especie alguna de pri-

vilejio, título, ni consideracion.

Macdonall despertó de su letargo al sentir disminuida la velocidad del cabriolé, exhalando un hondo suspiro.

—Nos falta poco, amigo mio, díjole Cornbill con un tono paternal é impregnado de doliente conmocion.

Patrik cruzó los brazos sobre el pecho, y tornó á sumirse en el ensimismamiento profundo que embargaba sus facultades.

Al salir del largo y estrecho callejon, el carruage subsanó en ráuda carrera el tiempo perdido en la pasada travesía, deteniéndose á la puerta de la casita rústica.

Robert, pálido y abatido, se adelantó hácia los viajeros. Patrik saltó del cabriolé, y entró en la casa, gritando—«*Lucy! Lucy!*»—con un acento desgarrador que no encontraba eco en aquel recinto, triste y mudo, como la tumba.

—Señor, señor, exclamó sollozando la anciana Dinah, saliendo al encuentro de Patrik con las manos juntas en actitud suplicante.

—¡Miserable! exclamó Macdonall, levantando sobre ella su diestra amenazadora, pronta á un golpe de exterminio.

Cornbill y Robert evitaron el atentado frenético del escocés y el fin trágico de una víctima inocente.

—Y bien ¿qué habeis hecho desde esta mañana? gritó Patrik dirigiéndose á su hermano y á su amigo en el colmo de una escitacion febril.

—Buscarla por todas partes, respondió Robert con reconcentrada desesperacion.

—Buscarla! (repitió Patrik con eco ahogado é inyectándose de sangre sus ojos.) Vosotros la habeis buscado, torpes; pero, por el nombre de Dios, yo os fío que la encontraré, en las entrañas de la tierra ó en las profundidades del infierno.

Y dichas estas palabras con gesto y voz indescriptibles, el infortunado padre salió como un furioso cuando consigue romper las ligaduras que le sujetan en sus temibles raptos.

Robert y el agente corrieron detrás para reducirlo á la razón; pero le hallaron tendido á corta distancia de la casita campestre, herido en la cabeza al caer privado de conocimiento; embargado por un ataque cerebral, que providencialmente previno en sus mortales resultas la efusion de sangre en aquel accidente súbito; transportándole entre los dos á la casita, y acomodándolo en su lecho, mientras Tom regresaba á la capital en busca de un facultativo para socorro del desventurado Patrik.

Dos meses duró la enfermedad de aquel hombre en su período de riesgo, y más de cuatro su lenta reposicion. Al levantarse del lecho de los dolores nadie hubiese reconocido en aquella sombra, medrosa y lúgubre, al que las buenas comadres de Lóndres llamaban con entusiasmo el *hermoso escocés* en dias más felices.

Por dictámen de los médicos, que se proponian gastar la sensibilidad extrema del conva-

leciente, familiarizándole con el asunto de su pensamiento constante, Robert abordó la conversacion de la pérdida de Lucy, mostrando á Patrik los periódicos de toda Europa, en que se ofrecian mil libras, y hasta dos mil, al que depositara en cualquiera de los consúlados de la Gran Bretaña en el extranjero á la niña Macdonall; especificando sus señas, y entre otras un lunar en la nuca del tamaño de un schelling, particularidad notable que favorecía el objeto de los anuncios.

Patrik, un tanto restablecido, participó á su hermano que iba á recorrer la Europa á la ventura, promoviendo el negocio de su casa á la vez que hacía por sí mismo investigaciones del paradero de Lucy; aprobando Robert esta resolucion, y conviniendo en las bases de un arreglo, que conciliaba los intereses de ambos herederos del tio Isaías con el nuevo rumbo de los con-sócios.

El escocés anduvo dos años por Alemania, Suiza, Francia, Bélgica y España; volviendo á Lóndres con la melancolía del desaliento, disimulada por un exterior glacial.

Al año escaso de permanencia en la capital del reino-unido partió para Italia, visitando á Prusia y á Moscovia, y retornando por Alemania á Francia, en cuyo viaje empleó otros dos años ó poco más.

Robert contrajo matrimonio con una hija de Cornbill y Patrik decidió entonces pasar al continente americano, huyendo el espectáculo de la

felicidad doméstica, en contraste con su soledad y su intensa y comprimida desolacion; embarcándose en Liverpool con fondos para emprender algun tráfico en los Estados-Unidos, si la ocasion se presentaba propicia al efecto.

Seis años estuvo Patrik en la noble pátria de Washington y de Franklin, y la ley suprema de las compensaciones dió al escocés en fortuna lo que habia perdido en amor; contribuyendo á modificar su carácter y hasta su sér físico todas aquellas escenas primitivas de la existencia americana, grandiosamente enérgica y activa; con su espíritu creyente y su infatigable laboriosidad; con su union poderosa y su individualismo celoso de sus fueros; con la perenne lucha, en que la libertad triunfa siempre de la licencia, y el orden se sobrepone constantemente á los abusos y á los escesos más tumultuarios de aventureros y malhechores.

Macdonall se restituyó á Lóndres con sus pingües ganancias, y halló á Robert esposo ejemplar de una muger agraciada y discreta, y padre de una niña lindísima, que tenía el nombre de Lucy, y de un niño precioso, que traía vuelto el juicio á papá Cornbill, el abuelo más dichoso de los tres reinos que constituyen la vieja pero fuerte Inglaterra.

Patrik cobró un cariño extraordinario á su sobrina Lucy, correspondido pronto por la graciosa criatura, y Robert bendijo á Dios del fondo de su alma por aquel lenitivo de una pena, que

desde que era padre comprendia en toda la horrenda extension de sus tormentos. Macdonall buscó tambien el consuelo eficaz de la religion, y cuando se resentian las hondas cicatrices de su corazon lacerado iba al templo á pedir fuerzas al que ha dicho—«*pedid y recibireis.*»

Salia una tarde Patrik de la iglesia de San Pablo, y en la plaza vió un inmenso corro, sobre cuyo agrupamiento de cabezas sobresalía una muchacha, estravagantemente vestida; haciendo planchas acrobáticas al extremo de un palo, sostenido por un mozalvete robusto, en el equipo especial de los *clowns*.

—Firme! (gritaba un hombre, que parecia director del espectáculo). ¡Bien por la Amazona inglesa! ¡Firme, *mia cara!*

Aquella voz bronca y áspera hizo estremecer á Macdonall, que se acercó al círculo de curiosos por una atraccion irresistible.

—Basta! (esclamó el hombre del ágrío acento). Baja, bribona, y pide á estos buenos señores alguna cosita para Pierrotto y su tropa gimnástica.

La Amazona inglesa dió un salto y se inclinó á sacar el platillo de las cuestaciones de una arqueta próxima.

—Repárale el lunar de la espalda, dijo un papa-moscas á su compañero.

—Tiene el diámetro de un schelling, contestó el compañero del papa-moscas.

—Infame! gritó un hombre de elevada esta-

tura, asiendo del cuello con ambas manos á Pierrotto, y dejándole caer al primer sacudimiento el sombrero picudo y de bordes vueltos hácia arriba, que llevaba inclinado á la izquierda con aire truhanesco.

La multitud osciló algunos instantes, sobrecojida por aquella agresion inesperada; pero los agentes de policía se abrieron paso con esfuerzo brioso aunque inútil, pues al separar las manos del escocés de la garganta del saltimbanqui, este cayó como inerte masa, estrangulado por Patrik con las inverosímiles fuerzas de la ira rabiosa.

—Señores, (gritó Macdonall con exaltacion vehemente). Ese hombre me habia robado una hija y esa hija es esa infeliz, que me mira con horror, creyéndome un loco ó un asesino.... ¿No te acuerdas de mí, Lucy?

La muchedumbre, vivamente interesada por el escocés, trató de rodearle curiosa y benévola; pero los agentes mostraron sus negras varitas, y el pueblo retrocedió á la indicacion de los representantes del poder público.

Un gefe de policía se hizo cargo de Lucy, llevándola á casa del magistrado por lo que habia manifestado el preso, y en un carruaje de alquiler, bajo la custodia de dos agentes, Patrik fué conducido á la cárcel, mientras el *clown* era detenido tambien y se recojía el cadáver de Pierrotto, objeto de la repugnancia y el horror de los circunstantes.

Londres, Inglaterra, Europa, el mundo, se ocuparon sucesivamente de la trágica aventura en la plaza de San Pablo de la capital de la Gran Bretaña, y el nombre de Patrik Macdonall fué para muchas almas ardientes y alentados corazones un símbolo del amor paterno, llevado al paroxismo del furor por la vehemencia de sus afanes y de sus torturas; no faltando espíritus estrechos y ánimos vulgares, que condenaran la estrangulacion del inícuo Pierrotto un poco menos que al homicidio calificado.

En las primeras diligencias de la instruccion del proceso Gianotto, el *clown* de la tropa gimnástica, declaró que hacia doce años que el saltimbanqui, ahogado por Patrik, robaba á la niña Lucy de la misma puerta de la casita campesina, para remplazar á una pequeñita, que habia muerto en Ginebra, robada tambien en sustitucion de otra, procedente de un rapto en Toscana. Gianotto era el rapaz descarado y burlesco, que con sus cascabeles de bufon y su tamboril, encontraron los hermanos escoceses en el callejon inmediato á la rústica morada de la niña Macdonall.

Á instancia de Patrik fué entregada Lucy á su tio Robert, prestando la caucion correspondiente; huyendo de la ciudad los tres individuos que, con la Amazona inglesa y el *clown* italiano, componían la legion vagamunda del zingaro Pierrotto; recorriendo las poblaciones en la doble especialidad de titiriteros y de gente perdida

y dispuesta á todo género de indignidades.

Patrik escribió á su hermano con vivas instancias para suplicarle que condujera á Lucy á su prision; no pudiendo resistir á su impaciencia y á su ansiedad cariñosa; dilatando Robert de dia en dia este encargo continuo y exigente con razones tales que el procesado convenía en su exactitud y oportunidad, aunque contrariasen su ferviente deseo.

La misma escitacion pública, que en otros paises contribuye á retardar los procesos célebres y los enreda en complicaciones difusas, aceleró en Lóndres la tramitacion de esta notable causa, y á los cuarenta dias del suceso en la plaza de San Pablo un inmenso é hirviente gentío hizo enteramente inaccesibles todas las avenidas de la Audiencia, compareciendo Patrik ante el *jury* melancólicamente grave, preocupado por su situacion, y sin buscar en el público simpatías, como lo hubiera hecho un reo francés con bastantes menos motivos para merecerlas. Un murmullo benévolo acojió á Macdonall, que ocupó el banco de los acusados con un recojimiento, edificante por su ingénua solemnidad.

La historia de los hechos fué escuchada con esa gravedad reflexiva de los ingleses, que hace tan viril y típico á ese pueblo entre los del viejo mundo, y al especificarse los anuncios de la pérdida de la niña en casi todo el periodismo continental, Patrik ocultó el rostro entre sus manos para llorar libremente, y el auditorio pal-

pitó estremecido, ahogando la relacion con el cúmulo de sus diversas exclamaciones, semejantes al mugido de una ola inmensa.

El defensor de Macdonall, en la exposicion del suceso y en la doctrina jurídica del homicidio por arrebató, estuvo á la altura de su reputacion y al nivel del asunto de su meditado informe, con ese género de elocuencia sóbrio y razonador de la tribuna y del foro británicos, que parece tan crudo y tan exótico á la exhuberante fantasía de los pueblos latinos.

El presidente del *jury* dirigióse á Patrik con la fórmula de estilo para escitar sus últimas esplicaciones, y el escocés se levantó con magestuosa calma para decir á sus jueces:

—Señores jurados, no pretendo justificar en sí el hecho de que soy responsable, porque la ley de Dios dice—*no matarás*;—pero tened en cuenta que la violencia del hombre la explican doce años del martirio de un padre. Que os ilumine Dios.

Retiróse el *jury* á la sala de las deliberaciones y al cabo de media hora volvió á la audiencia, y su veredicto absolvió del cargo á Patrik Macdonall, declarándolo libre.

Un aplauso estrepitoso celebró esta sentencia del jurado, saliendo la entusiasta multitud para llevar en triunfo al escocés cuando apareciese en la calle.

En un gabinete contiguo esperaba Robert á su hermano, y después de recibir el abrazo estre-

cho del indemne de culpa legal, le dijo con una decision brusca y pesarosa:

—Vas á preguntarme por Lucy y á extrañar que no la haya traído.

—Sin duda, exclamó Patrik, palideciendo y fijando en Robert una mirada escrutadora y persistente.

—Óyeme y ten valor, añadió Robert con eco lúgube y animacion siniestra.

—Habla, pudo apenas responder el conster-nado Macdonall.

—Te robaron una niña inocente y te restituyen una infame prostituta, de cínico lenguaje y de costumbres depravadas. Dos veces ha tratado de fugarse, y jura que se escapará al fin, porque no quiere dejar de ser lo que es, por desgracia.

—Pierrotto, exclamó Patrik con rabia frenética ¡Maldito seas por una eternidad!

VII.

UNA CONQUISTA.

(CUENTO VERDE.)

«*Los hombres son el demonio*»—repiten las hijas de Eva con sobrada razon, porque además de pertenecer el demonio al género masculino, hay mas géneros de demonios en este planeta opaco, llamado la tierra, que en las mismas profundidades del infierno, y las diabluras de este pícaro mundo reconocen por causas las sugestiones del tentador, ordinario papel de los hijos de Adán en la generalidad de los casos.

Entre los hombres que con justicia podía decirse—«*que era el demonio*»—contaremos al marqués de Vallesanto, calavera de Madrid y París, que habia gastado buena parte de su salud y de su fortuna entre la bribonería española y el

demi-monde francés, hasta sentir la necesidad de reponer la una y la otra en un orden de vida menos turbulento y ruinoso.

Como en esta endiablada sociedad quien menos merece más logra por lo comun, el marqués, no bien retraído un tanto de su habitual libertinaje, buscó la proporción de recojerse á buen vivir, con una compañera, que le reconciliara con la existencia pacífica, á la vez que restaurase con un pingüe dote los quebrantos de su patrimonio, y su buena estrella le deparó en Carolina de Zabalburu una jóven encantadora, educada en el *Sagrado Corazon* entre princesas y patricias, hija única de un capitalista y banquero de Barcelona, y digna de otro esposo que el deshecho de las orgías y de las bacanales del Café Nuevo y de la *Maison dorée*.

Carolina era una de esas muchachas frescas y graciosas, de quienes su familia y sus amigos aseguran lo de—«*es un ángel*,»—sin perjuicio de que el tiempo, la ocasion y las coincidencias corroboren la histórica verdad de Lucifer, convertido de ángel en demonio por una antigua combinacion de circunstancias.

El ángel catalán encontró muy aceptable el partido del marqués, hallando á su futuro un parecido poético con el Monte-cristo de Dumas, por confundir su juvenil inesperienza la palidez mate del prisionero de Iff con el tinte amarillento del cútis, denuncia de fatigosos y continuos desórdenes.

El título de marquesa de Vallesanto era hasta romancesco, y Carolina se congratulaba de sorprender á sus nobles compañeras del *Sagrado Corazon*, escribiéndoles la noticia de su enlace en papel-ministro y bajo el timbre de una corona heráldica en relieve de grana y oro; proponiéndose, sin embargo, decirles que no era la ambicion el móvil de su conducta sino el amor; ese amor que no reconoce distancias ni obstáculos; ese amor que llena enteramente la vida; ese amor refugiado en las novelas sentimentales para solaz y consuelo de románticas doncellas y de jamonas deshauciadas. Carolina, gracias á la educacion monástica, tenia un aire de cándida inocencia, péfido antifaz de la travesura y de la malicia más refinadas que caben dentro de esas imaginaciones de privilegio, que adivinan lo que no conocen, llevando á sus últimas consecuencias lo que llegan á conocer.

El matrimonio se celebró en la capital del Principado de Cataluña con ostentacion fastuosa, confundiéndose sin unirse la nobleza de pergaminos con la aristocracia de patacones en la boda y sarao subsiguiente, y saliendo á los dos dias para el extranjero los *felices consortes*, como suelen escribirlos diarios de noticias, yendo á Bruselas á pasar la luna de miel, sin duda por huir de la luna de Valencia, que ha dado lugar á una frase española burlescamente triste.

Á los tres meses de vagar por Bélgica, Francia é Italia, nuestros expedicionarios volvieron á

Barcelona; teniendo lugar la entrega del dote, escrituras, regalos y munificencia del banquero Zabalburu, que era un príncipe en la familia financiera, y se portó como príncipe en esta señalada ocasion; pues alhagaba infinito el amor propio del vascongado, enriquecido en América, el esmalte nobiliario de su opulencia mercantil; llenándosele la boca con aquello de—«*mi hija, la marquesa de Vallesanto.*»—

El marqués gustaba de Carolina, porque la pensionista del *Sagrado Corazon* tuvo el talento de disimular que lo tenia, ensayando en su marido las seducciones variadas del candor, del transporte fogoso, de la celosa exigencia y de la amante credulidad; pero por mucho que una mujer sea un ángel, mientras que su marido sea el demonio, más temprano ó más tarde Faon se ha de cansar de Safo, cuando no es Dalila quien vende al confiado Sanson.

Vallesanto llegó al período reactivo del período álgido conyugal, y Carolina empezó á comprender que su Eneas pensaba en la emigracion, harto de las caricias de Dido; pero guardóse muy bien de exasperarlo con las importunidades de Ariadna al infiel Teseo, y ella misma le instó á que terminase el poema de sus amores, entrando poco á poco en la prosa de la vida.

El marqués contuvo su ánsia de libertad, temeroso de que la hubiese al fin por ambas partes, y picado tambien de que se le concediera lo que él queria tomarse, con la estimulante sal-

silla de ese fruto prohibido, que costando tan caro á la humanidad, costó la vida al hijo de Dios, que fué todavía mas sério. El carnaval vino á decidir la primera rebelion del marqués, y los bailes del Teatro Real dieron margen á una farsa, en que Vallesanto figuró un amigo enfermo de gravedad suma, y el compromiso de velarlo que le habia tocado en turno, bien á su pesar, pero...

Carolina quedó en la cama, quejándose de una jaqueca horrible, y el marqués la colmó de arrumacos, segun uso y costumbre de los maridos cuando van ó cuando vuelven de la senda de la infidelidad; deshaciéndose en protestas del acerbo disgusto con que iba á llenar su penoso encargo, dejando indispuesto á *su ángel*. Sin remordimiento y sin consideracion, el marqués despidió el carruaje en la fonda de París, donde paraba el amigo, puesto al borde del sepulcro en la novela de Vallesanto, y á eso de la una fueron al baile en un coche de plaza, decididos á buscar lances de Tenorios ó á enredarse en una francachela de las antiguas en los *Andaluces* ó en el *Rocher du Cancale*.

En el Real habia un lleno, y cierta similitud con los bailes célebres de la Grande Ópera en París; pero las primeras horas de esta clase de fiestas son demasiado bulliciosas hasta que la masa se descompone en parejas, grupos, círculos, comparsas y turbas, y nuestros dos amigos conocian harto esta especie de reuniones para bogar á la

ventura en el piélago de la confusión, sin más fruto que violentas marejadas y rudos vaivenes. Sentáronse pues con ese aire de indiferencia, que sería de muy buen tono sino fuese tan vulgar, y aguardaron su momento como el ave de rapiña, que se cierne sobre la presa hasta abatirse sobre ella con rápido y seguro ataque.

Á la media hora de esta expectante actitud se acercaron al amigo del marqués dos gitanas algo desenvueltas, y la de menor estatura se inclinó á su oído con petulante confianza, incorporándose con un movimiento jaqueton, y despidiéndose con una seña entre saludo y cita.

—Chico, dijo el interpelado á su camarada voy á seguir á ese diablejo y tardaré poco.

—Buena fortuna, contestó el marqués algo molesto porque una de las dos gitanas no hubiese reparado en su persona; pues los hombres que no se casan para despedirse de la vida galante ó aventurera no pueden resignarse á lo que llaman gráficamente *oler á puchero de enfermo*, que mal por mal es preferible en mi dictámen á ser *olla podrida*.

Á los cinco minutos de soledad se detuvieron ante Vallesanto dos máscaras: un dominó negro de moirée y otro dominó azul de raso.

El dominó negro habló al oído al dominó azul, y vino á ocupar la silla del amigo ausente, saludando al marqués con una gracia llena de distinción.

Un suave perfume de violeta recreó el olfato de nuestro aristócrata, mientras el dominó azul se perdía en el tumulto.

—Sea bien venida Lucrecia Borgia, dijo Vallesanto á la negra máscara con una cortesía caballeresca.

—*Oh mio gentil Genaro!* exclamó Lucrecia con el acento puro y armonioso de una toscana y el eco dulce y recreador de una voz magnífica en sus diversas y musicales modulaciones.

El marqués bendijo su estrella, que le deparaba una muger de chispa y de traza sobremanera elegante.

—¡Dichosa casualidad (exclamó) la que te coloca á mi lado, peligrosa Lucrecia!

—Má no; (respondió la máscara, tomando una deliciosa postura) non é *mica* de casualitá, marquese.

—Sería demasiada vanidad la mia creyéndolo así.

—¿É perché? (preguntó la desconocida con una ingenuidad de acción y de tono, digna de una coqueta veneciana). La máscara ha estado hecha expresamente per risguardar il capriccio de las muheres de la imprudenza ó de la curiositá.

—¿Será la Ferni? se preguntó á sí mismo Vallesanto en el colmo de su íntima satisfacción.

—Tú mi gusta *anche* dimasiado, marquese (añadió la tentadora italiana con una entonación

de dulce melancolía). Má intiende ben, caro; come tipo españuolò; lo hidalgo castellano; *Don Giovanni*; lo cabalieresco; lo aventuriero.

—¿Te has propuesto volverme loco de orgullo y de felicidad? interrogó Vallesanto, extraordinariamente engreído.

—Bah! (esclamó la dama con una nota baja soberbia). Non mi haser lo embusterro come todos.

—¿Será la Ortolani? volvió á preguntarse el marqués, oscilando entre los dos astros del Teatro Real como desequilibrado satélite.

—¿É cóme has decado in casa á la señora? interrogó la agresiva italiana con una vibración bufa de clásico carácter.

—Bien se está San Pedro en Roma, decimos los españoles, mia cara.

—¿Non hase más *la bell'alma innamorata* come dasta aquí, *bírbone*? insistió la Sirena toscana con gachonería.

—Hablemos de tí, máscara trastornadora, Mefistófeles femenino, interrumpió Vallesanto con exaltación positiva.

—¡Di mé! (repuso la italiana con lánguido abandono). Te ho dicho que mi gusta il tipo tuo, é ti asicuro que habea il desío de hablar con te de alcuno momento; má coberta di la máscara: libbre de tuta *noia*, é disparendo in següida é addío.

—¿Y frente á una botella de *Chateau-Fleurí*, mi adorable incógnita?

—Sia come quierra, aprobó el dominó negro con súbito y resuelto ademan.

Vallesanto dió el brazo á la interesante desconocida al punto mismo en que regresaba el amigo ausente.

—Chico, dijo á su camarada el marqués con cierta ironía, voy con esta beldad y tardaré poco.

La pareja era apropósito para hacer volver la cabeza á los inteligentes en figuras esbeltas y de airoso porte.

El tapon saltó con estrépito, y el Champaña rebosó en las copas del prócer hispano y de la incitadora toscana; siendo la tercera botella en la que volvemos á encontrar á nuestras perdidas tórtolas.

Vallesanto estaba fuera de sí.

El dominó negro, en el negligente desgaire de sus maneras, había puesto un pié en los traveseros inferiores de la silla, en que acomodó el marqués su sombrero, y aquel pié era fabulosamente diminuto, calzado con una zapatilla de raso negro sobre media de seda de Escocia, color de carne.

Al quitarse el guante de la mano derecha había salido de su prision un modelo de Academia pictórica; luciendo en el dedo del corazon un diamante de gran precio, en anillo de esmalte turquí.

Al dejar caer la capucha, por el calor sofocante que reinaba en el ambigú, cesó el eclipse de

una cabeza romana, que podia sostener la competencia con los camafeos de Cornelia, Octavia ó Agripina.

Al levantarse la cortinilla del antifaz para beber el néctar espumante de *Chateau-fleurí* observó Vallesanto una barba de coloracion á lo Guido Renni, con un hoyuelo para tumba de albedríos, y un lunar en la parte inferior de la mejilla izquierda, de los que dicen—*comedme*,—y no hay más que obedecer.

—É basta (dijo aquella mujer peligrosa): empezó di perder la *testa* é Dío sá lo que podera *arrivar* marquese.

Y la Cleopatra de aquel vendido Marco Antonio desvió de sí la copa con un movimiento lleno de dramática expresion.

—¿Y qué pudiera suceder, altiva duquesa de Ferrara? preguntó el marqués, devorando á la Borgia con una mirada de ardiente codicia y de fascinacion delirante.

—Curioso, (contestó ella con voluptuosa dejadez) ¿qué *arriva* cuando un galante é bel *cavaliere*, que non é indiferente all ánima, á di sua parte la *notte*, il viño, l'occasione, *oltre* di la voluntad duna *donna impazzita*?

—Pues bien, máscara, (repuso Vallesanto con una agitacion calenturienta) tú dices que amas en mí el tipo del hidalgo español ¿no es esto?

—Veramente, *caro mio*, afirmó la italiana, aflojando el cordon que sujetaba el dominó negro á su garganta de cisne, y acabando de trastornar

al marqués con la vista de un descote, capaz de dar al traste con la virtud de un santo.

—Me llamo Ponce de Leon, dijo Vallesanto con altivez, y uno de mis ascendientes se precipitó entre fieras por recoger el guante de su dama, caído en el coso.

—¡Oh la *bella* estoria antica! exclamó la Borgia con señales de férvido entusiasmo.

—El nieto de aquel Ponce de Leon (añadió el marqués con la diestra sobre el pecho en protesta arrogante) bajaría al infierno á condicion de poseerte una hora, hermosura irresistible y fatal.

—¿Má cosí, enmasquerada, esconozuda, come Marguerita di Borgoña?

—Así mismo, respondió Vallesanto, no sin titubear antes de responder, porque la proposicion merecia reflexionarse.

—¿É non temería una intriga, una *combina-zione* per un delito? Tu pòde crederme una aventuriera.

—Tengo un instinto que no me engaña, repuso el noble más tranquilo, porque no suele hablar de un suceso quien lo prepara con recursos artificiosos para que se realice.

—¿É non habría lalfiler di Aulnay per señar la cara di Marguerita di Borgoña?

—En ese caso (replicó el marqués, continuando la alusion á la *Torre de Nesle*), tendría que habérmelas con maese Orsini.

El dominó azul vino á interrumpir el diálogo,

y Vallesanto oyó que dijo en francés al oído del dominó negro:

—Son cerca de las tres, señora condesa.

El dominó negro respondió en el mismo idioma, con acento italiano:

—Esperadme junto á la guardarropía, Arsenia.

El dominó azul se alejó con paso rápido, y el marqués trató de estrechar el sitio como buen veterano de tales campañas.

—Entreabrir á un hombre las puertas del paraíso, (dijo con apasionada emoción) para dejarle fuera, seria una crueldad indigna de un espíritu generoso. ¿No lo crees así, mi hechicera Margarita?

—¡Ah señor Buridan! (objetó la condesa extranjera, amenazando con su rosado índice el rostro del grande de España). Non si *fá* tuto lo que si promete, é per esto, *caro mio*, la *donna* non si *fida*, é *fá bene*.

—¿Habré sido miserable juguete de una ilusión imposible? interrogó el marqués con un despecho verdadero y frunciendo las cejas en contracción recelosa.

—¡Ah natura orgollosa é fera del hombre! (esclamó la condesa, señalando al marqués con un gesto denunciador). Si crede ingannato per una coqueta é si ribela come á un insulto. ¿É cuánta, marquese, cuánta ha ingannato tú per reir *doppo* de la sua credulitá? ¿Sei diferente tú dil resto?

—Tanto como tú de las demás mujeres, contestó Vallesanto con explosion enérgica.

—¿Lo hasse per escitarme á la prova?

—Me someto á todas las pruebas, confirmó el marqués, que ya no sabia ni donde estaba.

—Cuidado, marquese (repuso la Borgia, tomando un aire de solemnidad y con voz sorda y comprimida). Io non sono una *donna* vulgare; é un abuso di *confidenzza* non lo pardonaría nunca.... má, nunca di la vita.

—No merecería perdon, apoyó Vallesanto, recobrando el sombrero y cubriéndose.

—É ridículo cuasi, (agregó con una vacilacion afanosa la condesa) má in fine, caro, le mie condizione sono brevi...

—Aceptadas y vamos, interrumpió el aristócrata palpitando de impaciencia.

—Má un instante (dijo la dama con tierna súplica). Al carruaque sarai vendato per me.

—Adelante, aprobó Vallesanto.

—Non intenterai di conocermi, fede di cavaliero.

—Dura es la condicion, pero admitida. Adelante.

—Vendato salirai de casa mia, é condusido á distanza, non provarai di rancontrar la casa un *altra volta*.

—Lo juro, concluyó el marqués, remedando la majestad de sus egregios ascendientes.

La condesa cubrió su cabeça estatuaria con la capucha; apretó el cordoncillo que habia afloja-

do poco antes, y aceptando el brazo de su conquistador, recojió su guante, manchado de espuma del Champaña; saliendo del ambigú para dirigirse á la guardarropía en busca de Arsenia, la del dominó azul.

Una elegante carretela aguardaba á nuestros excursionarios, y el marqués se sentó á la izquierda de su amada, sin abandonar su mano que estrechaba cariñosamente.

La primera condicion fué exigida y quedó satisfecha; cerciorándose la italiana y su doncella de que el pañuelo impedía ver y vislumbrar al Marana de esta galante aventura.

Al detenerse el carruage sufrió la venda segunda y minuciosa resquiza, bajando el estribo nuestro Belisario con el apoyo de la condesa y de su camarera y confidente.

Al adelantar el paso entre sus amables guías acordóse el marqués del «*Médico de su honra*» de Calderon de la Barca, consultando si procedería como el sangrador de Sevilla, marcando la casa de su lance.

Un ambiente tibio y balsámico, le anunció el ingreso en el santuario de Idalia; pero no osó tocar al pañuelo hasta que se le otorgase el permiso, y dejado por su conductora cerca de un sofá, tomó asiento con una resignacion altamente meritoria.

Supuesto que después de una esplicacion brevísima entre la condesa y Arsenia á la puerta del gabinete se separan el dominó negro y el do-

minó azul, vámonos con la doncella (*de labor*, como dice Martinez de la Rosa) porque en asunto de dos sobran los demás guarismos, y el oncenos no estorbar, interesante adición al Decálogo, debido al Moisés del vulgo.

Alguna picardía trata de hacerse con Vallesanto, á juzgar por la risa que retoza en los frescos y encendidos lábios de Arsenia, que quitándose el antifaz y el dominó azul nos permite examinar una carita y un cuerpo que merecen cualquier cosa.

La doncella enciende una lámpara de noche, juguete de china monísimo, y se sienta en un canapé, riendo de vez en cuando con una malicia que no anuncia nada bueno, porque Arsenia tiene todas las trazas de un diablillo enredador.

La vibración de una campanilla hace á la linda camarera abandonarsu asiento, tomar la elegante lámpara, dirigirse á la galería, y llegar á la puerta del gabinete, tabernáculo de la diosa de Gnido.

—Ayanti, dice la dama del negro dominó.

Al entrar la doncella Vallesanto se levanta del sofá como si despertara de un sueño.

Está en su casa; en su gabinete; merodeando en sus dominios.

Carolina es la Sirena toscana: Arsenia es Teresa, la doncella de su muger.

—¡Ah Carolina! esclama en el colmo de la confusión el marido, burlado por su traviesa consorte.

—¿Te ha gustado la italiana? (preguntó aquella muger con afable sonrisa). Pues todavía me quedan el tipo francés, el belga, el suizo y el ruso, y estan á tu disposicion, querido mio.

Y Carolina recojió de la pechera de su esposo el lunar postizo que se habia colocado en el extremo inferior de la mejilla izquierda con tanta coquetería.

—Carolina, (dijo Ponce de Leon más enamorado que nunca de un *ángel* que sabia ser *demonio*) mala muerte me dé Dios si esta conquista no es la última, amor mio.

—Marqués, (respondió Carolina tendiendo su mano al culpable) cuento con esa promesa.

VIII.

DÁTILES Y CEREZAS.

(CUENTO AZUL.)

Para reponer mi salud, quebrantada por excesos de trabajo intelectual, se empeñó mi buen amigo L...* en que había de pasar una temporada de primavera en la hacienda que posee cerca de la sierra de Cazalla, y que reúne á las comodidades de su caserío y á la amenidad de sus arboledas y feraces campos, los puntos de vista más pintorescos que es dable concebir á un aficionado á perspectivas rústicas.

Era condicion terminante de la temporada campestre que no había de abrirse un libro, ni tomarse la pluma para maldita de Dios la cosa, sino entregarnos ambos á todos los goces de la existencia puramente campesina; levantándonos con la aurora; acostándonos en las primeras horas de la noche; paseando largamente por llanos

y picos; comiendo y bebiendo como epicúreos; tomando leche de vacas á pasto, y estando rigurosamente prohibida toda conversacion formal y de fondo.

Al comienzo de este género de vida el atractivo de la novedad hizome grata la inercia del espíritu á favor de las fuerzas animales; pero á los quince dias de recojerme poco después que los habitantes del gallinero, de abandonar el lecho al par de los gañanes, de andar sin rumbo entre jaras ó en equilibrio entre removidos terrones, de comer á las mismas horas con apetito ó sin él, de hablar con labriegos de ogaño y de antaño, de trigo y de aceite, de cebada y de maiz, de beber leche y vino de la tierra, y de que me recordasen cada cinco minutos la veda de toda conversacion grave, os confieso francamente que hubiera quemado sin piedad las bucólicas de Virgilio, los idilios de Gesner y las anacreónticas de Melendez Valdés.

Soñaba con periódicos, con libros nuevos, con el alumbrado de gás, con la compañía de zarzuela, con los bailes, con los conciertos, con las corridas de toros; con todo aquello que se repartía mis horas, devorando mi vida en combinacion con un trabajo asesino, hijo lejítimo del legal consorcio de Don Provecho con Doña Honra, y por mucho que me esforzase en disimular mi hastío llegó á conocerlo L...*, disponiendo una montería á que se propuso convidar á vários amigos de la comarca.

Acojí la idea con extremada satisfaccion, y hasta logré que las invitaciones fueran en verso para iniciar de este modo la broma; despachándose las circulares con un mensajero seguro; citando á los partícipes en la campaña contra venados y jabalíes á nuestra hacienda, esto es á la de L...*, en el término improrogable de tres días, imponiéndose al que acudiese fuera de plazo la multa de un pellejo de vino y un cabrito para los jaleadores.

Era la primera vez que iba á habérmelas con las alimañas silvestres, y aunque me conocía lo bastante para no creer que había de distinguirme en la jornada, la montería me brindaba propicia ocasion de estudiar costumbres, tipos y escenas, que más tarde ó más temprano me podrian servir de asunto ó de episodio de una accion, histórica ó fantástica. Necesitaba yo ver por mí mismo las jaurías, las cuadrillas de batidores, el capitan de puestos; sentir la emocion del peligro, la impaciencia del aguardo, la impresion del momento ante la res; enterarme de los usos, de las chanzas y de las veras en estas rudas diversiones: el hombre artificial y enclenque anhelaba penetrar en los misterios de la vida salvaje de los hombres primitivos.

Reunimos provisiones para la expedicion, dispusimos albergue para los citados, y tomé lecciones de tiro de escopeta, acostumbrándome á los arreos venatorios para ser un montero verosímil; desechando en este tráfago de ocupa-

ciones las reminiscencias de la capital, que me hicieran tan insoportable la residencia en el campo. Nuestro mensajero volvió con la respuesta favorable de casi todos los invitados, á excepción de uno, que se habia muerto, de otro que estaba muriéndose, y del tio Rebollar, que iba á casarse de segundas nupcias, desgracia infinitamente mayor que las anteriores, al decir de mi amigo L....*

Dos convidados contestaban en verso á la cédula poética que se les habia dirigido: el boticario de una villa próxima y el cura de otra poblacion algo más distante. El farmacéutico envió un romance de corte cáustico y zumbon. El párroco remitía unos cuartetos endecasílabos, nobles y fáciles, revelando buenos estudios y clásico gusto.

Llegaron en fin quince monteros de los veinte, convocados á la hacienda, y el cura y el boticario, que eran dos individualidades, acreedoras á particular atencion. El Galeno, cargado de espaldas, pati-zambo, cabeza enorme y cara maligna, parecia un Esopo y justificaba el parecido. El pastor católico, jóven, robusto, digno y considerado, inspiraba una simpatía afectuosa, instintiva en los hombres vulgares y motivada en las personas de buen criterio y de trato social.

Después de las presentaciones recíprocas de los monteros, de las chacotas de estilo en estos lances, y de desembarazarse de sus avíos de caza

con el orden de una tropa regular en los detalles del servicio, nuestros buenos camaradas se instalaron en el espacioso comedor de la hacienda, donde se les tenian dispuestos café, licores, pasteles y emparedados, y un buen fuego en la chimenea, pues la noche refresca en primavera en las inmediaciones de sierras y alturas ventiladas.

El boticario tenia fama de hombre decidor y cuentista picaresco, y pocas giras y diversiones se proyectaban en aquel circuito sin contar con el jorobado, inventor de chascos, autor de enredosos juegos de prendas, y *Petrus in cunctis* de las sociedades numerosas y festivas en aquella region. Algunas veces las chuscadas del Galeno andaluz eran de mal gusto, y se escedia algo, y aun algos, como decia Don Quijote, en su mision directiva de recreos y solaces; pero pasaba la nube del desagrado, y como *no hay rosas sin espinas*, segun el viejo refran, se perdonaba pronto al Triboulet su aviesa malicia, en gracia de su utilidad en tertulias y festejos.

El cura conocíase bien que no simpatizaba con el burlesco boticario, pues tenia cuidado especial de no dar pié á sus confianzas, y en más de una ocasion advertí que rehusaba contestar á insinuaciones punzantes y agresivas del farmacéutico; contribuyendo quizás á esta actitud reservada del jóven párroco la presencia de cuatro feligreses suyos, que le mostraban respetuosas consideraciones.

Allí habia dos partidos, cuyos gefes eran el Esopo y el pastor evangélico, y yo me declaré por el último, haciéndole ocupar el testero de la mesa á título de su augusto carácter, no sin notar la sonrisa del picaruelo jorobado, que allá para sus adentros me calificaría de neo-católico seguramente.

A la animacion producida por las primeras libaciones, se debió la exigencia de que Don Jacobo (que así se llamaba el boticario) refiriese un chascarrillo, y haciéndose de rogar un poco, dijo en fin con visos de solapada intencion:

—Si el señor cura me lo permite, narraré el cuento de los dátiles en el género bíblico.

—Cuenta usted, replicó el eclesiástico reposadamente, y me reservo para rectificar en caso necesario.

Los monteros celebraron con palmadas esta especie de justa; prestando atento oído á la relacion de Don Jacobo, que era un tuno de siete suelas, como suele decirse en esta tierra de garbanzos.

El farmacéutico bebió un sorbo de vino como preludio del espectáculo, y saludando al auditorio con una expresion bufa inimitable, principió su cuento de esta manera:

—*In illo tempore*, cuando andaba por el mundo el Divino Maestro, no siempre iba el hijo de Dios con los doce Apóstoles acá y allá, á sus quehaceres y servicio de su Eterno Padre; sino que unas veces á Pedro, otras á su primo Juan,

y algunas á mi santo patron, el señor Santiago, tocaba el turno de acompañar al Mesías en sus expediciones y ser testigos de sus milagros y maravillas para escribirlas después.

—Adelante, dijo L...* que conocía demasiado al narrador para fiarse de este sencillo exordio.

—Yo no sé para qué asunto (continuó el jorobado) tuvo el Señor que hacer jornada, y dejando en Jerusalem á sus discípulos, eligió á Júdas el Iscariote para que fuese con su Divina Magestad, obedeciendo el pícaro del rubio á regañadientes, porque era un remolón y un cascarrabias de todos los diablos, y dígalo su historia, y así tuvo el paradero.

Maese Jacobo bebió un sorbo de vino; chasqueó la lengua contra el paladar, y continuó su historia bíblica.

—En Gethsemaní les cojió la noche, y allá, al pie del monte de los olivos, parece que por entonces habia una huerta, con su caserío y no de mala proporcion para alojarse.—«Júdas, dijo Jesús al Iscariote, anda y pide hospitalidad para el profeta de Nazareth y uno de los que le siguen.»

—Obedeció el mal apóstol, y volvió en breve con la respuesta del hortelano, quien habia dicho—«Bien llegado el nieto de David y su discípulo al hogar de su siervo.»—

—Ya estamos en la huerta, dijo un admirador del boticario, herrador en la próxima villa.

—El hortelano habia estado en Jerusalem el día de la entrada triunfal de Jesús, y tambien le oyó

expresarse contra los canallas de los fariseos, y como era fariseo el amo de la huerta, y traía á mal traer al infeliz arrendador, el hombre recibió al Mesías en palmitas, y su muger, una morena de no malos bigotes, no sabía qué hacerse para corresponder á la honra de hospedar en su albergue humilde al recibido en la capital con tantos hosannas.

El boticario dió el sorbo tercero; reanudando su interrumpida historia, objeto de la curiosidad de todos sin escepcion.

—Con el pretexto de ayudar á la hortelana á disponer la cena el bribon de Júdas se quitó de enmedio, y hay quien diga que como buen lechuzo de contribuciones el muy trucha olió que Simeona era portazgo de abundante rendimiento, y debió entrar en sus miras confirmar sus sospechas; pero el Señor le llamó en lo mejor del lance, y tuvo que resignarse á entrar en la sala; remitiendo á mejor coyuntura el flaco servicio que pensaba hacer al pobre del hortelano.

Maese Jacobo apuró de un trago el contenido de su copa; siguiendo su relacion con nuevo brío.

—Cenóse frugalmente; se rezó el Padre nuestro, sin ave-maría ni *gloria Patri*, como se usaba entonces; se conversó un poco, y llegó la hora de recogerse; haciéndolo el Señor y el Iscariote en un cuartito próximo, sobre hojas de palmera bajo una mala manta y acostándose el matrimonio en otro camistrajó por el estilo, impro-

visado en el comedor. Habría dos horas ó poco más que reinaba en aquel recinto el hermano de la muerte, vulgo el sueño, cuando Júdas se levantó quedito, dando un paso hácia la sala contigua.—«¿Dónde vás?»—le preguntó el Maestro que velaba.—«Señor, balbuceó el maula del rubio, el vientre....»—Sana y acuéstate, interrumpió Jesús con imperio soberano.—El renegado no tuvo pretexto, y se dejó caer sobre la manta, dándose á todos los diablos por vía de anticipo. Á la hora y minutos se incorporó poquito á poco; creyendo ya dormido al hijo de Dios.—«¿Qué tienes, Júdas? le preguntó el Verbo con su bondad inagotable.—«Señor, que no puedo dormir.»—«Pues duerme, exclamó Cristo, y el Iscariote cayó como una piedra, soñando que pagaba al hortelano su hospitalidad en la moneda que se había propuesto pagársela.

—Vaya, dijo el herrador, llenando de vino el vaso del farmacéutico.

—Al despuntar el día llamó el Maestro á Júdas, que dormía como un liron, y estándose ajustando las correas de las sandalias, pidió permiso para entrar la Simeona, trayendo una cestita de dátiles como obsequio á sus huéspedes. Á poco vino el hortelano, con la pretension de que el nieto de David lo acompañase á la tienda del pastor Seth que tenía los demonios en el cuerpo, y estaba pasando las grandes fatigas con semejantes inquilinos en el buche.—«Amigo, dijo el Señor al Iscariote con acertada providencia, vé á

esperarme al pozo de Josafat, que poco tardaré.» —Jesús fué con el hortelano á librar al pastor de sus alojados malditos; llegó en compañía del marido de la Simeona al pozo de Josafat, y el apóstol colorado retinto no parecía por el mundo, ni dió cuenta de sí hasta más de un cuarto de hora; llegando sin aliento y con un palmo de lengua fuera de la boca, poco menos que cuando se ahorcó.—«Maestro, dijo á Cristo procurando congraciarse, me venia sin el cesto de la hortelana y tuve que volver á la huerta.»—El Señor nada respondió; despidióse del rústico afablemente, y emprendió la marcha seguido por Júdas, que llevaba la cesta de los dátiles.

Maese Jacobo humedeció sus lábios en el vino que el maestro herrador le sirviera con amistosa solicitud.

—El Divino Maestro (continuó con gravedad), evacuó la diligencia que le sacara de Jerusalem, y á los tres dias volvióse para la ciudad santa con el bribon de Júdas, llegando cerca del oscurecer á una cañada, donde no cabian tres personas de frente. El Iscariote iba estropeado y soñoliento, detrás del Mesías, y ansioso de avistar los muros de Sion, término de su viaje.—«La paz sea contigo, dijo el Señor con dulzura.»—El rubio alzó la cabeza y retrocedió espantado. Un hombre, con dos astas de siete puntas en la frente, contestaba al saludo del hijo de Dios, besando humilde una punta de su manto. Aquel hombre-ciervo era el hortelano de Getsemaní

que continuó su ruta.—«¿Qué tienes, amigo? preguntó el profeta de Nazareth á su aterrado discípulo.»—«Señor, repuso el Iscariote, aquellas astas....»—«Sí, Júdas, interrumpió severamente Jesús: son huesos de los dátiles que fuiste á recoger á la huerta.»—

Una carcajada general acojió el fin de la aventura, y os confieso que no pude resistir á la tentacion, tomando parte en la hilaridad del auditorio, porque el malsin del boticario tenia una chuscada seria, que duplicaba el efecto de sus bellaquerías.

El cura se contentó con sonreir, comprendiendo la tendencia del cuento de los dátiles.

La hija del capataz de la hacienda, una mocetona como un trinquete, colocó sobre la mesa un canasto de cerezas de Constantina, que habia venido de regalo á L...*, de parte de uno de sus arrendadores.

—Don Jacobo, dijo el herrador al farmacéutico con maliciosa guiñada: Simeona con la cesta.

—Aquí se llevaba chasco el Iscariote, replicó L...* entre formal y chancero.

—¡Qué sanas están! exclamó un montero, feligrés del jóven cura, presentando al párroco un ramo de cuatro cerezas, una de ellas encarnada y sin madurar.

—¿No cuenta usted nada, Padre Nuestro? interpeló el Esopo al eclesiástico.

—Donde está usted yo sobro, repuso el cura,

disfrazando el epígrama con una sonrisa modesta y un gesto de resignada inferioridad.

—Cada uno hace lo que puede ó lo que sabe, contestó Maese Jacobo. Aquí somos alegres monteros, que pasan la velada divertidos sin ofensa de nadie, y estos no son actos de oposicion á canónjias, ni...

—Suplico á usted que eche su cuarto á espadas, corté yo dirigiéndome al clérigo para evitar un choque, porque el boticario, tan zumbon como era, no sufría ancas cuando le tocaba la oracion por pasiva.

—Vaya otra leyenda bíblica, (empezó el cura con dulce insinuacion en el acento) y podemos llamarla—«*las cerezas.*»

El narrador de los dátiles de Gethsemaní adivinó que iba con él la narracion del jóven párroco.

—Antes de dirijirse á Jerusalem el hijo de Dios para el cumplimiento de las profecías en todas sus partes, recorrió con sus discípulos la Galilea, y llegó á Saphura (*Zippor*), de donde eran nativos sus abuelos maternos, y donde el niéto de David contaba algunos parientes, de tan alto oríjen como escasa fortuna.

—Vá por lo sério, dijo el herrador que estaba más por lo festivo.

—Al llegar á la plaza Jesús se dirigió á un vendedor de cerezas, saludándole con su fórmula—«La paz del Señor sea contigo.»—El buen hombre se levantó muy alegre, diciendo al pro-

feta de Nazareth—«¿Qué demandas á tu siervo?»—«Hermano, respondió Jesús con su voz de inflexion suavemente melancólica, véndeme un puñado de cerezas.»—«Tómalas, Maestro, repuso con franca voluntad aquel hombre ¡Qué puedo negar yo al que es salud y vida de su pueblo!»—El Redentor echó en un repliegue de su manto las cerezas que su diestra pudo abarcar, diciendo al vendedor solemnemente—«Vuelve tranquilo á tu casa: tu hija Raquel ha sanado.»—Y mientras el pobre hombre se postraba en tierra á la impresion de semejante beneficio, alejóse el Salvador del mundo, seguido de sus apóstoles, y entre ellos de Júdas, que encontraba excesivo un milagro para recompensar un puñado de cerezas:

—Adelante, exclamó L...*, interesado en la historia del simpático presbítero.

—Jesús (continuó el párroco) entró en casa de Nephtalí, el herrero, hermano de Santa Ana, y mayor de la familia, besándole la mano en signo de reverencia, é informándose del moderno Tubalcain de la vivienda de su hija Sarah, casada con Zabulon el curtidor de pieles, y madre de cuatro hijos, hermanos del Señor, segun la frase hebrea que llama hermanos á los consanguíneos; dando lugar á erróneas interpretaciones de algunos pasajes del Nuevo Testamento. El anciano Nephtalí llevó al nieto de su hermana á la vivienda de su hija, que estaba poco distante, y la esposa del curtidor acudió á conocer al profeta galileo; llevando en sus brazos á Benjamin, ro-

busto niño de cuatro años, y acompañada de su hija Abigail, de once.—«¿Dónde anda Rebeca? pregunto Nephtalí á Sarah.»—«Se está poniendo su túnica nueva en honor del hijo de María, contestó sonriendo la prima de la vírgen.»—«¿Y Japhet? insistió el herrero.»—«Yá viene: han ido á avisarle, respondió Sarah, acercándose al Salvador con cariñoso respeto.

—Se vé el cuadro, dijo Maese Jacobo con sarcástica admiracion.

—Jesús besó en la frente al hermoso niño que le presentó Sarah, y que acarició con sus mantas la barba riza y sedosa del nazareno; alargándole dos cerezas que el lindo Benjamin enseñó á su madre, en extremo complacido.—«Ven acá, hija mia, dijo el Señor á la ruborizada Abigail ofreciéndole un ramito de la misma fruta: son menos frescas y rojas que tus lábios, Dios te bendiga.»—Rebeca corrió al lado de su pariente, con su túnica nueva y un aire de contento que irradiaba en su expresivo y agraciado rostro.—«Toma, añadió el nieto de David, presentándole su manto, escoje las que quieras, y gracias por aderezarte en obsequio mio, preciosa criatura.» En esto entró Japhet, incómodo porque le habian separado de sus juegos y travesuras para presentarle á Jesús, el hijo de María y de José el carpintero, y ceñudo y fosco acercóse al profeta, mirándole con aire sombrío y gesto huraño. Cristo le dió tambien cerezas; pero apenas hubo mordido una, la escupió con súbita contraccion de

repugnancia, exclamando—«*¡qué ágrías están!*»
—«No lo extrañes, Japhet, contestó el Divino Maestro sentenciosamente; para los niños amargos parecen hechas las frutas ágrías.»—

—De suerte, replicó Maese Jacobo, que la moral de esa historia.....

—La moral de esa historia, interrumpió el cura, es que vamos á acostarnos por tener que madrugar mañana.

IX.

FRINEA.

(CUENTO BLANCO.)

Seguidme, queridos lectores; pues sin las molestias de largo viaje, sin los peligros de las vías terrestres, ni las formidables contingencias del mar, me propongo conducirlos á Grecia; y no á la Grecia de Maurocordatos, de Othon, ni de los bandidos, secuestradores de ingleses; sino á la Grecia de Péricles, en que Anaxágoras inicia la pública enseñanza de la filosofía; en que Fídias y Praxiteles elevan á su apogeo la estatuaria, que desembarazó de masa ruda Dédalo, de Sicyone; en que Apeles y Zéuxis compiten con pinceles y paletas con las maravillas del escoplo y del cincel; en que Ictino erije sobre el monte Corylio el templo de Apolo y el que Atenas consa-

gra á la diosa de la sabiduría; en que la inspirada Myrtis educa á Corina y á Píndaro; en que florecen Safo en Lésbos, Aryon en Methymne y Anacreonte en Theos; en que se disputan el laurel de Melpómene en el foro trágico Esquíles, Eurípides y Sófocles; en que Aristófanes, Eupolis y Menandro, van á convertir en comedia la antigua y degradada farsa; en que Alcibíades introduce en las costumbres el refinamiento sensual; en que Aspasia, querida y luego esposa de Péricles, empuña el cetro de flores de la disipacion galante; en que Laïs, la Vénus corintia, hace admirar la hermosura á los más záfios caracteres y á las más atrabiliarias condiciones; en que Frinea, la Vénus tespiana, dá á los escándalos del libertinaje el esplendor de su rara belleza, el prestigio de una opulencia deslumbradora, y la magia de su exuberante fantasía.

Para este rápido viaje no necesitáis cambiar vuestros vestidos por la túnica alba de lino de Beocia, por el cinturón de seda de Tyro, ni el manto de tinte violáceo de la *púrpura múnix*. Tampoco habeis menester de intérprete, que posea los tres dialectos principales de Grecia, el dórico, el eolio y el de Jonia, tan comunes en la populosa Atenas. No sufrireis apreturas en los concurridos *Léscheos*, pórticos en que se reúnen desocupados, extranjeros y hombres de tráfico, ni embarazarán vuestros pasos las innumerables edificaciones y monumentos ostentosos, en que Péricles consume tres mil talentos, lle-

nando de prodigios del arte la ciudad querida de Minerva. No os detendrán los esclavos que preceden á las literas de las ricas damas, ni tendreis que evitar los carros de ruedas doradas, en que una fogosa y desmandada juventud se obstina en arrostrar el disgusto del pueblo y las multas de los Arcontes. No tendreis necesidad de satisfacer crecida suma para visitar el taller admirable de Parrhasio; para entrar en la exposicion de las obras de Fídias; para ser admitidos en un festin de beldades cortesanas; para haceros predecir lo futuro por una adivina thésala.

Basta, amigos mios, con que siga vuestra benévola atencion el rumbo caprichoso de mi pluma, y en tres rasgos célebres yo os dejaré trazada la historia de Frinea, haciendo palpitár á vuestros ojos una de las tres beldades históricas de aquella Grecia, que sirvió de cuna á una civilizacion portentosa y magnífica, objeto de nuestra admiracion entusiasta.

No os repugne saber que Frinea comerció con sus atractivos juntando una fortuna que la indujo á prometer la reedificacion á su costa de Tébas, asolada por Alejandro; ni rechaceis como indigna de memoria á la muger galante á quien su país nativo acordó consagrar una estatua, en el recinto del templo de Délfos y junto á la de Filipo de Macedonia. ¿Vale más que Frinea, la cortesana gentil, la rival de Vénus Afrodita, el modelo de Praxiteles y de Apolodoro, Margarita Gauthier, la *dama de las camelias*,

heroína de Dumas y de Verdi?

En Grecia no podía haber esa moral, con que hoy chocan las costumbres libertinas de los pueblos; porque la religion autorizaba allí los cultos de Páfos y de Chipre en honor de Vénus, los desórdenes misteriosos de los Corybantes en las infames fiestas de Cibeles, y las desenfrenadas orgías con que se solemnizaban los triunfos de Baco. La moral tenia por base la conveniencia pública, y segun sus diversas sugerencias se depuraban á los hombres eminentes la apoteosis ó el ostracismo; se fomentaban ó reprimian el lujo, la licencia y los alardes de hábitos viciosos; se permitian las escentricidades de cortesanas, prodigos y calaveras, ó se imputaban como delitos ante las asambleas populares, llevando á los culpables ante el severo tribunal de los Helias.

Grecia debió á Péricles un impulso civilizador que constituye su gloria, y Péricles fué poderosamente influido por Aspasia, que creó el círculo de la juventud aristocrática de Atenas, centro de seductoras hermosuras y de mancebos distinguidos, de donde emanara la cultura de las primitivas y rústicas costumbres de los griegos. La cortesana de Grecia es algo más que una mujer perdida, como nuestras meretrices: es una exaltacion eficaz del sentimiento, que enciende el númen de los poetas; inspira á los artistas; inflama á los oradores; exalta á los guerreros y hace ávidos de fama á los repúblicos.

Frinea acaba de entrar en casa del escultor Praxiteles, quien ha prometido á la cortesana tespia regalarle la estatua que más le agrade entre las exhibidas en su taller, y hecha esta promesa en el ardor del banquete, ante el apuesto Alcibiades, el rico Gorgias, el elocuente Hipérides y el laureado Ion, tiene por testigos á los hombres más notables de Atenas.

El rival de Fídias no está arrepentido de su empeñada palabra; porque siente hácia la mujer de moda en la capital de Grecia una atracción invencible, que ha disculpado á sus ojos la censurada conducta de Péricles, elevando á su tálamo á la seductora Aspasia, con desprecio de las conveniencias sociales.

Praxiteles ama en Frinea el ideal de la forma femenina, y más feliz que Pigmaleon, no tenía que pedir á Vénus que animase una estatua, blanco de impotentes deseos; sino modelar en el mármol las perfecciones de una belleza, real y patente á su lisonjeada visita.

Frinea amaba en Praxiteles al génio divino, yivificando lo inerte, sacando criaturas de las piedras, como Deucalion y Pyrrha después del diluvio; y ella, que parecía haber abdicado el pudor para su imperio en la vida tumultuosa de los festines y de los misterios eróticos, tenía vergüenza de servir de modelo al artista para una estatua de la Diosa de los amores, saliendo de las blancas espumas del mar.

La cortesana, envuelta en tupido velo, y se-

guida por una sierva etiope, tomó asiento en un triclinio de Tesalia, con almohadones de bordadura cartajinesa, mientras el eunuco avisaba al escultor la llegada de una deidad á sus lares. Una sencillez de buen gusto reinaba en aquella casa de un célibe, rejida por una vieja esclava, á quien tenia el artista una especie de cariño filial.

Praxiteles entró en la rotonda que servía de recibimiento en su albergue, y besó la mano de Frinea con apasionado transporte; sentándose á su lado á una afable indicacion de la Vénus tespia, que con otro signo despidió á la atezada etiope, quedando solos y juntos los que eran verdaderos y reservados amantes.

—Por Hércules, hija de las gracias, que creí olvidado nuestro empeño de anoche por tú parte, exclamó el artista.

—No podia ser, contestó sonriendo la cortesana; porque era yo la que venía; tú quien esperabas, y tus obras las que aguardan mi eleccion. Además, Praxiteles, (añadió la incomparable beldad con tierna confianza) ni quiero, ni podría engañarte. La estatua que me permites escojer no es para mí.

—¿Cómo es eso? preguntó el escultor sorprendido.

—La destino al obsequio de Téspis, mi patria, á quien la envió para su templo, que hago hermosear con cuanto me es posible remitir de Atenas. Aquellos habitantes no han olvidado á Mnésarethe, que es mi verdadero nombre, y re-

ciben las dádivas de Frinea con acendrada gratitud, hasta votarme una estatua á expensas del reconocimiento público. Dándoles una obra de tus cinceles coronó mis ofrendas al pueblo en que ví la luz.

—Escoje dos en vez de una, repuso Praxiteles. Una para Téspis y otra para tí.

—Te amo demasiado para sacrificarte (contestó Frinea, bajando la vista con una nube de melancolía en la frente), y al saber esa exacción creyeran que te igualo á mis adoradores, á quienes me acusan de arruinar demasiado pronto.

—¿Y cuándo, Mnesarethe, (preguntó con profunda emoción el artista) cuándo te decides á servirme de modelo?

—Apeles me exige lo mismo y se lo he negado (respondió la cortesana) apesar de las instancias de Alcibíades.

—¿Temes que se ofenda de verme preferido? interrogó el escultor con extremado interés.

—Ganaría copiando tu obra, repuso Frinea con una mirada y una sonrisa, dignas de la madre de Antheros y Cupido.

—Me niegas mi mejor estatua, exclamó Praxiteles con cierta amargura en su acento.

—La tendrás, afirmó solemnemente aquella muger, hermosa y altiva como Juno, la madre de los dioses.

—Los hados te sonrían siempre, Frinea, contestó el artista con fervido entusiasmo.

—¿Vas á las fiestas Eleusinas? interrogó la

cortesana con una voz semejante á un blando arrullo de paloma.

—Iré seguramente, respondió el autor del Sático y de Polimnia.

—Allí verás á Vénus saliendo de las ondas del mar, á los rayos de Apolo y á....

La esclava etiope entró en la rotonda con aire consternado y ademanes de angustia.

—¿Qué sucede, Naharea? preguntó su ama.

—¡Ah señora! repuso la sierva fatigosamente. Un incendio en el taller, frente á esta casa.

—¡Dioses inmortales! gritó Praxiteles. ¡Mi Cupido, mi Sático!... ¡Mis dos joyas!

—Espera, (dijo con extraña calma Mnésarethe, conteniendo al alarmado escultor). Acabas de revelarme tus obras mejores á favor de una astucia. Tu taller no es presa del incendio, como lo anuncia esa etiope por mi mandato; pero ya he fijado mi eleccion y reclamo la estatua de Cupido para el templo de Téspis.

.....

Eléusis era una pintoresca villa de la Ática, á cien estadios de Atenas, donde la teogonía pagana supone que fué acogida con amor y respeto Ceres cuando buscaba á su hija Proserpina, robada por Pluton, el dios sombrío del infierno. Agradecida de aquella noble hospitalidad la diosa de la agricultura, instituyó en Eléusis los misteriosos cultos que atraen á region tan pri-

vilegiada á innumerables iniciados y aspirantes á la iniciacion en unos arcanos, que prohiben revelar penas severísimas y cuya profanacion se castiga con la de muerte.

La puerta ateniese y el camino que á Eléusis conduce llevan el nombre de sagrados, y en una colina, á corta distancia del mar, sobre la llanura en que se espacia la villa risueña de los favoritos de Cérés, se levanta el santuario de la diosa, reconstruido en mármol pentélico por la magnificencia de Péricles, decorado por los artistas de su brillante pléyada, y servido por un elevado y austero sacerdocio, que presiden los Eumólpides y los Céryces, razas que traen su origen de la mezcla de los dioses del Olimpo con las criaturas mortales.

Si en un tiempo sirvieran estas iniciaciones de contrapeso político á la anárquía religiosa de los pueblos paganos, afiliando á un pensamiento moral en esta vida y fecundo en esperanzas para la otra á los griegos, extraviados por devociones que alhagaban todos los vicios, sancionando como ritualidades todas las licencias, pronto se perdió esta idea en las arbitrariedades caprichosas de una costumbre sin resultados transcendentales, ni más atractivo que el de los goces de la amena reunion, de las fiestas no interrumpidas y del fáusto que desplegaban los poderosos en aquellas periódicas solemnidades.

Hombres como Epaminondas y Agesilao, Sócrates y Diógenes, resistieran la iniciacion en

los arcanos supremos de Eléusis, dejando consignado su desvío á estas misteriosas prácticas, cual nos lo transmiten Luciano, Plutarco y Diógenes Laercio, al paso que Alcibíades, el bandido Pataëcion, Timon el misántropo y el impío Protagoras, se adscribieran á tales ritos, que prometian á sus adeptos una eterna felicidad á título de adoradores de Céres.

Un Arconte arregla y preside los juegos que amenizan la estancia en Eléusis de la inmensa multitud de peregrinos y de curiosos, que ocupan las casas de recreo de las colinas inmediatas á la villa y al templo, se alojan en las moradas eleusinas, ó establecen tiendas en la verde llanura, entre los laureles-rosas que circuyen el santuario ó á las orillas del mar. Reina en estos lugares una franqueza extraordinaria y no hay ejemplo de que en las fiestas de Céres hayan turbado el orden el robo ni el homicidio, inútilmente amagados allí con la pena capital inmediata.

Cerca de la ribera del mar, y sobre un collado que el arte elevara fingiendo un accidente del terreno, se distingue una casa de granito, en imitación de la arquitectura egípcia, con cabezas de esfinges en las molduras y anchas columnas estriadas, sosteniendo una galería, donde en los pilastrones macizos de una balaustrada cuadrangular alternan las pirámides con jarras para contener flores espléndidas y arbustos enanos, en que tanto abunda el Asia.

Á un costado de la casa egípcia, y entre dos

verdes olivos, se levanta un altar de mármol de Páros, consagrado á Minerva, segun su hechura cónica y la pira en forma de lámpara, donde se quema el incienso de las adoraciones á la hija del cerebro de Júpiter.

Un templete de ladrillo bruñido de Larissa, con la cúpula plateada con panecillos de las minas de Láurium, brinda plácido reposo á los que suben la escalinata por donde se llega al terraplen de tan notables construcciones.

Esta posesion campestre se llama *la casa de Nicias*, porque está edificada segun las trazas y el gusto de este ciudadano de Atenas, uno de los más ricos de la Ática; pero yá no pertenece á Nicias por haberla perdido á los dados en una partida, empeñada con su constante émulo Cleon en casa de Frinea, y al ganar el juego, el vencedor dijo á la cortesana, que asistía á la competencia con interés curioso:

—Hermosa mia, os cedo la casa de Eléusis. Dicen que parece un santuario y le falta la divinidad. Yá la tiene.

Frinea se ha establecido en la casa de Nicias, y apenas el carro de la Aurora ahuyenta las sombras nocturnas, rodando entre nubes de ópalo y carmin, la jóven Naharea, la sierva etiope, aparece en la galería para regar en sus jarrones de piedra de Egipto las flores persianas y los naranjos de Léutris y de Eubea.

Dos eunucos ocupan el templete en las horas destinadas por la cortesana de Téspis á recibir

á sus amigos: el uno lleva un jarro de plata y el otro una ancha copa, cincelada por Polycletes en su taller de Argos.

Cuando suben la escalinata los huéspedes de Frinea, se adelantan á su encuentro los eunucos para ofrecerles con amable invitacion vino de la isla de Náxos, comparado por el poeta Archíloco al néctar que sirve la fresca Hébe en los festines de los dioses.

El Arconte ha sido de los primeros en visitar á la hermosa Mnesarethe; recibiendo con satisfaccion ámplias seguridades de que la casa de Nicias no será teatro de banquetes nocturnos, ni de las escenas comunes entre beldades complacientes y jóvenes libertinos; y en efecto la dama libre se propone respetar las fiestas sagradas de Eléusis, tanto por una supersticion de su espíritu, cuanto por el riesgo que ofrece á los profanadores una acusacion de pena capital.

Las fiestas religiosas han concluido, y el *Hierophante*, sumo sacerdote de los misteriosos cultos de Céres, repartió á la inmensa muchedumbre que obstruía el templo, las ramas de mirto consagrado, al fin del postrer sacrificio, ofrecido en áras del númen tutelar de la agricultura por el victimario; anunciando el término de las solemnes y anuales ceremonias el heraldo supremo, elegido en la familia de los Céryces.

Las fiestas profanas concluirán un día después que las religiosas, y en la tarde de ese día los naturales de Tanagria en Beocia celebrarán

las peleas de gallos á que son tan afectos; los pastores de Larissa afrontarán en suertes expuestas las embestidas feroces del toro salvaje, y los ginetes de Tesalia harán sus vistosas evoluciones en la arena del vasto circo.

Han abandonado á Eléusis los peregrinos, procedentes de lejanos confines, disponiendo su viaje los llegados de los términos contiguos al Ática, para embarcarse en el Pireo, y visitando antes á la embellecida Atenas; quedando en la villa de Céres, y en sus risueñas inmediaciones, los atenienses que disfrutan de moradas propias en tan feraz campiña ó tienen cómodo alojamiento en la poblacion.

El dia postrero de los festejos públicos es uno de esos dias, en que el aliento abrasador del verano seca las flores del cetro de la primavera; pero antes del mediodía, y despreciando los ardores caniculares de Febo, salen de Eléusis infinidad de jóvenes distinguidos y de hombres ilustres; no faltando literas de ricas damas, en hombres de robustos esclavos, ni ginetes que se adelantan por diferentes caminos hácia una misma direccion: la ribera del mar.

Arrastrados por la curiosidad, sin saber el motivo de esta expedicion extraña, procurando inquirirlo de la colonia ateniense, muchos eleusinos y forasteros siguen el rumbo de los excursionarios á quienes precede á larga distancia un grupo considerable, en que figuran Alcibíades, Cleón, Nicias, Górgias; los oradores Esquines,

Hipérides y Éutias; los pintores Zéuxis, Apeles, Éuphanor, Parrhasio; los arquitectos Ictino y Libon; los poetas Aristófanes y Cyronio; el médico Menécrates; los escultores Praxiteles, Agorácrito y Scópas; el cómico Sátyro y el atleta Polydamas, director del Gimnasio ateniense.

Hay quien pretende haber visto en una litera de las que se detienen en los collados, donde mejor se domina la playa, á Áspasia y Léuctra, la íntima amiga de la célebre esposa de Péricles, y la orgullosa Lais, conocida por la Vénus corintia, se ha hecho conducir en una camilla, cubierta de un pabellon de púrpura, á un ribazo de arena, tapizado de verdes algas.

Á corto trecho de la *Casa de Nicias*, propiedad de la cortesana Frinea, se ha levantado en la playa una tienda de blanco lino, cuya puerta cubren cortinas pérsicas, bordadas primorosamente de seda y oro. Una flámula de gasa india corona la tienda, ondulando á merced del viento que riza las ondas serenas del mar. Dos numidas, con férreas clavas al hombro, impiden el paso del terraplen de la casa ejípcia á la sencilla tienda, establecida en la playa, y objeto de la espectacion de un ávido gentío, que corona impaciente la ribera del imperio de Neptuno.

Al llegar el flamígero carro del padre de la luz á la mitad de su carrera una exclamacion unánime exhalóse de todas las bocas, remedando esas rachas del Aquilon que abaten á su choque cuanto obsta á su ímpetu formidable, y cual si

fuera una señal convenida, salió de la blanca tienda, con lento paso, una muger, enteramente cubierta de una larga túnica de lana, con mangas perdidas que ocultaban hasta la mitad de sus tornátiles brazos, recogidos sus cabellos, negros y ondeados, en una red de hilos de plata.

—Es Frinea: es la téspia, dijeron mil voces al distinguirla.

Frinea, como si estuviera sola en el retiro donde solía bañarse con sus ninfas la púdica Diana, adelantó hácia el líquido reino de Anfitrite; entró en el agua hasta las rodillas, y balanceándose con un movimiento de gracia voluptuosa, lanzóse al elemento de Nereidas y Tritones, presentando sus espaldas á las olas, como la quilla de un esquife del Amor.

Mecida por las ondas, y cansada de su arrullo, la téspia, desembarazada de su túnica, que flotó abandonada al impulso de la corriente, se volvió sobre el costado izquierdo, y su brazo derecho batió con brío las azules aguas, hundiéndose para repetir con el siniestro la lucha; balanceándose al avanzar sobre la créspe superficie de las olas con la elegancia del cisne.

De improviso aquella muger arrebatadora se alzó derecha hasta la mitad del cuerpo, realizando la fábula de las Sirenas del promontorio de Lucania, y los espectadores de la ribera, menos prudentes que Ulíses, devoraron con mirada codiciosa los encantos de aquel cuerpo, modelado por las gracias, y donde al resplandor del

rúbio Apolo se veían perlear las gotas marinas, como el rocío en las tersas hojas de las flores.

Frinea volvió á reclinarse en el dominio de Thétys, en dirección á la playa, y ya cerca del punto de partida, arrojó lejos de sí con una presteza graciosa la red que sujetaba su larga y riza cabellera, dividida por una raya en la mitad de su cabeza arrogante.

Un grito inmenso de aprobacion y un aplauso que atronó los ecos, saludaron al modelo de Vénus, saliendo de las espumas del mar; olvidando aquellos hijos de la poética patria de los dioses y de los héroes el espectáculo de la cortesana, para fijarse en el mito de la deidad de Páfos y de Chipre, asunto de mágicos pinceles y de cinceles inmortales.

La téspia entró, sonriente y halagada por el entusiasmo de sus admiradores, en la tienda de blanco lino, cuyas cortinas dejó caer la diligente Naharea.

—No tiene rival, exclamó Alcibíades, volviéndose á sus amigos.

—Ni en belleza, ni en impudor; contestó Éuthias con aire sombrío y sordo acento.

—Tengo mi cuadro, dijo Apeles á su vecino de la derecha.

—Y yo mi mejor estatua, respondió Praxiteles, enamorado de su modelo y del pensamiento de su obra.

.
.

El influjo de Péricles en el gobierno de la Grecia sufrió embates rudos de parte de ambiciosos y agitadores, que explotaron alguna vez la versátil condicion de los pueblos árbitros de sus destinos, y ora á título de la antigua severidad de costumbres contra la relajacion de las prácticas religiosas y morales, ora á pretesto de economías contra los fastuosos dispendios del primer ciudadano de Atenas, experimentó reveses la fortuna de aquel grande hombre, que selló su época con su nombre egregio, que no por ser dominados al fin, dejaron de acibarar muchas horas de su existencia con la hiel de la ingratitude á sus beneficios.

Llegó su abatimiento hasta ver juzgada á su esposa, la interesante Aspasia, acusada de impiedad y de corrupcion de costumbres por hipócritas escitadores del fanatismo de las turbas, y á duras penas logró salvarla á cambio de una multa exorbitante á favor del tesoro público. El filósofo Anaxágoras, amigo del ilustre Péricles, tuvo que sustraerse por la fuga á la temible imputacion de ultrajes al culto de los dioses en la enseñanza de una causa única y suprema, que al fin costó la vida á la ríjida integridad de Sócrates. Perseguido Fídias por supuesta malversacion del oro, que del erario recibiera para el ornato de la estatua de Pálas, presentó en balde á sus jueces las pruebas de su inculpabilidad, y arbitrariamente condenado por los vo-

tos del pueblo, acabó sus días en la cárcel, como el héroe de Marathon y tantos otros ínclitos ciudadanos.

Bajo la impresion de esta animosidad pública contra las costumbres de Atenas, la hermosa Lais abandonó la capital presurosamente al saber la acusacion de Aspasia; calculando el negro porvenir de las elegantes cortesanas en la ciudad de Minerva por el ataque á la esposa de Péricles, iniciadora del imperio de la galantería. Llegó á Tesalia la beldad corintia, y al tributar sus primeros sacrificios en el templo de Vénus, las mugeres, envidiosas de su belleza y recelando el efecto deslumbrador de sus gracias en sus esposos y amantes, la ahogaron al pié del ara de las ofrendas. La peste asoló algo después á la Tesalia, declarando un oráculo que vengara la epidemia á la diosa de Gnido de la profanacion inhumana de sus altares, por lo que recibió la deidad el sobrenombre de *Andróphonos* (homicida), honrándose la memoria de la inmola Lais.

Frínea no tuvo la prudencia de eludir una persecucion tan insistente como la suscitada contra las damas libres, los artistas y los hombres de distincion, que constituian la brillante corte de Aspasia, y el orador Éuthias, uno de sus amantes desdeñados, la acusó ante el tribunal de los Heliastas de haber profanado las fiestas sagradas de Eléusis, crimen castigado con la pena capital por las antiguas leyes de los

griegos. El facundo y popular Hipérides se encargó de la defensa de aquella muger, cuyo tipo peregrino sirviera de modelo á la tabla de Apeles, y á la estatua de *Vénus Aphrodita*, en que Praxiteles se escediera á sí mismo en una obra singular.

El espectáculo del juicio público de la muger más hermosa de Grecia, amenazada de los últimos rigores de la ley, atrajo al foro á una innumerable multitud, y al ocupar sus asientos los Heliastas pudieron observar que el pueblo no quitaba la vista de la acusada, cubierta de un negro velo y una túnica de lana gris, descalza y en melancólica actitud junto á su defensor.

La acusacion odiosa del resentido Euthias invocó todos los rencores de la plebe contra las distinciones que hieren más los instintos vulgares y exacerban la envidia y el despecho de los seres comunes contra los seres privilegiados; apelando á todos los recursos para presentar el baño público de Frinea en el mar, en mitad del día y ante un concurso inmenso, como un alarde impío contra la santidad y pureza de los cultos de Céres.

El generoso patrono de la téspia refutó los argumentos del acusador de su defendida; contó la secreta historia de las demandas de Apeles y de Praxiteles sobre tomar modelo en las desnudas formas de la cortesana para un cuadro y una estatua, que eran el pasmo de la Grecia artística; pintó al vivo la escena de la salida del mar en

la playa de Eléusis, y notando la emocion del auditorio, y queriendo convertirla en escitacion más franca, con la libertad oratoria en aquel pueblo impresionable, exclamó presentando á su patrocinada á la vista de los jueces:

—Atrevéos á condenar á la que aplaudió enardecido el pueblo, congregado en la ribera aquel memorable dia, creyendo ver en ella á la propia Vénus. Atrevéos á considerar un crimen aquel espectáculo, lleno de poesía y de novedad; pero juzgad por vosotros mismos, y fallad después con pleno conocimiento de causa.

Y separando el velo de la cabeza de Frinea, y arrebatando su túnica con un movimiento rápido, quedó patente el modelo de *Vénus Aphrodita* á la vista de los Heliastas, y á la consideracion del pueblo, que aplaudió el atrevido rasgo del orador y la sin par belleza de su protegida.

Los Heliastas absolvieron á la acusada por Éuthias, y el pueblo la restituyó en triunfo á sus lares; pero Frinea abandonó la ciudad aquella misma noche; retirándose á Téspis, su pátria.

X.

TRAGABUCHES.

(CUENTO NEGRO.)

Cuando Pedro Romero estableció en la casa de matanza de Ronda una especie de escuela de toreo, bajo los auspicios de aquella Real Maestranza de Caballería, y con el objeto de educar peones de lidia que sostuvieran la prez de las tradiciones, identificadas á su famoso apellido, entró como alumno un muchacho de procedencia gitana, de agraciado rostro, de trazas ágiles y desenvueltas, y que anunciaba un pujante desarrollo en su robusta complexion y en sus disposiciones para los ejercicios de soltura y los de fuerza.

José Ulloa se llamaba este chico, y su padre en virtud de la célebre pragmática de Carlos III,

por la que, á condicion de naturalizarse en los dominios españoles, se autorizaba á los gitanos á tomar los apellidos que tuvieran por convenientes, adoptó el ilustre cognombre de Ulloa, como eligieran otros los no menos ínclitos de Guzman, Perez de Vargas, Ponce de Leon y Fernandez de Velasco. Pero como el tio Ulloa antes de nobilizarse por obra y gracia del augusto sucesor de Fernando VI tenia el histórico mote del tio *Tragabuches* por haberse comido (segun verídicos informes) un pollino nonnato en adobillo; transmitió á su hijo Pepe lo bueno con lo malo, y la honra de los Ulloas con la vulgaridad del álias mas antipoético que es dable imaginar.

José Ulloa merecia sin duda la atencion preferente del maestro Romero, y aún este hombre de tan singular ojo práctico expresó más de una vez que en aquel chiquillo habia mucho bueno que cultivar; pero su raza era uninconveniente, nada pequeño, para que procurase adelantarlo con particulares estímulos una persona, como el señor Pedro, que hubiera deseado sujetar á los toreadores de España á pruebas de limpieza de origen, ni más ni menos que los estudiantes de Colegios mayores.

Habiéndose apercibido José Ulloa de que no se le atendia en la escuela del matadero en relacion á sus cualidades y constantes esfuerzos por sobresalir entre los demás alumnos, se retiró de la enseñanza, protegida por los caballeros maestranes, y quejoso del desvío que el señor Pedro

le manifestaba, y noticioso de la pugna que existía entre Pedro y su hermano José, buscó relaciones útiles con el último, quien bastó que comprendiese que *Tragabuches* no era simpático á Pedro, para que determinara impulsarlo en la senda de los progresos en el arte, hasta donde se pudiera sacar partido de sus dotes y aplicación.

Aún no tenía veinte años José Ulloa, y figuraba como banderillero en la cuadrilla que acompañaba á José y á Gaspar en las corridas de Andalucía, Estremadura y la Mancha; y todavía no llevaba dos temporadas de toreo con uno y otro de los hermanos Romero, y ya le concedían el cargo de sobresaliente de espada; correspondiendo el jóven zíngaro de una manera brillante á la confianza de sus decididos favorecedores.

Gaspar le otorgó en fin la alternativa en 1802, llevándole en su compañía con el afecto más cariñoso que puede concebirse, y al perecer en el coso de Salamanca aquel diestro, digno de mejor fortuna por su asombroso valor, *Tragabuches* cubrió su puesto, alcanzando de la empresa un cuantioso regalo al término de las tres lidas contratadas con el bravo y malogrado Gaspar.

José Ulloa era el único estoqueador de Ronda, de que podían disponer los contratistas de plaza para muestra de aquella escuela severa, sosegada y efectiva, que los Romeros habían mantenido en sus principios y trámites, frente á los

recursos y novedades ingeniosas de los lidiadores sevillanos. Si *Tragabuches* acertara á ser hombre de cálculo y de más trato social, con su arrogante presencia, su bravura y su imponente calma en las suertes más expuestas de su profesion, habría sido un rival temible de Gerónimo José Cándido; pero Ulloa habia nacido para depender, y carecía totalmente de iniciativa en sus negocios; de conformidad que si no se le ofrecían los ajustes, era incapáz de promoverlos con esa táctica sagaz, de que tantos otros se valen con prósperos resultados.

No contribuía poco á esta indolencia apática en la gestion de sus intereses el profundo y entrañable amor de aquel hombre hácia su muger, también gitana, conocida por el gracioso apodo de la *Nena*, bailadora de fama en los jaleos borrascosos del país, y segun noticias, hembra de hermosura, garbo y gracejo seductores.

Ulloa, industrioso y traficante, como lo son la mayor parte de los *castellanos nuevos*, se ejercitaba algun tanto en la especialidad de contrabandista, singularmente de ropas; y no solo compraba al seguro géneros de introduccion vedada, que su muger vendía, entrometiéndose en las casas más ricas y considerables de Ronda, sino que hacía también sus expediciones, en combinacion con partidas que esplotaban el fraude, fiando al comercio ilícito un lucro, fecundo en riesgos y desgracias.

Tragabuches y su esposa eran citados como

ejemplar modelo de matrimonios bien avenidos, y su airoso porte, su perfecta armonía, y su trato con personas de suposicion y respeto en aquella ciudad, los elevaban de su esfera, permitiéndoles ciertas apariencias aristocráticas, sin los tiros de la envidia, ni la sombra del ridículo.

Solo faltaba á la consagracion de aquella evidente felicidad doméstica una circunstancia, que estrechá con nuevo y sagrado lazo los vínculos que la voluntad forma y el sacramento santifica; pero Dios no habia querido conceder fruto á la venturosa union de aquel hombre tan enamorado con aquella mujer tan atractiva; y como sucede en casos tales, despues de esperar con mal disimuladas ánsias un bien ardientemente apetecido, los consortes concluyeron por asegurar que entendian un favor del cielo la falta de hijos, calificados de *estorbos* en el despecho de las frustradas esperanzas.

Corria el año de 1814, y Fernando VII era devuelto al fin por el César francés al apasionado cariño de sus pueblos; celebrándose esta restitucion con alegres funciones en todas las provincias de la entusiasmada monarquía. Entre los festejos votados en Málaga á una ocurrencia de tanto júbilo para los súbditos de aquel Rey, que le dieran el sobrenombre del *Deseado*, figuraban tres corridas de toros, ajustadas con Francisco Gonzalez (Panchon), jóven espada, natural de Córdoba, discípulo de Pedro Romero, banderillero predilecto de su hermano José, y

amigo por tanto de Ulloa que en la cuadrilla del diestro rondeño habia sido su pareja.

El Panchon comunicó á *Tragabuches* que contaba con él para segundo matador en las mencionadas lidas, y despues de manifestarle los términos del contrato respecto á él, le prevenia que sin pérdida de tiempo se pusiera en camino para Málaga, donde ya estaba Gonzalez, con los ginetes y peones que habia reunido para las tres vistas de toros confiadas á su direccion.

José arregló su equipaje, que llevó inmediatamente un traginero del país, con destino al meson en que paraban Gonzalez y su cuadrilla, y dos dias despues de la expedicion de las maletas, y en una noche de luna llena, clara y apacible, á las primeras horas, y en un caballo que habia adquirido pocos dias antes, salió de Ronda, despedido por la *Nena* con aquellos extremos apasionados que mantenian la ilusion vehemente de un marido, que no habia dejado de ser el amante de su consorte, ni por la continuidad del trato, ni por la saciedad de la posesion.

A las tres leguas, poco más ó menos de Ronda, el caballo de *Tragabuches*, que no era muy seguro de piés, tropezó en un tronco de árbol con tan súbita violencia, que arrojando á Ulloa á largo trecho de sí, le desarticuló el brazo izquierdo en la caída, produciéndole contusiones en el costado y en la cara.

Aquel hombre, gravemente lesionado en si-

niestro tan lamentable, solo en aquella desamparada travesía, imposibilitado de valerse de un brazo, y en la dura necesidad de tomar acuerdo en posicion tan extrema y desesperada, sufriría física y moralmente una série de tormentos, que más vale concebir que especificar; bastando con exponer que volviendo á montar á caballo y sobreponiéndose á su afflictiva situacion con la energía de su carácter, regresó á Ronda.

José Ulloa, sin encontrar á nadie que le pudiera valer en su estado angustioso, llegó á su casa, bañadas las sienes en el sudor de la congoja y con esa afanosa premura de quien toca al fin el término de sus acerbos quebrantos; pero llamó á la puerta de su hogar con repetidos golpes, y nadie respondió en aquella casa, silenciosa como un sepulcro.

Reiteró las aldabadas; llamó á la *Nena* con el silbido flauteado de acostumbrada seña, y ya se disponia á forzar la puertecilla falsa del corral inmediato, cuando su muger preguntó por el postigo de la ventana quién era el que así interrumpía su sueño, y á la orden de abrir, dada imperiosamente por *Tragabuches*, descorrió el pesado cerrojo, teniendo en la mano izquierda el candil de la cocina.

La fisonomía de aquella muger era una denuncia tan evidente y terrible de ese pavor que se apodera del criminal, sorprendido *in flagranti*, que la inalterable confianza de Ulloa en la fidelidad de su cónyuge no bastó á desvanecer la

impresion de aquel anonadamiento singular y sin esplicacion plausible.

Olvidando sus padecimientos, sombrío y mudo, como pintaba la antigüedad á Nemésis, la diosa de las venganzas tremendas, y ocultando en lo íntimo de su corazon la tempestad de sospechas celosas que rugian en tan estrecha cárcel, José tomó lá luz, ó la arrebató, mejor dicho, de la mano trémula de la hermosa gitana, y subió al piso donde tenia su morada en invierno, primavera y fines de otoño; registrando las habitaciones y puntos propicios al escondite con la impo- nente calma del hombre, resuelto á cualquiera extremidad.

Ulloa volvió á la sala principal, que daba á la calle, y abrió la ventana para que el ambiente nocturno refrescase una atmósfera, en que parecia faltar el aire á sus hinchados pulmones.

La *Nena* lloraba, cubierto el rostro con ambas manos, y como desvanecida en un sillón, inmediato á la puerta de la estancia, y el zíngaro lidiador de toros, desengañado de sus desconfianzas por aquel infructuoso registro, casi estuvo tentado de impetrar el perdon de aquella beldad, ofendida por celos injustos.

Sintiendo el estímulo de una sed devoradora, *Tragabuches* se dirigió á la cocina y hácia la tinaja, que destapó para sacar agua con la vasija de cobre estañado, que en Andalucía se llama caldereta; pero una cabeza humana se ofreció á su vista, y en aquel semblante, helado por el ter-

ror, el ofendido esposo reconoció á un acólito de la parroquia, Pepe el *Listillo*, apenas entrado en la adolescencia. Dejar el candil en una mesa contigua, sacar una guadixaña de hoja de rejon, abrirla con los dientes, y sepultarla, ciego de rabia, en la garganta de aquel infeliz, metido en agua hasta el pecho, obras fueron tan rápidas que ni parecieron consecutivas.

Ulloa se lanzó en busca de su mujer, que salió á su encuentro en mitad de la sala, y en el colmo de esa escitacion pavorosa que frisa en la demencia; pero aquel hombre, dotado de grandes fuerzas, centuplicadas entónces por el furor, levantó á la adúltera, como á una masa inerte, y arrastrándola hácia la ventana, y sirviéndose con triste facilidad de su brazo útil, la precipitó de cabeza desde la altura al piso desigual y pedregoso de la calle, donde quedó muerta del golpe y en el desórden consiguiente sus ropas.

Ni una palabra, ni un grito, ni un gemido siquiera, habian sonado en aquella casa, teatro de dos sangrientas ejecuciones; pero un vecino desvelado oyó el golpe del cuerpo de la *Nena*, cayendo á plomo sobre el pavés en que se fracturó el cráneo, y asomándose á la ventana fué testigo presencial entónces, y despues en el proceso, de que *Tragabuches* salió de su domicilio con lentitud; se acercó al cadáver de la sacrificada á su honra; arregló cuidadosamente su trage, descompuesto en la caida; montó á caballo con penosa dificultad, y contemplando por vez pos-

trimera aquella morada, que iba á abandonar para siempre, se alejó al paso y sumido en lúgubres cabilaciones.

La justicia, avisada á poco de haber amanecido de que la gitana más garrida de Ronda yacía en mitad de la calle y hecha pedazos la cabeza, acudió á practicar las diligencias conducentes, y encontró en la tinaja al acólito degollado y cerca de allí la navaja de Ulloa, y cuatro testigos declararon haber visto á José, uno al entrar en Ronda, y los otros al salir del pueblo á poco mas de las dos de la madrugada; exponiendo el quinto las circunstancias horrendas que habia observado desde la ventana frente á la casa del lidiador de toros.

Instruido el proceso en contumacia y rebeldía del perpetrador de los dos asesinatos, y llamado repetidamente por edictos y pregones, el gitano fué condenado á la pena de horca, con las circunstancias de arrastrado antes, y encubado despues de la ejecucion, antigua pena del parricidio; pero nadie volvió á tener noticia del paradero de Ulloa, y no hubo quien dijese haberlo visto, ni siquiera que sabia que le habian visto: cosa extraña en Andalucía, donde la invencion suple tantas veces la falta de los sucesos.

En 1815, y entre la infinidad de robos en cuadrilla que siguen siempre al término de las guerras, y que denuncian la índole de soldados y partidarios sin el freno de la disciplina, se hicieron notar las depredaciones, violencias, crímenes y

enormidades, que en el rádio de Écija cometian siete hombres, sembrando la desolacion en la carrera de Madrid y el espanto en toda aquella region de la Andalucía baja.

Los mote de Ojitos, el Fraile, el Cojo, Minos y Escalera, adquirieron una aciaga celebridad en aquella comarca, y traspasando la zona de su ordinaria y funesta accion, el renombre de aquellos atrevidos y feroces bandoleros cundió por toda España; asombrando la relacion de sus infames aventuras, y sorprendiendo la escandalosa impunidad de sus tropelías á cuantos no se la esplicaban por esa propension al patrocinio de la gente *non sancta*, de que adolecian los señores, los ricos y los influyentes de antaño en esta, que se llama á sí propia la *tierra de María Santísima*.

Hácia 1816 se agregó á estos álias uno que eclipsaba á todos en barbarie; y tragineros, y guardas de campo, y caseros de haciendas y cortijos, hablaban del *Gitano* como de una fiera humana, que sin la intervencion de sus cólegas no habria dado cuartel jamás.

Comenzaron á obrar en combinacion las partidas de escopeteros y tropa, enviadas en persecucion de los famosos niños de Écija, y muertos unos y presos otros, dieron principio las revelaciones en autos, y de ellas resultó que el *Gitano* no era otro que José Ulloa, *Tragabuches*, reo prófugo de Ronda, y criatura de tan sanguinaria condición, que segun la frase de Juan Anto-

nio Gutierrez, (el Cojo) habiá matado hombres bastantes para llenar un cementerio.

Por José Escalera, ejecutado en Sevilla en quince de Setiembre de 1817, se supieron vários pormenores, aun más impíos, del terrible gitano, y algunos años despues, y con referencia á Antonio de la Fuente (Minos), que sufrió la pena capital el trece de Noviembre de 1818, se cantaba en la cárcel, con el título de *la copla de Tragabuches*, la tétrica estrofa siguiente:

*«Una mujer fué la causa
de mi perdicion primera;
que no hay perdicion de hombres
que por mujeres no venga.»*

Ahorcados en Sevilla Luis Lopez y Antonio Fernandez en diez y ocho de Agosto de 1817, y ejecutados en veinte y siete de Setiembre del mismo año Fray Antonio de Lagama y José Alonso Rojo, sufriendo igual suerte Juan Antonio Gutierrez en siete de Febrero de 1818, la cuadrilla, cada vez más reducida y hostigada, se disolvió hácia 1819, con el indulto de cuantos se presentaran á las autoridades, y no estuviesen procesados por delitos, anteriores á su ingreso en la formidable partida.

Ulloa estaba esceptuado de la gracia, y no pudo aprovecharse de sus efectos, caso de que hubiera tenido intencion de hacerlo así; desapa-

reciendo como una sombra fatídica que la luz diurna desvanece.

Hace pocos años que un hijo de Córdoba, escapado del presidio de Melilla, y que tuvo que renegar para que no lo entregasen á la plaza, donde hubiera pagado su fuga con la vida, indultado de pena y vuelto al seno de la iglesia católica, contaba que en Tánger habia un rico panadero, llamado *Hamet-Ulloa*, hijo de cierto renegado español, que tomó el nombre de *Muley-Ulloa*. Hamet era muy afecto á los españoles, y se preciaba de que procedía de Ronda, y que su padre habia tenido en su tierra el apodo de Tra-gabuches.

XI.

TERCETO COREADO.

(CUENTO VERDE.)

Como no es lo mismo, ni yo trato de que lo sea, un cuento verde que una historia inmoral, cabe muy bien filosofar nn poquito antes de entrar en materia; ni tanto que parezca plática doctrinal ó leccion de dómine; ni tan poco que deje de prepararse la relacion de ciertos sucesos con los antecedentes que conducen á esplicarlos en sus causas ó en sus consecuencias.

No porque á mí, y á muchos de ustedes, no nos haya pasado una aventura, entre otras de la vária y tumultuosa existencia humana, hemos de concluir que hay falsedad ó exajeracion en las narraciones de esa aventura, que otros prójimos, más felices ó más desgraciados, tuvieron la dicha

ó el infortunio de que les aconteciera; *tocándoles la china*, como suele decir el vulgo, que sabe más de muchas cosas que los tenidos por sábios.

Se abre la historia sagrada, y nos encontramos de manos á boca con la muger de Putifar, declarando al casto José su atrevido pensamiento; asiéndolo por la capa con nada buenas intenciones; montando en cólera al menosprecio del adolescente israelita; engañando verbalmente á su marido, yá que no podia ser de otra manera, y tratando de comprometer á la pobre criatura, en venganza de no haber aceptado otra especie de compromiso.

Recorre usted á la historia antigua, y halla á la señora Fedra, media naranja del ínclito Teseo, muerta por los pedazos de Hipólito, su *hijo político* como se dice hoy; espontaneándose con él como una desollada; furiosa por la repulsa del asombrado mancebo; contando al crédulo esposo que el hijastro se permite con ella tanto más cuanto en el terreno ilícito, y siendo causa de que el padre concluya por hacer una barbaridad con el muchacho. Idénticos ejemplares brindan al estudio ó á la curiosidad Belerofonte con Antea, Fénix con una concubina de su padre Amyntor, Frixo con Demodice, Ténes con Filonome, y un centenar de jóvenes decentes, pretendidos por damas de alto bordo, y que han mostrado un valor y una resistencia que me admira mucho, si señor; porque yo creo que, vamos, que yo no me habria defendido tanto; ni la mitad siquiera.

Pués hojea usted burla-burlando la historia moderna, y le salen al encuentro, con sus descordadas costumbres y sus lances de ocasion, Margarita de Borgoña, Juana de Nápoles, María de Portugal, Juana de Castilla, Lucrecia Borgia, Margarita de Valois, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, Catalina de Rusia, y qué sé yo cuantas damas de alto coturno, que se las arreglaban con infinito desahogo cuando no les parecía saco de paja un simple mortal, y traian las cosas á buen término, y lograban su antojo por esta ó la otra vía, salvo algun que otro envenenamiento, ejecucion ó cosa por el estilo; que esto ya era un episodio de la accion principal de la comedia galante.

En el confesonario de la amistad habreis oido á más de un penitente revelaros, no insinuaciones femeniles que pudieran ser equívocamente interpretadas por la vanidad ó la torpeza, sino descargas á quema-ropa: inversion completa de los papeles del bello sexo y del sexo barbudo: Eva brindando al sándio de Adan la fatal manzana que nos ha hecho tan mal estómago á toda la familia.

Descarten ustedes de esta suma de lances al revés los que mientan los embusteros, adulteren los ponderativos ó saquen de quicio los vanagloriosos, y siempre quedarán los bastantes para demostrar que la paloma se hace milano; que no es tan singular como parece que la inocencia varonil sufra emboscadas de la agresion femenina,

y que no es uno de los síntomas del nacimiento del Anticristo la seducción en toda regla de un pollo, gallo y aun pavo, emprendida por una denodada Amazona, la que menos cara tenga de andar en esta especie de *pícos-pardos*.

No sin motivo hemos echado este rato de preliminar conversacion; porque hay en este pícaro mundo gentes que se asustan, ó finjen asustarse, de todo lo que escede una línea de lo trivial y comun en las costumbres, y salen con el adefesio de que usted calumnia á la humanidad y pinta situaciones inverosímiles, como si pudiera ocurrirse disparate ó barrabasada que alguien no los haya cometido y conste que los cometiera. Por algo diría el amigo Salomon su célebre—*nil novum sub sole*.

Federico Persan era un jóven belga, rubio, delgado, esbelto, simpático; *commis voyageur* de una casa de fabricaciones de objetos de oro, plata, y metales suplentes de los nobles en el reino mineral; excelente chico para el comercio; insinuante y listo en los negocios; alegre con una sinceridad infantil; enamorado como un trobador de la edad media; golondrina, que en cada rejion tenia nido y se buscaba el pasto; aventurero, que conocia todos los medios del trabajo y todos los recursos del solaz.

Federico venia todos los años á Madrid hacia la primavera, alojándose en la fonda de San Fernando, y aunque cometa una indiscrecion, voy á descubrir á ustedes que el comisionista

belga sacrificaba algo el interés al gusto de pasar una temporadilla con Isidra Rebolledo, oficiala mayor en un taller de modas de la calle del Cármen; una muchacha que, *mejorando lo presente* como todavía se dice, era una perla, aunque en honor de la verdad era una perla, sacada de su concha.

El jóven belga sorprendió á Isidra, entrando en el almacén de modas con pretexto de traer muestras de hebillas y bagatelas de bisutería para los alardes de la extravagancia, autorizada por el estilo, y como el taller estaba separado de la tienda por un cierro de cristales, la Atala de Madrid vió á su Chactas de Bruselas, y habló al oído á su aprendiz, la pizpireta Lutgarda, que tomando el manton clásico de las operarias de su especie, salió como quien vá á un encargo de urgencia.

Persan, cambiando una ojeada furtiva con la oficiala mayor, despidióse del dueño del almacén; dejándole el mostruario de sus *frivolidades*, como se llama justamente á estos géneros, y según se lo habia figurado, la picaruela de la aprendiz le aguardaba á corto trecho de la tienda, saliendo á su encuentro con la marcialidad de esas niñas adelantadas en la carrera de la vida, á quienes suelen conducir sus adelantos á la vida de la carrera.

—Ola, Don Fedrico! exclamó Lutgarda. ¿Cuándo ha venío usted?

—Esta mañana, contestó el comisionista con

poco acento extranjero á la verdad, escepto en las jotas y en las erres.

—Pos apenas se ha alegrao la Isidra (repuso la bribona de la muchacha). Ayer, náa menos, le mentamos á usté, y la Isidra dijo dice—«¿Ondé estará Fedrico?»—Y yo le dije—«¡Bah! Pó el mundo: cualisquiera lo acierta.»

—Toma para golosinas, replicó Persan alargando medio duro á Íris mensajera, que lo escamoteó como otro Macallister.

—Vaya, gracias; pero míste que no lo hago por cosa denguna más que por....

—Entrega este papelito á tu maestra, añadió el jóven, confiando á Íris un mensaje en papel glaseado.

—¿Pára usté aonde siempre, Don Fedrico? preguntó la rapaza, guardando el billete amoroso.

—Cuarto número 10, chiquita. Adios.

El activo belga anduvo de acá para allá en sus negocios hasta las cuatro y media de la tarde, y al entrar en la fonda le fué entregada una carta que decia así, *de verbo ad verbum*, como escribian los antiguos curiales, tan esclavos de las fórmulas:

«*Qerido Federico mio de mi coracon*—hire a berte esta noche ala salida de la tienda no con el ojepto de ber los opsepios que me haigas traido como de costunbre sino por berte ati, nene de mis hojos hangel de mi bida—hire á las diez y no te digo mas monono mio—tulla siempre—ISIDRA.»

El amante no besó la epístola porque á las diez estaba anunciado el evangelio y quiso reservarse.

Salió después de comer á várias diligencias de su encargo: á las ocho tomó en el Café suizo una taza de thé negro y una copa de *menta piperita*, y antes de las nueve regresó á la fonda de San Fernando; instalándose en su habitacion, marcada con el número 10 y entreteniendo sabrosamente el tiempo de su espera con la lectura de «*La Señorita del quinto piso*» de Paul de Kook, autor predilecto de la gente alegre y bullidora.

Embebido en los cómicos lances de la divertida novela, Federico no sintió pisadas cautelosas cerca de su cuarto; ni pudo apercibirse de que una mano blanca y delicada recojia la *portiere* de merino verde, introduciéndose una mujer en el aposento con sigilosa precaucion.

La desconocida registró la estancia con viva curiosidad; apercibió á Federico, que á la luz de un quinqué de gas Miller leía las picardigüelas de Paul de Kook, y sonrió con suma complacencia. Entornó la puerta, dejando caer la recojida *portiere*, y adelantó hácia el jóven, colocado el índice sobre los lábios en signo de profundo silencio.

El belga salió de su grata distraccion al rumor de los pasos de la incógnita, levantándose algo sorprendido de la visita y de la forma en que tenia lugar, porque la intrusa venia de blusa suelta, descotada, y con el cabello recojido.

atrás en dos grandes rizos, como en *toilette* de íntima confianza.

Era la invasora del aposento una mujer, como de treinta y tantos años, de estatura mediana y redondeada en sus formas; ojos negros de un extraordinario brillo; boca fresca; nariz corta sin deformidad; cabello ondeado y aire de enérgica y vehemente resolución, en consonancia con sus movimientos de una extraña desenvoltura.

Persan no se atrevió á decir una palabra, en vista del signo de reserva que continuaba haciéndole la desconocida, y aguardó á que le explicasen el motivo de proceder tan particular y escéntrico.

La apetecible jamona asió ambas manos del comisionista, y con cierta voluptuosa languidez y apasionado acento, le dijo:—«Federico, aquí me tienes al fin.»

—¡Oh! (esclamó el belga, alarmado por aquella expansiva llaneza de la incógnita). Señora, yo....

—No me trates así (interrumpió la desconocida con un gesto melancólico). Llámame Elisa, tu Elisa, que ha burlado la vigilancia de sus carceleros para volar al lado tuyo, Federico mio.

—Pero Elisa, balbuceó Persan no sabiendo lo que le pasaba con aquella Sirena seductora y de insinuaciones tan directas.

—Mi marido salió esta tarde: mis verdugos se han dormido: estamos en libertad, Federico. ¿Lo oyes?

—Seguramente, (replicó el interpelado procu-

rando vencer su embarazosa confusion); pero, á la verdad, Elisa, que no comprendo una palabra de esta escena y desearia saber...

—¡Ingrato! (repuso la intrépida desconocida, soltando las manos del jóven con despechada actitud). ¡Me pide esplicaciones después de este paso, que doy por él, por su amor!... Así sois todos, mónstruos infernales. Adios para siempre!

El comisionista, más curioso que interesado en la aventura, se apresuró á detener á la original incógnita.

—Perdone usted, Elisa (comenzó á decirle con tono de súplica galante). Yo creía...

—¡Usted! usted! (repitió Elisa con violenta contrariedad). ¿Te he tratado yo de usted por ventura?

—No ciertamente, convino Persan con sonrisa maliciosa.

—¿Quiere usted (recalcó la vistosa flor de otoño con un mohín burlesco) que lo seduzca en toda regla? Vamos, señor mio; que esto fuera desmedida pretension de su parte. Demasiado hago con venir como he venido.

—Y la otra que no puede tardar! pensó Federico, inquieto por las resultas de tal encuentro en su vivienda.

—Mira (dijo Elisa con una volubilidad juguetona y ensanchando su blusa con imprudente audacia). ¡Así me he escapado de mis verdugos, sin que me sintieran; porque duermen allá arriba como en armotas.

—Estás bien á la lijera, replicó el jóven, desechando su inquietud á efecto de la cuestion de actualidad palpitante.

—Y mira (añadió la peligrosa Circe, recogiendo el vuelo de su holgada blusa hasta descubrir á Federico sus enanos piés, calzados solamente por dos chinelas de marroquí grana). Esto es arrostrarlo todo.

—¿Con que me amas? se atrevió á decir el comisionista, rompiendo el campo con briosa determinacion.

—Desde que te ví, contestó la Amazona, abundando en los mismos propósitos del belga, y acortando las distancias.

—¿Y no temes que tu marido....?

—No me hables de él (cortó Elisa, cubriendo la boca de Persan con una mano rechonchita y rosada como la de una niña). Es un miserable. Me tiene cautiva. Me ha sacado de Valencia en un wagon, tomado para mí, para él y para sus dos viles instrumentos. Estamos aquí tres dias y me ha robado mi ropa. Es el más inicuo de los tiranos.

—Hay hombres que merecen cualquier cosa, apoyó Federico, ya libre de su linda mordaza.

—Pero, en fin ¿qué nos importa de él á nosotros? (cortó Elisa con una veleidad notable en gesto y en voz). Nos amamos: estamos juntos.... ¡Qué mayor felicidad, Federico!

—Sin duda; pero...

El ruido de pasos precipitados en el corredor impuso silencio al jóven, y la consternada Elisa

refugióse contra el seno de Persan, como confiándose á su amparo en todo caso de apuro. El peligro pasó; alejándose los pasos en direccion á la escalera.

—Cálmate, hermosa, (dijo el mancebo á la tórtola fugitiva que se abrigaba en su regazo). Permíteme un instante. Voy á prevenir á los camareros que digan á todo el mundo que no estoy en casa. ¿No te parece?

—Te lo prohibo, respondió la Sirena con ademán imponente y acento imperioso.

—Es que de otra manera, arguyó Federico, te expones á que éntre aquí de rondon algún amigo mio, y me se figura que ..

—Oye (interrumpió la dama, asiendo del brazo al galan con exaltacion nerviosa). ¿Esperas á otra mujer?... Habla.

—¡Qué idea! replicó el jóven, eludiendo el apremio de la pregunta.

—Si la esperas, adios (concluyó Elisa con fiereza orgullosa). Yo no quiero partir cariño con ninguna otra en el mundo.

—Aguarda, exclamó el comisionista, deteniendo al ángel tentador que se habia posesionado de su espíritu completamente por la poderosa fascinacion de la novedad, el soborno de los sentidos y las incitantes promesas de un deleite inesperado.

—¿No saldrás de aquí? insistió la apetitosa hembra, mirando á su Adónis con mirada inflamatoria y vexicante.

—No saldré, contestó Persan jugando el todo por el todo en aquel crítico lance, que ya no quería perder por ningún título.

—Venga quien viniere, añadió la decidida matrona. Yo lo sacrifico todo por tí, Federico.

—Gracias, mi amor, repuso el enardecido joven, besando las manos de Elisa, sin sombra de resistencia de la interesada.

—Siéntate á mi lado, díjola jamona á su víctima, sustrayéndose á su apasionada violencia para encaminarse hácia un confidente, frontero á la puerta de entrada.

—Sería prudente cerrar la puerta. ¿No lo crees así?

—Te lo prohibo, repitió la singular criatura con el ademan y el acento solemnes, empleados un momento antes.

—Pero, Elisa, (objetó el belga, un poco amostazado por aquellas voluntariedades caprichosas) ¿tú no piensas en el peligro de que nos sorprendan á lo mejor y se arme un escándalo?

—¿Y qué nos importa á nosotros? preguntó la Calipso de aquel Telémaco con peregrina impavidez.

—Está bien, respondió Persan, encojiéndose de hombros y yendo á sentarse junto á la despreocupada hermosura, que le echó los brazos al cuello, diciéndole con amante abandono:

—Yo no te amo como aman las mujeres vulgares, Federico. Verte y amarte fué todo uno. Mi amor es puro como el maternal....

—¡Cómo es eso! exclamó el comisionista, que no tenía pizca de interés en encontrar madres en España.

—Desinteresado como el cariño de una hermana, continuó Elisa con entonación novelesca.

—¿Y nada más? interrogó Federico, abarcando la cintura de la beldad romántica con sus manos audaces.

—Ardiente como la lava del Vesubio, concluyó la Circe besando en la frente al Ulises de nuestra aventura.

—Muy bien, exclamó una voz femenil alterada por la cólera, sigan ustedes.

—¡Isidra! murmuró el jóven, desprendiéndose de los lazos en que se le retenía cautivo por una magia sensual.

—Infame! (dijo la modista fuera de sí). Me las has de pagar tú y esa.... señora ú lo que sea; que buena será ella, la muy...

—¿Quién es esa muger? preguntó Elisa levantándose con altiva arrogancia.

—Soy su novia. ¿Se entera usted? (contestó la Isidra con agresivas intenciones). Su novia ú lo que me dá la real gana. ¿Estamos?

—Échala de aquí, ordenó á Persan la intrusa con un desplante digno de Semíramis.

—Usted saldrá y por el balcon, gritó Norma lanzándose como un tigre sobre Adalghisa.

Polion se interpuso entre las rivales á tiempo de impedir una catástrofe inminente; porque Isidra era terrible, como nieta de un voluntario rea-

lista é hija de un miliciano nacional.

—Por Dios, Isidra! (esclamó el desconcertado belga). Esta, señora es.... mi prima.

—Su tia política, corrigió con impasible magestad la extravagante jamona.

—Buena tia está usted! respondió la griseta de Madrid, ingerto de la manola en la familia industrial.

—En fin, (dijo Elisa irguiéndose con supremo orgullo). Aquí hay una de más, caballero.

—Aguarde usted, replicó la Isidra, pugnando por desasirse de la sujecion en que la mantenía el atribulado mancebo.

—Señora, este es un compromiso horrible (se aventuró á decir Federico á la invasora de su cuarto). Usted es casada; vive en este mismo edificio; aquí se está jugando un lance atroz.....

—Entiendo, repuso la interpelada, dirigiéndose á la puerta y recogiendo la cortina para salir; pero volviéndose de improviso para gritar á la pareja que quedaba dueña del campo:

—Adios, hombre indigno!.. ¡Adios, mugerzuela despreciable!

—Aquí está! exclamó una voz de trueno, á la vez que dos manos alcídeas, apoderándose del talle de la fugitiva con brusca presion, la arrastraron lejos de la puerta.

Pasos precipitados sonaron en la escalera y en el corredor, y el ruido de una lucha, y las exclamaciones—«¡Mónstruo! ¡Verdugos!»—proferidas por la pobre muger con voz jadeante, y la

conduccion de la cautiva al piso alto entre esfuerzos de inútil resistencia, hicieron palidecer á Federico, conteniendo los exabruptos de Isidra, que comprendió la gravedad de los sucesos y lo fácil de un complicado desenlace.

—Bonito negocio! murmuró el comisionista, exhalando un hondo suspiro.

—*Tu te metiste fraile mosten* (replicó la modista con burlesco sonsonete), *tú lo quisiste...*

—Déjame en paz, cortó exasperado el jóven belga.

—¿Dá usted permiso? preguntó desde la puerta una voz grave y reposada.

—Adelante, dijo Persan, haciendo á Isidra una seña para que tomara asiento en el confidente.

Un señor de edad, calvo, pequeño, gordo, de traza conservadora, aire de suficiencia y porte de ciertas ínfulas, se introdujo en el número 10, saludando á la modista y á su amante con pretenciosa cortesía.

—Caballero (dijo al jóven con gravedad), suplico á usted, y á esa señora, disimulen las inconveniencias que haya podido hacer ó decir esa desgraciada, falta de razon, y que desde la partida de mi sobrino, Federico Mirambell, capitán de coraceros, se ha disparado de tal suerte que la traigo á Leganés, hartó á pesar mio. Se durmieron como cachorros la criada y el mozo que la asisten y vigilan, y no sé hasta que punto habrá podido molestar á ustedes.

—De ningun modo, caballero, respondió el belga, encantado de la solución del asunto.

—Señor mío, (replicó el orondo personaje, renovando sus saludos). Márcos Mirambell, propietario en Valencia, esposo de esa infeliz y servidor de ustedes.

—¿Lo ves, celosa? (dijo Persan á Isidra, una vez solo con ella). Era una pobre demente.

—Dejémonos de andróminas (contestó la modista con un mohín picaresco). Si tardó una pizca os encuentro locos á los dos, porque esa enfermedad que diz que se pega.

XII.

DOS EJEMPLOS.

(CUENTO AZUL.)

David reposa en un lecho, formado de mullicos cojines, y cubierto por una alfombra de pelos de camello, delicadamente entretejidos y teñidos de purpúreo color.

La hora de los juicios ha pasado: la colacion de la tarde se dispone en el hogar del rey: un siervo diligente renueva el aire en torno del gefe de Israel á las oscilaciones de un abanico de hojas de palmera, curiosamente trenzadas en forma circular.

David cierra los ojos, rendido al alhago de una inercia sabrosa: una sonrisa de grato bienestar se dibuja en sus lábios: respira desahogadamente, como el hombre cuyo pensamiento no perturban el mal ni su idea.

Y sin embargo pesa un crimen sobre su cabeza ungida por Samuel: la iniquidad marca sus pasos en el sendero de la vida régia, y la traición y el adulterio manchan las páginas del libro de sus destinos, é imprimen un borron en los anales de su historia.

Bethsabé ocupa su tálamo; compendia sus delitos en la enunciaciön sola de su nombre, y asocia su fragilidad al relato de la mancilla que recae sobre el ánima, hasta entonces pura de David...

¡Fatal día, aquel en que distraído el Rey en el terrado de su casa divisó á la esposa de Urías, desnuda y provocativa; recreándose descuidada en el baño!

El fuego de la concupiscencia se inflamó en sus entrañas: un deseo vehemente acosó aquel corazón, torcido hácia el mal por un anhelo lascivo, y acalló la conciencia sus clamores ante la hermosura en lúbrica incitacion.

¡Funesta noche, aquella en que los siervos del Rey condujeron á la muger del Hetheo á la cámara de David, y hora execrable en la que el señor principió por robar la honra á su vasallo para terminar por arrebatárle la vida!

La infamia dió su fruto: el peso de un sér en el seno de la madre, que hace estremecer de alegría á la que puede gloriarse de su nacimiento, heló de espanto á la concubina real y anunciando á David su gravidez tiembla como el reo de muerte; porque la ley de Dios la condena por la

torpe impureza con que envilece su alma y la ley de Moisés la amenaza como adúltera con la formidable lapidacion.

¿Por qué el Rey hace venir á Urías el Hetheo del ejército de Joab? ¿Piensa que será tan indigno que consienta en la infamia de su nombre en Israel? ¿Se imagina que noticioso de lo ocurrido disimulará la afrenta, porque su ofensor ciñe la corona á sus sienes?...

David pretende coronar su traicion con el engaño: aspira á que el Hetheo se introduzca en su casa; se una á su culpable consorte, y quede legitimado á los ojos del pueblo el fruto de un lazo pecaminoso.

Pero el Señor no permite que el vicio encuentre esta egida de sus consecuencias. Urías ha jurado no disfrutar la vida pacífica, mientras el Arca Santa, Israel y Judá, habiten en los guerreros pabellones; y el noble campeón repugna los goces del hogar, en tanto que Joab y los combatientes del pueblo escogido duermen sobre la desnuda tierra.

Tres noches pasa Urías en los aposentos contiguos á la estancia régia, éntre la servidumbre de David, y sin dar un paso hácia su casa... El proyecto del adúltero queda frustrado; pero ahí está la guerra que devora víctimas sin cuento, y puede paliar el asesinato del que estorbe los anhelos del sucesor de Saul.

Urías parte fiel á sus votos, y portador de una orden para Joab; orden que si trataran de arre-

batarle, derramarían antes de conseguirlo la última gota de la sangre de sus venas; orden que previene al caudillo que esponga al Hetheo á la ferocidad ammonita; porque su vida es una rémora á los placeres del rey; un perenne amago contra sus indignos procederes.

Se logra el pérfido conato: un peloton de valientes obedece sin murmurar el decreto del caudillo que los envía á Rabba y al ataque de sus muros. Los hijos de Ammon destrozan aquel puñado de hombres temerarios remitidos á una derrota segura y calculada. Urías sucumbe, y David queda dueño de Bethsabé.

Joab previene al Rey que su designio se halla cumplido; y por si un sentimiento de humanidad se despierta en su ánimo á la noticia de las víctimas, sacrificadas á un mandato homicida, advierte al mensajero que contenga la ira de David con esta frase:—*«tambien Urias el Hetheo pereció en el combate.»*

El Rey escucha la lúgubre relacion, ahogando la voz acusadora del remordimiento; y al saber que no existe el hombre á quien ha robado su honor, contesta con horrible calma, dirigiéndose al enviado—*«Dí á Joab que no se desanime; tales son los vários sucesos de la guerra: ora este, ora aquel, sufren el golpe de la espada...»*

Bethsabé llora á la nueva del fin doloroso de Urías, reconvenida por ese interno juez á quien no engañan apariencias ni especiosidades.

David la deja pasar el luto, y la une á sí, re-

cibiendo con alborozo el nacimiento del hijo, engendrado en la infamia del adulterio...

De improviso perturba el reposo del Rey la entrada de un hombre, á quien los custodios de la real persona no se atreven á cerrar el paso.

Aquel hombre lleva la barba hasta la cinta: sus cabellos grises recogidos tras de las orejas caen sobre sus hombros; escasos en el vértice de su arrogante cabeza, que brilla como el marfil pulido: su fisonomía severa y magestuosa impone la admiración y un involuntario acatamiento: una túnica de lana, ceñida con una cuerda de lino, compone su trage: vá descalzo, y lleva una varilla de abeto en la diestra. Tal es Nathan, Profeta del Señor, reverenciado profundamente en Israel.

—¿Qué quieres de mí, Nathan? preguntó David inquieto.

—Escucha Rey: (replica el Profeta con eco imperioso) hay dos varones en una ciudad: el uno rico: pobre él otro. El rico posee multitud de ganados: el pobre no poseía más que una ovejilla, comprada aun pequeñuela; cuidada amorosamente; crecida entre su familia; partícipe de su pan y su vino; arrullada al calor de su lecho; tratada, por fin, como una hija.... El rico hubo de obsequiar á un huésped, y en lugar de recurrir á sus ganados para disponer la comida, tomó la oveja del pobre, y aderezó su carne para alimento del peregrino....

—Por el nombre del Señor! (interrumpió Da-

vid airado) hijo de la muerte es el autor de esa indignidad, y le haré volver la oveja al cuádruplo, sin remision alguna.

—Acabas de juzgar tu propia causa (dijo el Profeta con inspiracion impetuosa). Tú eres ese hombre, Rey. Oye la voz del Señor—«yo te ungi monarca sobre Israel, librándote de las asechanzas de Saul: te dí la casa de tu dueño; sus mugeres que reposaron en tu regazo; sus dominios y grandezas, y disponia nuevos favores á tu dominacion. Tú has despreciado las leyes divinas, y osaste el mal en mi presencia. Heriste á Urías el Hetheo con la espada de Ammon, y te enlazas con su esposa, profanada en vida de su marido. Por esta cáusa esgrimiré la espada de mi justicia por siempre en tu descendencia: suscitaré la adversidad en tu prosapia, y haré que á tu vista se apoderen de tus esposas, y abusen de ellas á la claridad del dia. Tú te escondiste para ofenderme: yo haré que tenga lugar mi venganza á la luz del sol, y en presencia de tu pueblo.»

David habia caido de rodillas, trémulo y penetrado de vivo pesar á la conminacion profética. Al concluir Nathan prorrumpió en sollozos; pegando el rostro al suelo; golpeando su pecho con desesperacion y exclamando con voz desolada:—*«pequé contra la ley divina. El Señor tenga misericordia de mí.»*

El profeta extendió su mano sobre la humillada cabeza del rey adúltero, y aquella diestra, con la vara de abeto, parecía la de Moisés al he-

rir la peña, que convirtió en manantial para los sedientos israelitas.

—Escucha, rey; (añadió con eco sombrío) hé aquí lo que responde el Señor, tu Dios, á tus protestas de arrepentimiento.»—Con todas tus lágrimas, con todos tus gemidos y con todos tus afanes, no tornará la vida al Abel que inmolará el coronado Cain.»

—Es verdad, murmuró el monarca hebreo, cómo dejando escapar por sus lábios el grito de su conciencia.

—Tú has dado ocasion (continuó inflexible el profeta) á que blasfemen de la justicia divina los cómplices y testigos de tu crimen.

David inclinó la cabeza, cual si aguardase el rayo de la cólera de Jehovah.

—Tú esperas con vivas ansias el nacimiento de una criatura, engendrada en el delito y concebida en la infamia de la traicion.

El rey se incorporó, anhelante y demudado.

—Esa criatura vivirá seis días y perecerá al séptimo, para que le conozcas y le pierdas.

Nathan salió de la régia estancia, cumplida su terrible mision cerca del asesino de Urías el Hetheo.

.
.
.

Luis VI de Francia, denominado *El Gordo*, mantuvo constantemente guerra contra los tiranuelos que vejaban los territorios con irrupcio-

nes vandálicas; infestaban los caminos con partidas salteadoras, que recojian por cuenta suya un rico botín, despojando á pasajeros, mercaderes, convoyes y caravanas, y amparados en sus fortalezas, como en seguro retiro, talaban las comarcas, viviendo como bandoleros y enriqueciéndose á costa de iníquas estorsiones y odiosas rapacidades.

Protector insigne de la Iglesia, Luis agravaba el castigo de estas violentas agresiones cuando era un monasterio presa de las llamas, despues del saqueo de estos señores trocados en bandidos; cuando un Pastor de evangélica grey gemia, vejado por las invasiones consternadoras de esta plaga funesta de aventureros; ó bien, si las tierras entradas á saco pertenecian al patrimonio monacal, á feúdos eclesiásticos, ó demarcaciones afectas á la administracion de obispados y prelacías.

La cuestion de *investiduras* sometía al poder temporal por la tenencia de feúdos á los eclesiásticos; amenazando así romper el vínculo de cohesion del cuerpo sacerdotal, y sumirlo en la dependencia de los señores de cada país; haciendo ilusoria la libertad del ministerio, y pugnando por eludir la directa correspondencia de la Sede Apostólica con los sucesores de los Apóstoles, como cabeza visible, difundidora de la vida entre los miembros de la Iglesia.

Luis se prendó de esta ambiciosa idea que convertía á los Prelados y Abades de su reino en

otros tantos satélites de su corte; confiriéndole una autoridad en los asuntos espirituales que hacia relevar de la corona á gerarquías independientes, y le proporcionaba el dominio de las conciencias, una vez afectos los cargos y beneficios eclesiásticos á reconocerse emanaciones del poder temporal.

Los Obispos resistieron esta intrusion con la firmeza característica de las convicciones profundas, y advirtiendo el peligro de la familiaridad palaciega, Esteban, Obispo de París, y Enrique, Arzobispo de Sens, no solo se retiraron á sus diócesis sino que exhortaron á los demás Pastores á preferir al regalo de la corte el cumplimiento de los deberes apostólicos; negando el derecho de los Reyes á llevar en su ejército á los Obispos, bastando que en reconocimiento de vasallage mandasen los prelados el respectivo contingente de hombres de armas.

Luis dió curso á su irascibilidad, y en pena de la oposicion á que confiriera libremente los beneficios, y recaudase tributos sobre las propiedades y rentas eclesiásticas, se apoderó de las enfiteusis de algunos Obispos, y aun dejó huérfanas algunas Iglesias por el destierro de sus gefes; aprovechando el cisma que dividia las opiniones de la cristiandad entre Inocencio y Anacleto.

Luis se obstinaba en la persecucion de los prelados hasta publicar que removería á todos los de la Galia de sus sillas; siguiendo la remocion

mientras no encontrase Pastores dóciles á su voluntad usurpadora.

Afligidos por esta noticia los Obispos, aun residentes en la córte, se decidieron á impetrar el régio favor, sin comprometer no obstante la integridad de sus fueros; tratando de persuadirlo de la sinrazon de sus aspiraciones, obteniendo que en vez de abrogarse una injustificable prerogativa consultara acerca de ella á los cuerpos científicos y asambleas canónicas de la Francia.

Luis recibió á los Obispos en audiencia particular, y teniendo á sus piés, y sentado en un almohadon de pieles, á su primogénito Felipe, adolescente de extraordinaria belleza, y carácter en sumo grado apacible, á quien profesaba imponderable cariño.

El Rey oia desdeñosamente las representaciones del Episcopado, afectando hallarse distraido en jugar con los sedosos rizos rubios del Príncipe heredero; y alarmados los Obispos por aquella indiferencia burlona del Monarca hácia sus reflexiones y súplicas, doblaron las rodillas ante el sόlio, conjurando con instancias vehementes al Soberano á que atendiera al ruego de los ministros del Señor; poniendo fin á los rigores con que escandalizaba á los fieles de sus dominios.

Un asceta severo y de imponente presencia se adelantó con lento paso hácia el trono; clavando una mirada de intencion enérgica en los consternados Pastores.

Aquel religioso salia de confesar á la Reina Alice de Saboya, hija del conde Humberto; y esposa de Luis; y antes de abandonar el palacio habia venido á presenciar aquella escena dolorosa.

Aquel digno cenobita era una firme columna de la Iglesia, y la cabeza consagrada más acreedora á la veneracion de cuantas ostentaban la corona del sacerdocio.

Aquel monje, cuyo aspecto inspiraba un sobrecojimiento involuntario de respetuoso amor, era el ilustre abad de Clervaux, S. Bernardo.

El Santo fué á situarse á la derecha del dosel, cruzando los brazos sobre el pecho, hosco el semblante, y traduciendo la indignacion santa de su celo por el lustre de los ministros del culto, y la independendencia del estado eclesiástico.

—Señor, (esclamó uno de los Obispos, dolorosamente afectado) ¿qué respondeis á la demanda de vuestro clero?

—Señores, (contestó altivamente Luis, extendiendo la diestra en actitud imperiosa, en tanto que la siniestra continuaba acariciando la ondulosa cabellera del Príncipe primogénito) por la cabeza de mi amado Felipe, que mientras no ceda vuestro empeño al mio, no os daré un puto de reposo.

Los Obispos se levantaron mudos de sorpresa, cambiando entre sí una mirada de desolacion.

S. Bernardo irguió la frente; un rayo de inspi-

ración profética fulguró como cegador relámpago en sus pupilas: levantó un brazo en ademán resuelto, y dijo al monarca con acento conminatorio:

—Señor, habeis jurado perseguir á la Iglesia por la cabeza de ese hijo, tan amado de vuestro corazón. Pues bien, Dios os castigará en esa cabeza; haciendo que la muerte os arrebate ese hijo tan querido.

Y sin aguardar respuesta á su terrible amago el abad de Clervaux abandonó la estancia régia, seguido del Episcopado confuso, y helado de asombro por aquella audacia del santo monge.

—Padre mio, (esclamó el Príncipe trémulo y transido por el hielo del pavor) ya lo habeis escuchado: la muerte se halla cerca de mí.

—Hijo mio, (respondió Luis, procurando aparentar un desprecio cínico de la profecía) tranquilízate: estos frailes se figuran llevar la voluntad divina entre los pliegues de sus mangas.....

Era el día trece de octubre de 1131, y Luis el Gordo no cejaba un paso en sus temerarias pretensiones sobre el derecho de *investiduras*.

El Príncipe Felipe habia salido á pasear á caballo por un arrabal de París, hácia el sitio donde luego se estableció la Plaza Real. Invitado á correr por uno de sus jóvenes escuderos, aconteció que al arrancar al escape el caballo, un puerco se atravesó entre sus piernas, asom-

brándose el animal y dando tales corcobos, que viniendo á tierra el infortunado heredero de la corona, recibió dos patadas furiosas de su cabalgadura en el pecho; y habiéndose lastimado el cuello gravemente al caer, fué conducido moribundo á Palacio, donde espiró al cerrar la noche entre los brazos de su desconsolado progenitor.

—Padre mio, (dijo el adolescente con voz apenas inteligible, y entrecortada por el hipo de la agonía) muero para que espíes tu culpa; pero Dios tendrá piedad de mí.

—Hijo del alma; (esclamó el Rey en el esceso de su acerba pena) yo adoro la mano del Omnipotente que me hiere en tí, y que te eleva á su gloria para tu dicha y mi castigo.

XIII.

LA GOTA DE AGUA.

(CUENTO BLANCO.)

El sol camina lentamente hácia su ocaso, y las áuras de la tarde con su fresco soplo alivian los ardores de un día abrasador de Julio.

La naturaleza revive al hálito embalsamado de los céfiros, y sacude el sopor penoso en que la sumieran los inclementes rigores estivales.

Las amenas campiñas de Carmona parecen sonreír á las brisas reparadoras y suaves, y saliendo de su triste silencio y postracion, exhalan en ecos de dulce armonía el himno de su gratitud á la Omnipotencia, que hace relativos el placer y el dolor, el sufrimiento y el goce.

Este himno sublime tiene por notas el gorgceo de las aves; el susurro de los árboles, sacudiendo sus frondosas copas al halago del manso vien-

tecillo; el perfume balsámico de las flores; el aroma puro de la vegetacion, recobrando sus fuerzas al perder la atmósfera su ardoroso influjo; los ecos lejanos, que remedan remotas melodías al llegar al suspenso oído; el zumbir de millares de insectos, guarecidos entre las plantas, errantes entre las grietas de la tierra, ó juguetones en torno de las microscópicas grutas que su industria les depara.

Á la sombra de un álamo copudo y al abrigo de una prominencia caprichosa del terreno se levanta una piedra negruzca, enmohecida y descantillada por la accion devoradora del tiempo. Aquella piedra parece haber formado parte de un cimiento ciclópeo, como el lienzo de gigantesca construccion de las murallas de Tarragona. Al encontrarla en los bosques sombríos de la Germania, el pasajero la hubiese creído uno de esos nefandos altares del *Alrunismo*, donde los Druidas ofrecian víctimas humanas á sus divinidades tenebrosas y sangrientas.

De un reborde peñascoso de la prominencia se destila de vez en cuando una gota de agua, que viene á caer, limpia y trasparente como una lágrima, en la cavidad de irregulares formas, practicada en la gran piedra: denunciando una mano ruda, atenta á procurar recoger la líquida emanacion del montecillo, sin perfeccionar la obra de su prevision benéfica.

El hueco de la piedra contiene un agua cristalina que ofrece alivio al viajero sediento, y

derramándose por un estrecho caucecillo, forma un arroyuelo que brinda á los animales, á los alados y antenados insectos, y á las avecillas el tesoro de su escaso, pero fresco raudal.

Pensativo, melancólico, sentado sobre el húmedo césped, apoyado el codo en el borde de la piedra-pozuelo, y sosteniendo la mejilla en la doblada diestra, se distingue á un púbero de agraciado rostro, aire de distincion sin pretensiones, y vestido con una sencillez elegante de rico-hombre viajero.

En la severidad de líneas de aquella fisonomía, y en el corte al redondo de sus largos cabellos de un rubio oscuro, se conocía en el jóven la procedencia de la altiva raza goda; y á poco que se estudiara el gesto de natural dominio de aquella rosada boca, y la contraccion de sus cejas en signo habitual de majestuoso imperio, echábase de ver que el púbero pertenecía á una de las castas preeminentes de la familia gótica, como duques ó barones de territorios, sometidos á la corona electiva de los Ataulfos y Recaredos.

El noble niño parecía sumerjido en cavilaciones afflictivas; porque más de una vez en el curso de sus pensamientos una lágrima se habia deslizado silenciosa de sus sedosas pestañas á lo largo de sus pálidas mejillas y en más de una ocasion durante sus meditaciones una sonrisa de inefable ternura plegó sus lábios, ó una expresion de amargo desaliento se dibujó en su semblante....

Pareció salir de su preocupacion dolorosa; su rostro se animó de improviso, y con acento resuelto exclamó:

—«Diga lo que quiera Leandro, no es el estudio á lo que me llama Dios... Yo pongo de mi parte cuanto puedo; pero esta cabeza de piedra no responde..... Y pensar el disgusto que produce mi fuga; el dolor de mi hermano; de mi hermano tan sábio, tan bondadoso, tan amante de los suyos....! ¡Ah! Si no fuera porque se obstina en que estudie, apesar de mi rudeza, volvería arrepentido á implorar su perdon.... Continuemos en el fatal propósito de huir de la pátria, y el Señor guíe mis pasos en tan triste peregrinaje.... ¡Ay de mí!»

Y el púbero tornó á engolfarse en su abstraccion penosa, y recobrando la postura que para desahogar su comprimida angustia abandonara, parecia una estatua erijida para exorno de la rústica fuente: estatua representativa de Jacob, reposando de su peregrinacion á Mesopotamia, y antes de rendirse al sueño profético de las escalas entre el cielo y la tierra.

Un pastor anciano, acompañado de su perro, venia en direccion á la ciudad del lucero, célebre en la Vandalia, á presentar á su señor las pieles de várias ovejas, degolladas por una loba rabiosa, terror de la comarca, y al pasar por la fuentequilla su perro se detuvo á mitigar su sed en la charca, y el viejo se dirigió al pozuelo para humedecer sus secos lábios.

El púbero y el pastor se saludaron con una inclinación de cabeza, y mientras el segundo se refrijeraba, llevando á su boca el agua en el hueco de la mano, el primero no quitaba la vista del anciano pastor, cuya faz apacible traducía la calma de una conciencia satisfecha, y el contento de la conformidad con su estado.

—¿Dónde se camina, pequeño godo? preguntó el viejo al jovenzuelo con afabilidad.

—Por el mundo, y adonde sea servido. Dios Nuestro Señor; contestó el púbero con abatimiento.

—Dios le guie, replicó el campesino; aunque presumo al verle sin escudero, ni quien le acompañe, que más huye que camina.

El niño frunció las cejas, dirigiendo á su interlocutor una mirada recelosa.

—Dios le juzgue por sus obras, añadió el anciano con acento solemne. Yo no tengo ese derecho; pero aflijir á las familias, y evitar á los que nos aman no es cosa buena.

—Yo abandono á los míos porque se obcecan en que estudie para hacerme un sábio, como mi hermano Leandro; y por más que sudo, y me aplico á estudiar, no alcanzo á retener un texto de hoy para mañana; con lo que vivo en perenne fatiga, y resuelvo dejar con mi casa esas tareas para las que sin duda no he nacido.

—¿Y solo por eso huye de sus hogares, niño? interrogó el pastor con bondadoso tono.

—Solo por eso, afirmó el púbero arrasados los

ojos en lágrimas; porque mis déudos son la bondad misma y mi hermano Leandro es un siervo de Dios, laborioso como ninguno, amante como el pastor bueno, y de una verba que roba el corazón.

—Haga por volver y que le perdone.

—No es posible, repuso el muchacho con desaliento; me haria tornar á los estudios, y por más que me dedique, mi cabeza no está organizada para esa labor.

—Porque desconfía de sí mismo demasiado, y no trabaja lo que debe, imbuido en esa injusta desconfianza.

—¡Injusta!

—Sí, apoyó el viejo. Nada resiste á la perseverancia y al tiempo. Buen testigo es la piedra en que tiene apoyado el codo.

—¡Esta piedra!

—La misma. No es la mano del hombre la que ha ahondado su superficie hasta hacerla cóncava y capaz de contener el agua como una fuente; sino esa gota, que de tiempo en tiempo cae, de esa grieta, y golpea incesante sus ásperas capas; corroyéndola y amoldándola, hasta que concluya por desvanecerla á la impresion constante de sus golpes. Niño, ya vés la fuerza de la debilidad cuando la ayuda la constancia; reflexione bien esta imágen, y el Señor le ilumine; porque fuera ciego, cerrando los ojos á la luz de divina enseñanza que Dios hace radiar en todas las obras de su potente mano.

El pastor dió un silbido á su perro, y continuó tranquilamente su camino hácia Carmona. El niño se levantó exclamando con inspiracion súbita—«*Gutta cavat lapidem*. Volvamos á Sevilla.»—

Este niño era San Isidoro.

XIV.

CONSUELO.

(CUENTO NEGRO.)

Jóvenes lectores, que os disponeis á repasar estas páginas, donde espacia mi corazón el más hondo de sus pesares, oid la voz amiga de una experiencia que os acredita con vivo ejemplo una importante verdad.

Cuando las mugeres, irremplazables jurados en materia de sentimientos, tratando de las supremas alegrías y de las acerbos penas que la paternidad produce, os digan con aire de profunda convicción—«*Eso no lo sabe usted todavía,*»—guardáos de pensar que exajeran, ni de sostener que es posible alcanzar la suma de goces y de tormentos que la paternidad reserva al corazón humano, antes de pasar por esos caminos de flores y de espinas, por donde el hombre mar-

cha al cumplimiento de sus destinos, según los inescrutables designios de la Providencia.

Yo tuve la presunción de creer que no era preciso el hecho material de ser padre para el aprecio en toda su extensión de los sentimientos y situaciones del estado de jefe de familia, y rebelde al autorizado voto de las hijas de Eva en este particular, me resistía á reconocer el mérito de aquel rasgo de Martínez de la Rosa, en su drama *La Conjuración de Venecia*—«No me comprenderás porque no eres padre.»—Yo entendía un alarde pretencioso de competencia en los padres de familia el aplauso con que veía recibida en nuestra escena la magnífica descripción de los tranquilos goces del hogar, con que Ventura de la Vega sublima el primer acto de su clásico *«Hombre de mundo.»*—Confundiendo la verba de la imaginación con el lenguaje del alma, yo me estimaba juez más legítimo en esta materia que la mitad de los padres que conocía; porque, histrión de la sensibilidad, sabía mejor expresarla que sentirla; al contrario de lo que sucede con los que sienten en efecto y con el silencio suplen la impotencia de la palabra para traducir fielmente su júbilo ó su dolor. Ya veis, jóvenes lectores, que de mis propias debilidades saco el argumento de vuestra persuasión, y cuando la experiencia me ha demostrado con hechos de grata memoria y de reminiscencia lúgubre que el instinto es á la pasión lo que el cálculo á la realidad, engañado de ayer y desengañado de

hoy, puedo repetiros mi consejo amistoso—«*No creáis saber lo que es un padre hasta serlo vosotros.*»—

Estas páginas, queridos lectores, son más mías que vuestras; porque en este libro de cuatro colores, que para vosotros cuidadosamente escribo, me he reservado estas hojas negras para desahogo de mi alma, y desde el título hasta la última palabra de este cuento vais á conocer un episodio de mi historia, en toda la verdad del suceso y de sus impresiones en mi atribulado espíritu. Espronedada escribió—«*Mis versos son mi corazón hablando,*»—y yo no sé si con más realidad, aunque con el propio derecho, puedo yo escribir—«*Este cuento es mi corazón llorando.*»—

Si no os agradan argumento y estilo, pasad un poco más adelante, y encontrareis el verde y el azul, que tal vez os indemnicen de estas pocas líneas de sangre sobre fondo negro; pero si os interesa la viva palpitation de los efectivos sentimientos, si vuestra alma simpatiza con los afanes de las almas laceradas por cruentos martirios, si heridos por los rudos golpes de domésticas desgracias, teneis una satisfaccion melancólica en las confidencias doloridas, seguidme, amigos míos, por esta calle de la Amargura, por donde abrumado al peso de la cruz camino hacia el Calvario, ni más ni menos que muchos entre vosotros, aflijidos por irreparables pérdidas, disimuladas en sociedad, aunque jamás ausentes

de la memoria, y viniendo á turbar como sombríos fantasmas las raras fruiciones de esta vida de luchas y de pruebas.

En la vida del hombre hay casi siempre una parte, sustraída por fortuna al código penal, y esa parte de su vida, entre las sutilezas del ratero y los desmanes del bandido, transcurre, tumultuosa y abominable, pródiga en escándalos ó hipócritamente artera, desde que lo depravan los malos ejemplos y las peores compañías, hasta que lo moraliza el matrimonio ó lo regenera el santo fuero de la paternidad, cuando esto acontece por suerte suya, y de la sociedad en que vive.

Por eso los pueblos antiguos, de severas costumbres é incapaces de llamar *pecadillos de juventud* á los abusos y á los delitos, perseguían al celibato, que si es la suma perfección en el estado religioso, es en el estado civil el egoísmo cuando menos, y en pluralidad de casos la inmoralidad de un corsariaje, acreedor á la desconfianza y á las precauciones de las familias.

En el tránsito, generalmente brusco, de la existencia turbulenta de los jóvenes al estado de familia, unas veces el ánimo, más extraviado que corrompido, se dilata en el nuevo orden de vida, buscando la compensacion de pasados yerros en virtudes modestas y en íntimos goces, y otras, y harto frecuentes, el hombre, gangrenado por los vicios, tras de una ligera páusa en la série de sus excesos, vuelve á ellos con más im-

petu, arrastrando en su ruina á víctimas inocentes, ligadas por su mal á la cadena de un merecido infortunio. Los términos médios de estos dos tipos no merecen por lo comunes los honores del exámen especial.

Como los más francamente bulliciosos en su juventud no son los peores en la familia sin familia de los jóvenes solteros, siendo menos reprehensibles en puridad que otros muchos, más perjudiciales pero más cáutos, los calaveras han venido á parar en repetidas ocasiones y por la fuerza de las circunstancias en amantes esposos y padres tiernísimos; procediendo de esta consecuencia reiterada la aspiracion de muchas mugeres á que sus consortes *hayan corrido su caballo*, como suelen decir expresivamente, y con razon hasta cierto punto si el caballo corrido ha llegado útil á la meta de su carrera fogosa.

El calavera, esto es, el extraviado del buen camino por el concurso de su índole y de los elementos deletéreos en que tanto abunda nuestra sociedad, al volver en sí y tocar las diferencias entre la vida nómada y la vida de noble rumbo, aprecia más lo que obtiene en el cambio; siente mejor lo que no ha gastado en sérias reflexiones y aproximadas conjeturas; compara los fuegos fátuos de la corrupcion libertina con los serenos resplandores de la lumbre del hogar, y su carácter no suele resentirse de intransijencias moralistas, que en último extremo autorizaran la

condenacion de los errores de su disipada juventud.

El calavera, que ha hecho tantas tonterías en el mal terreno carece de esa gravedad amanerada de muchos buenos hombres, que temen pasar por tontos entregándose sin reserva á expansiones y prontitudes geniales, y el calavera padre pasea á su hijo sobre sus espaldas como Enrique de Borbon, con extrañeza de otros padres, incapaces de esta deliciosa calaverada.

Ningun esposo, ningun padre, que hayan bebido á grandes tragos en la dorada copa del festin de la juventud, osarán burlarse de esas mil bagatelas de la existencia de familia, rodeadas de poesía misteriosa y de encantos secretos; porque hay en la conciencia humana una protesta del tiempo perdido, que impide la mofa de una felicidad, retardada por veleidades reprensibles y tan vacías de deleite como de provecho.

El calavera retirado acata en la mujer el pudor, en todas las formas de ese prestigio supremo del sexo interesante; porque las gracias á expensas del pudor le han dado sus elocuentes lecciones de escarmiento, y la santificacion de sus lares está en la dignidad de la esposa, que prepara el sacerdocio de la madre, como el capullo preludia la flor.

No hay más que un peligro en la eleccion de esos hombres que *han corrido su caballo*, siguiendo la frase consagrada para esta situacion: que el caballo relinche, y que el jinete lo vuelva á

montar. Rara vez regresan al punto de la nueva partida ni el caballo corredor ni el jockey reincidente.

Pasando de las teorías á los hechos, comenzaré por confesaros, con ingénua facilidad y sin ridícula vanagloria, que al reducirme á las condiciones normales de la existencia pacífica habia cruzado lo bastante el piélago social para concebir otro refugio contra sus tempestades que el hogar doméstico.

¡Con qué desconocido y particular encanto hablaron á mi corazon en su mudo lenguaje todos esos accidentes de la vida conyugal, que hacen compadecer al autor de *«Las pequeñas miserias del matrimonio,»* como á todos los talentos que secan la viva fuente de una sensibilidad fecunda!

Confidencias preciosas, proyectos fantásticos, sorpresas delicadas, caprichosas alternativas de exhibiciones y retraimientos, vagas inquietudes, reservados deseos, anuncios transtornadores, solicitudes tiernas, planes amantes, esmerados preparativos, hora suprema de angustia y de esperanza, nada valen, comparados con vosotros, los privilegios del rango, los prodigios que realiza la riqueza, ni todos los tesoros con que la astucia diabólica despliega la tentacion ante las almas avaras de goces materiales.

Al terminar el período que antecede, carolector, he fijado los ojos en mi Pepita, en mi hija única; niña de once años, que estudia en un án-

gulo de mi bufete su leccion de francés, gravemente ocupada en rectificar su tema, apoyada la punta del lápiz en sus rojos y húmedos lábios.

Pués bien, en esa niña de mirada inteligente y de típico ángulo facial, en esa niña de ojos garzos, rizo cabello y sonrosado color, en esa niña, que se acerca á los términos de la vida consciente de la muger, sin esfuerzo de fantasía, por una reminiscencia espontánea, yo veo siempre á la criatura que ví, recién salida del seno maternal, estirarse á la impresion de la atmósfera, abrir sus ojos á la luz y exhalar ese primer vaguido, que hace brotar las primeras lágrimas.

Aquel momento me hizo comprender todo lo que cabe de bueno y de malo en el corazon del hombre; porque en aquel momento hubiera perdonado á mi mayor enemigo, y habria matado sin piedad al que tratara de arrebatarme aquella prenda de mis amores.

Y después que me fuera concedida otra hija, autorizando esas coqueterías maternas, que disponen en partida doble vestidos y adornos; otorgándome tipos distintos para variedad de las fruiciones íntimas de los sagrados penates, Pepita y Consuelo fueron los polos de mi corazon, como son hoy la herida y el bálsamo; la atraccion de mi triste mirada al cielo y la necesidad de bajarla resignado á la tierra; la página de luto de mi vida y la hoja que me reserva el libro del destino.

Más de una vez he reflexionado, después de

la dolorosa pérdida de aquella niña singular, en que no debí considerarla nunca sino como uno de esos meteoros de resplandor brillante que cruzan nuestro horizonte y se extinguen entre las sombras, á la vista del observador del celeste fenómeno. Pero ¡es tan ciego el egoismo humano!

Su nombre *Consuelo*, respondía á un cariñoso tributo de familia; y en cuántas ocasiones murmurando ese nombre bendito, una de las advocaciones más interesantes de la vírgen María, he reconocido el contraste amargo entre ese nombre y la situación en que lo repetía mi boca, porque rebosaba de mi pecho como un vómito de sangre.

Yo habia oido decir que esas raras criaturas, que no producen molestias, que no imponen vijilias penosas, que lloran sin rabia, que sonríen sin otros extremos alegres, que merecen universales simpatías y se adelantan á su edad en precoces rasgos de inteligencia, son niños que *no se logran*, como es costumbre llamarlos; y algunos poetas, ecos de tal creencia comun, han supuesto en ellos ángeles, temporalmente desterrados de las regiones etéreas y devueltos al fin á su pátria por la infinita misericordia.

Temiendo la exaltación de carácter, que tantos perjuicios me ha causado en el curso de mi vida, poniéndome al fin en recelosa guardia de sus desagradables consecuencias, yo combatía con teson estos pensamientos cuando cruzaban por mi mente; trayendo á la memoria el conse-

jo de un hombre práctico, que solía repetirme—
*«piense usted en verso; pero obre usted en
prosa.»*

Además, no habia motivo de temer por la salud de aquella niña robusta, bien conformada, de una condicion dulcemente tranquila, cariñosa sin caprichos ni exigencias, dócil y fácil de contentar; que no extrañaba á los desconocidos; que carecía de esos raptos de indisplencia de los períodos críticos de la infancia; que surcaba la vida, como el ánade la superficie de las aguas serenas en que se solaza.

Aun recurriendo á esa especie de fatalidad de las creencias orientales, que extiende á la cuarta generacion los castigos de la eterna justicia, yo no podia recelar el golpe que tan de cerca me amenazaba sin embargo; porque en la presencia de Dios no seré reconvenido por ciertos hechos, que acreditan de Lovelaces á los que en realidad son asesinos de honras, ufanos de una nombradía que debiera escitar sus remordimientos.

Aquellas dos niñas eran el completo de mí sér: una dualidad moral, tan perfecta como la dualidad de los ojos; la de los oidos; la del olfato: dos, como son dos las manos y los piés; como son dos los pulmones y dos tambien los ventrículos del corazon.

Cuando la primera calentura rindió en el lecho como un tronco á mi hermosa Consuelo, yo no creí, cual su amorosa madre, que una nube

pasajera cruzaba el cénit de mi vida para eclipsarse momentáneo del sol de mi esperanza. Un instinto fiel me indicó que las humanas dichas, cuando son exhuberantes, siguen la suerte de todo lo excesivo en este valle de lágrimas, donde la muerte es el supremo nivel de la vida, y cuando el hijo de Hipócrates, afanosamente consultado en aquel accidente repentino de la niña, demostró una confianza tranquilizadora en el restablecimiento de su salud, no iluminó la fé con un reflejo de sus vívidos rayos el panorama sombrío de mi preocupada imaginación.

Mis presentimientos, sepultados en el fondo del alma para no alarmar á una madre, modelo de exquisita ternura y constantes sacrificios, fuéronse realizando con una rapidez espantosa, y en breve período aquella fiebre, meramente *estacional*, como la había calificado el facultativo, presentó los síntomas de una intensidad, superior á las fuerzas de la pobre criatura; habiendo de recurrir á ese arsenal tremendo de las artificiales revulsiones que por el martirio conducen á la muerte.

¡Qué pequeño, qué menguado, qué ruin se reconoce el hombre más altivo, más pujante, más soberbio, ante un débil sér, postrado á la fuerza abrumadora de una letal dolencia que interrumpe con flébiles quejidos y violentos estertores un rendimiento precursor del último reposo; que ya no siente los efectos de una medicación sin tregua en sus conatos; que vá extinguiéndose,

se como la lámpara, falta del óleo que alimentaba la llama vital; que se agita en la convulsión de una agonía fatigosa, y exhala su postrer suspiro en los brazos del autor de sus días, sin un medio de impedirlo; sin un recurso para retardarlo; sin más arbitrio que someterse á la incontrastable voluntad que rige los destinos del universo! El creyente levanta la vista al ofrecer el doloroso holocausto, como Abrahan en la cúspide del Moria. El desesperado oculta la cabeza como Cain, fujitivo de la presencia de Dios. Ambos se penetran de que son *vanidad de vanidades*, como escribe el rey sábio de las cosas terrenas, y en caso de que el orgullo invada luego sus almas, creedme, aquel trono de Luzbel está minado, y la impotencia de sus brios pretenciosos tiene una prueba de convicción irrefragable y de imposible olvido.

Cuando piadosas manos femeniles adornaron el cuerpo inerte de aquella preciosa niña, no desfigurada aun por la lividez cadavérica; cuando una corona de rosas blancas circuyó su cabeza y un velo sutil la cubrió como un celage en el blanco atahud que la contenía; cuando entre luces y flores, fué depositada sobre un sencillo túmulo, léjos del recinto en que la amistad prestaba sus consuelos á una madre desolada, yo contemplé aquellas operaciones, mudo, atento, engolfándome en las abstracciones del dolor; y lágrimas silenciosas quemaban mis mejillas, y parecíame todo aquello una pesadilla horrible de

que iba á despertar por el propio esceso de sus agitaciones.

El albor de la aurora vino á sorprenderme en ese estupor de los sentidos que no permite la conciencia de la vida y al que tanto contribuyen las sombras y el profundo silencio de la noche; reparando entonces que me acompañaba un discreto amigo, colocado frente á mí; absorto en reflexiones melancólicas é identificado con mi pesar porque llevaba el luto de una reciente y dolorosa pérdida.

La luz del día, que alegra al enfermo del cuerpo en cuanto pone término á la noche, en que tanto se recrudecen los dolores físicos, tortura al enfermo del alma, porque sustituye á esa noche que es al infortunio lo que el abrigo de la tumba á las fatalidades extremas.

Yo habia oido vagamente esas disposiciones, que la oficiosidad de los amigos adopta en casos como el que os refiero, y en el confuso embrion de mis lúgubres ideas hízose distinta una: que aquella mañana, y en sus primeras horas, debia entregarse á la tierra el arca vacía de mi perdido tesoro.

El ruido de un carruaje, que se detuvo á la puerta de mi domicilio, y la entrada en mi cuarto de uno de mis amigos más probados en su hidalga consecuencia, me anunciaron el cruel momento de separarme de los tristes despojos de aquella niña tan angelical y tan amada.

Me levanté con la resolución de una desesperación.

rada energía; tendí la mano al recién venido, y le dije con esa voz, que tratando de vibrar serena, es dura y sorda;—«Vamos, Emilio.»

—Pero vienes tú con nosotros, ¿preguntó sorprendido, consultando con una mirada inquieta al amigo fiel que me había acompañado en las horas de aquella noche tétrica y funeraria.

—Carlos necesita descansar (respondí aparentando un valor difícil de sostener) y nosotros iremos donde es preciso ir.

Y aprovechando aquellos instantes de embarazosa confusión tomé el sombrero, así del brazo á Emilio, y lo conduje apresuradamente al aposento donde estuvo espuesto el cadáver de mi hija.

El atahud, cerrado por la afectuosa diligencia de las buenas amigas de mi esposa, había sido transportado al carruaje, y una de aquellas sensibles mugeres, arrasados los ojos en lágrimas, entregó á Emilio una llavecita dorada, pendiente de una cinta azul; intentando disuadirme de mi propósito con vivas instancias.

—Es mi último deber, señora, repuse con entereza, dirigiéndome hacia el carruaje, como adelanta un reo hácia el patíbulo.

Entonces comprendí el efecto de esa atmósfera exterior que confina las emociones al pliegue más recóndito del corazón humano, cubriendo el semblante de una máscara engañadora: atmósfera exterior, que convierte en una farsa la vi-

da social; que hace sonreír al irritado, afligirse al indiferente, mostrarse impasible al que sufre, como yo me esforzaba en parecerlo.

Pero así como ante la realidad se desvanece el tropel de ilusiones, con que se ofusca su evidencia, toda mi afectada presencia de espíritu en el tránsito por las calles de la capital no pudo resistir al aspecto de los dominios de la muerte, y al detenerse el carruaje á la puerta de la extensa necrópoli, me apoderé del atahud con manos convulsas, y bajé el estribo, zumbando la sangre en mis oídos y turbada la vista por un opaco velo.

Cargado con aquella cajita blanca franjeada de listones azules, atravesé la espaciosa alameda que conduce á la capilla del cementerio, sin volver los ojos á los sepulcros individuales, panteones de familia, hileras de enterramientos y fosas comunes, situados á derecha é izquierda de aquel camino, que sombrean elevados cipreses y frondosos llorones.

Al llegar al pié de la rotonda, en que se levanta sobre ancho pedestal una cruz de hierro, se adelantaron á recibirnos el capellán director y dos dependientes, quienes me arrebataron el atahud, como una presa que de derecho les pertenecía, sin que yo tuviese fuerzas para disputarles la conduccion de aquellos restos á su sagrado depósito.

El celoso capellán tomó unos papeles que le alargó Emilio, y después de repasarlos indicó á

los sepultureros números de calle, de hilera y de sepultura, que retumbaron en mi oído como las tres campanadas de un doble funeral; pero yo seguí la vista de aquellos hombres, como sigue el satélite al planeta que lo arrastra en su elíptica, y llegué tras de ellos al término de su expedición.

Allí era indispensable abrir el atahud para la comprobación de la cédula mortuoria, y un rayo de sol acarició con sus resplandores fúlgidos aquel cuerpecito, envuelto en gasas y cubierto de flores, que tornó á ocultar la tapa de la cajita, girando la llave en la cerradura con dos vueltas cuyos ecos repercutieron en el fondo de mi corazón despedazado.

El atahud se acomodó cuidadosamente por ambos sepultureros en el espacio de la huesa, y uno de ellos empuñando el azadon, dió un rudo golpe en un monton de tierra caliza; rodando sobre la cajita blanca de franjas azules las piedras y la arena con que se cubren los despojos mortales.

Emilio me arrancó de aquel lugar con una violencia á que no pude resistir en ese anonadamiento que marca el punto máximo de un intenso dolor y volví en su compañía á mi casa; dejando en el cementerio la mitad de mi vida bajo aquella tierra, que hoy cubre una lápida con esta inscripcion—«CONSUELO=1863.»—

XV.

LA ADUANILLA.

(CUENTO VERDE.)

Aun antes de las modernas obras de embellecimiento del paseo de la Agricultura en Córdoba, era este de los sitios de recreo más notables en Andalucía, porque el panorama de la Sierra, con sus casitas blancas, salpicadas en fondo verde ó grís, las ermitas, formando grupo en una loma entre huertos y olivares, y el *sillon del obispo* en la cima, á similitud de una atalaya, ofrecía un espectáculo deliciosamente recreativo.

En compañía de un pariente, querido y respetable, iba todas las tardes de otoño hasta la estación del camino de hierro; pasando de la puerta de Gallegos á la glorieta de la Agricultura con deseo de instalarme allí como punto de mira de un cuadro admirable, bañado en las suaves y

melancólicas tintas del sol poniente entre celajes de vistosos y vários matices.

Nunca podia lograrse este capricho, porque en un asiento de aquel paseo encantador se instalaban todas las tardes de seis á ocho señores de cierta edad, y muy conocidos en la antigua corte de los Califas de Occidente, formando animada tertulia; y mi compañero de excursion rehusaba entrar en la asamblea, sin dar otras razones que la de preferir mi conversacion á la de aquella gente.

Una chica, muy guapa, quejándose con amargura y sobra de razon de la facilidad de lengua de los hombres respecto á la delicada reputacion de las mugeres, me indicaba reuniones y círculos en Córdoba, donde se despellejaba sin piedad á las once mil vírgenes en cinco minutos, y entre sus lamentaciones y sus citas vino á parar en la *Aduanilla* del paseo de la Agricultura; extrañando que hombres machuchos entretuvieran sus ócios en zarandear la honra de las familias con una periodicidad funesta.

Inclinado á verlo todo y á juzgarlo por mi propio criterio, determiné incorporarme al personal de la *Aduanilla* una tarde, en que no acompañara á mi pariente, contando con algunas relaciones con dos ó tres de los sócios de tan peligrosa tertulia para disimular mi curioso objeto, y no tardó en proporcionarse ocasion propicia á mi designio; teniendo hasta la fortuna de que viéndome pasear solo, me llamaran en

son de informarse de la salud de mi tío, invitándome con un asiento junto á la presidencia, conferida á cierto beneficiado, ex-regular de Santo Domingo y hombre de larga historia.

—Corr que lo del pariente es poca cosa, dijo el señor beneficiado con voz campanuda.

—Algo acatarrado, le respondí con aire de indiferencia.

—¿Tiene hecho testamento? me preguntó con cínico descaro un célebre cojo, que ni siéndolo podia saberse de cual pié cojeaba.

—No lo sé; pero tan poco me importa, contesté encogiéndome de hombros.

Una carretela, ocupada por dos señoras y un caballero, cruzó al trote de dos yeguas normandas por el arrecife contiguo; saludando al caballero con respetuosa deferencia uno de los tertulios, médico de corta pero lucida clientela.

—Allá vá el Conde, que bien podria hacer el protagonista de una conocida zarzuela, dijo el beneficiado con su estentórea voz.

—*¿Mis dos mujeres?* preguntó el cojo con una guiñada de maligna intelijencia.

—¡Qué escorpiones! repuso el médico sonriendo. Antes de ayer aconsejé á la cuñadita los baños de Archena.

—¿Y le servirán de algo? interrogó un viejecito muy chusco, mercader convertido en prestamista al fin de su larga carrera.

—Atencion! interrumpió el cojo, á guisa de corneta de órdenes de aquella tropa.

Un joven moreno, gallardo, tipo del país nativo del Gran Capitan, montado en un soberbio tordo, cruzó al galope ante la *Aduanilla*, cuyos individuos le siguieron con vista luminosa de jaguares en acecho.

—¡Anda, hijo! ¡Anda! (esclamó el presidente de aquel club). Anda, repitió, que ya pararás como tus antecesores.

—¿Quién es ese mocito? preguntó el avellanado prestamista.

—Un hijo de aquel Ramirez, platero del cabildo....

—El cuarto de los galanes de la viuda de Don Crisanto Escamilla, el administrador del duque de...

—Ya lleva tres la bendita señora, y me los despacha en un vuelo. Dicen que...

—Necedades, interrumpió gravemente el médico. El número tres de la viuda fué el marquesito de Viniegra, y yo que lo asistía puedo asegurar á ustedes que murió de extenuacion y nada más.

—*Magister dixit*, concluyó el beneficiado sorbiendo una toma descomunal de tabaco rapé.

—Con permiso de ustedes, dijo un tertulio levantándose para dirigirse á una revuelta del arrecife y detrás de un robusto álamo.

—¿Ha vuelto ya la hija de este? preguntó el cojo al prestamista con cierta premura.

—Sigue en Aguilar, contestó el judío, hasta que quede allí el aguilucho.

—Por donde salta la cabra salta la chiva, terminó sentenciosamente el beneficiado para completar aquel entreparéntesis edificante.

—La difunta hermana era lo mismo, añadió el médico. Yo la asistí en su última enfermedad, una relajación.

El tertulio, evacuada su diligencia, vino á recuperar su asiento en la *Aduanilla*.

—Don Mateo, le dijo el truhan del cojo ¿cuándo se trae usted de Aguilar á la muchacha?

—Cuando mi hermana lo consienta, contestó Don Mateo, escamado con la pregunta.

—Para usted debe ser un embarazo, agregó el cojo con agresiva insolencia.

—¿Y por qué? replicó Don Mateo con visible inquietud.

—Porque acostumbrado á que ella lo cuide, y lo mime, siendo hija única, y ahora, en poder de criados....

—Es verdad, cortó Don Mateo, respirando con más desahogo después de aquellas esplicaciones del Vulcano cordobés.

El beneficiado se levantó presuroso, quitándose el sombrero de canoa para saludar con rendimiento servil á cierto grave eclesiástico, acompañado por un jóven capellan, que atravesó el paseo con reposada lentitud.

—Servidor de Usía, señor Doctor, mi dueño, dijo el presidente de aquel club execrable, procurando dulcificar el eco de su tonante voz.

—Buenas tardes, señores, contestó el respe-

table sacerdote con una cortesía llena de circunspección y siguiendo su marcha.

—Ahí lo tienen ustedes (añadió el ex-domínico, recuperando su asiento y bajando el tono): dean de una metropolitana, y en percha para la primera mitra vacante. Así como suena. Fortuna te dé Dios, hijo....

—Tiene un pico de oro en el púlpito, alegó Don Mateo en defensa de aquella nueva víctima de la mordacidad.

—He oído decir que es un teólogo y un canónista de los que andan de nones, apoyó el médico.

—Y hombre de vida ejemplar, añadió el sexto de los tertulios, contador de hacienda jubilado.

—Efectivamente; (corroboró el beneficiado con sonrisa sardónica) desde que murió la Paquita Sierra, la muger de Pancho Gomez, nada ha habido que decir de su conducta. Yo soy boca de verdades.

Un conductor de trenes, con su gorra galoneada y un paquete bajo el brazo, pasó ante la *Aduanilla* con esa celeridad á que se acostumbran los que dependen de la locomotora; saludando al cojo y prosiguiendo la ruta á todo vapor.

—¿Ese es Joaquinillo? preguntó al cojo el Simuel Leví de la reunion, el viejo prestamista.

—El mismo (contestó el interrogado). Después de salir de mi casa entró de lacayo en la del marqués de Soldevilla: se acomodó de cochero con el trucha de Ruperto: lo colocaron des-

pués en el ferro-carril, y aquel Monsieur Talon ó Tulon...

—El gefe del movimiento, recordó el hijo de Hipócrates.

—Ese (afirmó el historiador de Joaquinillo). Pués ese lo casó con una mozuela de Montoro, que le cuidaba la casa, y lo ascendió á guarda-frenos para engolosinarlo, y á los ocho meses justos Joaquinillo fué padre y cátao conductor.

—No se pescan truchas á bragas enjutas, concluyó recalcadamente el beneficiado.

—Otro caso para el Doctor Vaca, dijo riendo el médico, que era una especialidad anecdótica.

—¿Qué es eso del Doctor Vaca? preguntó el contador de hacienda, que gustaba mucho de cuentos y de chascarrillos.

—El doctor Vaca, agregó el discípulo de Galeno, era un catedrático de clínica muy antiguo, de quien se decía que habia tenido su primera hija, Aurora, á la misma fecha que Joaquinillo cojió la fruta de su árbol.

—Hombre! exclamó el cojo con una alegre carcajada. Esa historia me interesa.

—El bueno del doctor (continuó el médico) se dedicó asiduamente á rebuscar en los autores casos de excepcion de las siete y nueve lunas de la gestacion del feto en el cláustro maternal, y como no hay disparate que carezca de ejemplos ni de paladines, llegó á reunir una cáfila de citas, y las encajaba en grados y exámenes; concluyendo con el nacimiento de su Aurora, como propia y

comprobada experiencia de criaturas octomesinas.

—¡Qué demonio de hombre! exclamó Don Mateo.

—Llegó un grado de licencia por oposicion, (prosiguió el preopinante) y tocó el tema del discurso, por arte del demonio, de las siete y nueve lunas del sistema hipocrático; defendiendo la proposicion un muchacho de Ronda, Garay, colegial de punta y un pillo de marca mayor. El graduando sostuvo la tesis con lucimiento infinito, y echando por tierra las opiniones contrarias al punto; teniendo que objetarle el doctor Vaca, campeón de los ochomesinos.

—Aquí te quiero ver, escopeta, dijo el contador saboreando la narracion del médico.

—El bueno del doctor (agregó nuestro Esculapio) empezó á contradecir calurosamente las opiniones recibidas en la materia, y segun su costumbre enfiló caso tras caso; cita por aquí; cita por allá; si en Praga cuenta Zacarías; si en Viena refiere Boherave; si en París escribió Vi-rey... En fin, para abreviar; que faltaba un minuto para la media hora de argumento.

—¡Qué trajin de hombre! exclamó Don Mateo, que era el sándio de la tertulia.

—«Y por último, dijo exaltado el doctor Vaca, yo tengo el caso de los casos; una experiencia á domicilio; una demostracion providencial: mi hija Aurora, nacida á los ocho meses y dos dias de mi matrimonio.

—El doctor Vaca no usaba su verdadero apellido, (repuso el beneficiado cáusticamente) aunque le andaba cerca.

—Faltaban veinte segundos para la media hora (agregó el médico) y el graduando, que era un tuno de lo fino en su especie, se limitó á contestar —«El caso de Aurora nada prueba.»—¿Por qué? preguntó lívido de ira el doctor Vaca.»—«Claro es, replicó el bribon de Garay; porque la aurora viene siempre antes del día.»

—¡Buen perillan sería el tal colejialito! declaró el cojo, simpático á todo género de malicias y de truhanadas.

—¿Hay noticias de Don Sebastian? preguntó el beneficiado al prestamista.

—Ayer ví al pasantè (respondió el viejezuelo rabínico) para un negocillo de poca monta, y me dijo que hasta Noviembre no concluiría las particiones de Cabra entre los hijos de Don Anacleto....

—¿Quedarán bien partidos los interesados (interrumpió el cojo): yo se lo fío bajo mi responsabilidad.

—Es el tertulio número siete de este círculo vespertino, observó el contador jubilado, que no habia perdido sus hábitos de cuenta y razon.

—Y un excelente hombre (añadió el médico) para todo lo que no sean minutas y tramoyas forenses. En esto es un cosaco del Don, Insaciable como los abismos del infierno.

—El pobre tiene dos familias (alegó en su dis-

culpa el beneficiado). Una muger con tres hijos y una querida con qué sé yo cuantos. Señores, es preciso ponerse en todo para juzgar equitativamente.

—Ayer nos hizo rabona el tertulio número ocho, dijo el bobo de Don Mateo.

—El señor comandante Flores (agregó el contador). Lo conocí de teniente de carabineros en la comandancia de Huelva.

—Parece que tiene de meses mayores á la señora, repuso el médico.

—Ayer tarde (refirió el maligno cojo) anduvo Madama entre si son flores ó no son flores.

—No faltaría el mediquito homéopata, expresó el beneficiado con intencion malévola en frase y acento.

—¡Qué malo es usted, *Pater noster*! exclamó el biógrafo del Doctor Vaca con afectada contrariedad.

—Yo no lo he visto (rectificó el eclesiástico); pero todo Córdoba lo dice, y yá sabe usted aquello de *vox pópuli*...

—Sin embargo (interrumpió el facultativo con hipócrita defensa) la opinion no es unánime, y la sospecha se divide entre el homéopata y un sobrino de Flores, alferez de reemplazo. Lo que sea se ha de decir, y tratándose de un compañero...

—Es que se trata de dos compañeros por lo visto, corrigió el incorregible cojo.

—Sin contar á Flores, perfeccionó el viejo

prestamista, que tenia las camándulas que se aprenden en el mostrador.

Un cabriolé, ocupado por dos hombres y tirado por un bayo magnífico, cruzó el arrecife como un relámpago.

—¡Ola! exclamó el cojo ¿Ha vuelto ese canalla?

—Y con muy buenos cuartos (replicó el Simuel Leví). Me pagó hasta el último céntimo; capital é intereses. En Madrid estaba su compadre, el malagueñito, y le interesó en la banca; y luego parece que cayó un primo; y que pasaron por las llamas á un rodón forastero, y.... Por fin, él ha vuelto en metales, y está viviendo á lo Príncipe con la Mariquita.

—¿Y aquella causa en que lo complicaron en Lucena? preguntó el médico.

—El secuestro de Don Torcuato, concluyó el cojo. Nuestro contertulio Don Sebastian era su abogado, y en primera instancia, y por la regla cuarenta y cinco de yo no sé qué ley provisional, salió condenado á cuatro años de presidio; pero en Sevilla se hubo de componer la cosa y quedó absuelto del cargo y libre de la carga, que no era floja por cierto.

—En lo de la moneda falsa no le pudieron sacar el bulto, (declaró el beneficiado) aunque se lo buscaron bien.

—Ahí viene el comandante Flores, anunció Don Mateo.

—¡Ah pícaro! repuso el cojo ajitándose en su

asiento como el tigre que palpita antes de avanzar á su presa.

El comandante Flores era un anciano alto, delgado, consunto; con bigote y pera del albor de la nieve; cínico en su lenguaje; rival del cojo en maledicencia; brusco á fuer de montañés catalán y atrevido con el que se le venía á bordo.

—Prófugo! (esclamó el presidente de la *Aduanilla*). Ya le estábamos formando la sumaria.

—El fiscal sería esta buena alhaja de seguro, contestó el carabinero señalando al cojo con su baston.

—Se equivoca usted, (rectificó el aludido). Yo hacía de defensor en el proceso cabalmente.

—¿Y con qué instrucciones, señor mio? preguntó el comandante, estrechando á su émulo en lengua viperina.

—Aduciendo que el reo estaba de parto, respondió el cojo con una cómica sinceridad que hizo reir á los tertulianos grandemente.

—Verdad que así parecía, corroboró el comandante; pero no se formalizó el asunto después de tantos aparatos de temporal. Mi sobrino fué en busca del doctorcito Salgado, el de las pildorillas, y como es el de confianza para la paciente....

—¿Usted no está por los glóbulos? preguntó irónicamente el médico, alópata hasta la médula de los huesos.

—Ni por unos ni por otros (replicó el interrogado con ruda franqueza) y Dios me libre del mejor de ustedes.

—Tendría que ver ayer tarde este padrazo, dijo el alacran del cojo con entonacion sarcástica.

—Poco á poco, amigo (repuso el comandante). Reduzca usted á padre ese *padrazo*, y tengamos la fiesta en paz.

—Señor Flores (alegó el presidente, que la daba de filólogo) padrazo en locucion vulgar...

—Padre capellan, (cortó el ex-gefe de carabineros bruscamente) yo sé lo que me digo, y conozco á este santo varon de la pata encojida más de lo que él se figura; y aquí al que más y al que menos hay que contarle el cuento de *la velita*, que no es largo.

—Cuéntelo usted, caballero Flores, demandó el contador de hacienda, curioso por conocer el caso.

—Vamos con la velita, apoyó el sándio de Don Mateo.

—Habia un viejo por el estilo de este ciudadano, (comenzó el comandante, indicando al insolente cojo) que se moría por averiguar vidas ajenas y saber lo que pasaba acá y acullá, para convertirse en crónica escandalosa del pueblo y..

—Oiga usted, señor Flores, interrumpió el cojo, amostazado por aquella indirecta del Padre Cobos.

—No debe interrumpirse al orador (dijo con énfasis el presidente de la *Aduanilla*). El señor Flores tiene la palabra y puede continuar su discurso.

—El tal prójimo, siguió el carabinero, no se contentaba con lo que sabia de este y de aquel y le contaban de ese y esotro; sino que hubiera vendido su alma á Satanás por conocer lo que le sucedía á todo bicho viviente, como aquel Don Cleófas del *Diablo cojuelo*, que sería más cojo que el señor, pero menos diablo de fijo.

—Se prohíben las alusiones, advirtió el presidente con la autoridad de un Martínez de la Rosa.

—Estaba mi hombre en el paseo una noche de verano, (continuó el comandante) viendo pasar gente conocida y sugetos de quienes nada le constaba, cuando se acercó al asiento, que ocupaba en un poyo, una vieja vendedora de fósforos, librillos de papel de fumar y billetes de lotería, acompañada de un rapazuelo que le servía de lazarrillo.

—Adelante con el cuento, dijo el contador impaciente.

—La vieja brindó á nuestro héroe con un número muy bonito; luego le propuso fósforos de carton y sin trueno; después las marcas del elefante y del molino, y yá la iba á mandar nuestro hombre mucho en hora mala cuando la bruja, templando el diapason, le dijo—«Caballero, cómpreme usted una velita para conocer cornudos.» «—¡Cómo es eso! exclamó el hombre fuera de sí de satisfacción ¿lleva usted ese artículo?—«Si señor, y las doy á medio duro, después de probar su efecto.»—«Hagamos la prueba, contestó el marchante, rabiando por experimentar aquel

prodijio.»—La vieja sacó de su cesta una velita ancha y corta, y encendiéndola á favor de una cerilla se la puso en la mano al endiablado curioso de mi cuento.

—¿Y era verdad que se veían las astas? preguntó Don Mateo cándidamente.

—Verdad, amigo mio (replicó el comandante). Unos las tenían largas y corvas como los carneros; otros cortas y agudas como los chivos: los había de puntas á lo ciervo; única y afilada como el unicornio; gachos, corni-veletos, bizcos; de oro, de marfil y de cuerno comun. El hombre se volvió loco, y dando la vela al chiquillo, echó mano á la bolsa para pagar media docena de velitas mágicas. Al sacar el porta-monedas advirtió que el rapaz lo miraba y se reía.—«¿De qué te ríes, muchacho? le preguntó.»—«De que le veo á usted con dos cuernos como los toros, contestó el angelito.»—¡Tunante! exclamó el individuo apagando la vela. Llévate á esa bruja de aquí y toma medio duro á condicion de no encender la velita mientras yo estuviere en el paseo.»

—Amigo, el cuentecito (dijo con aire contrariado el cojo) me parece que...

—Se levanta la sesion, interrumpió el beneficiado tocando á fajina á buen tiempo.

Los tertulianos desocuparon sus asientos respectivos, disponiendo su regreso á la ciudad.

—Hasta mañana, señores, repuso el presidente, que volvamos á reunirnos para un rato de solaz sin ofensa de Dios ni del prójimo.

XVI.

UN SANTO Y UN REY.

(CUENTO AZUL.)

.....Vade, Satana: scriptum est enim:
Dominum Deum tuum adorabis, et illi
soli servies.

¡SANCT. MATTH. CAP. IV. VERS. 10.)

I.

Era una fresca y risueña mañana de mayo, la del día cinco de 1482.

Los alrededores de la fortaleza de Plessis-les-Tours, con pesar sobre ellos la sombra fatídica y pavorosa de aquel siniestro castillo, residencia habitual de Luis Undécimo de Francia, parecían invitar al viagero á recrear su vista en las ga-

las de la naturaleza, brotando al influjo de la más bella estación del año.

Es cierto que la impresión grata de panorama tal duraba poco; pues al registrar la vasta campiña se veían esparcidas en todas direcciones horcas y argollas de que pendían cadáveres; pértigas de hierro de cuyos gárfios colgaban cuartos sangrientos y espantables cabezas; y trampas de cuchilletes que prevenían horribles mutilaciones al imprudente ú osado que durante la noche se acercaran á la guarida real.

Tristan el *Heremita*, con sus verdugos y arqueros, estaba encargado de no dejar vacíos los patíbulos; y la desaparición de unos tristes despojos era signo infalible de inmediatas ejecuciones.

Los guardias escoceses bajaban de vez en cuando de la fortaleza á los caseríos á cometer la multitud de vejaciones, que probaban á los campesinos el engreimiento soberbio en que tenía imbuidos á sus custodios la predilección del suspicaz y receloso Monarca.

Semejante á un espectro aterrador el castillo de Plessis-les-Tours descollaba en una eminencia; erizados sus muros negruzcos de largas púas de hierro; saliendo de sus estrechas ventanas aceradas picas; esparcidos en torno de sus murallas esos *nidos de golondrinas*, especie de garitas enrejadas en las que siempre se distinguían los soldados de Escocia, dispuestos á disparar sus ballestas contra los que se aproximáran

un paso más de lo permitido; cercado de fosos anchos y profundos, y protegido, más que por su fortificación y defensores, por el pavor de un nombre tremendo; por la formidable reputación de Luis, que había dicho como Tiberio—«*oderint dum metuant.*»

Un venerable monge y un caballero se acercaban con lentitud, y entretenidos en grave plática hacia el puente levadizo, que concedía el acceso á la puerta principal de la imponente fortaleza.

Dos arqueros aguardaban en el puente á nuestros personajes, y merced al previo aviso de su venida los centinelas dejaron traspasar un recinto que resguardaban cruelmente de la intrusión; castigando la audacia al par de la inadvertencia.

El religioso vestía el sayal hermitaño de aquella Orden de Mínimos, fundada en Calabria, y cuyos hijos merecieron por la escelencia de sus virtudes la popular denominación de los *buenos hombres*.

Era su continente de una dignidad reposada y sencilla. Sus ojos serenos y de un brillo límpido denunciaban la calma de un espíritu elevado, la autoridad del hombre dueño de sí propio, y la perspicacia de una inteligencia libre de preocupaciones, y purificada por la gracia divina hasta las maravillas proféticas. Los ejercicios austeros habían minado aquel natural robusto, anticipando la época de la vejez; pero como si conviniese al respeto de su persona el sacerdocio

de la ancianidad y no sus anexos achaques, notábase en el asceta un vigor, se advertía en su andar un desembarazo, que no coincidían con su aspecto doliente, ni con la edad que sus facciones representaban.

El caballero vestía traje de campaña. Echábase de ver que había en su individuo más petulancia que gravedad, más bajeza que benevolencia, y aun no sé qué vulgar y ruin desmentía sus esterioridades fastuosas y sus aires de importancia. Tal era Oliveros, *el Gamo*, rapista y favorito del Rey Cristianísimo; adulador y cómplice de Luis Onceno, y partícipe con el feroz Tristan del título de *Compadre*, con que distinguía el hijo de Carlos VII á las viles hechuras de que se había rodeado, como de dos demonios familiares.

El monge y Oliveros llegaron en su pausada marcha al puente levadizo, y apenas pusieron el pié en su borde vibró una sonora campana, pendiente en la torre de vigía; se oyó el redoble de los atambores y el acento agudo de los clarines; la guardia se formó en el vestíbulo del alcázar sombrío, y los centinelas presentaron sus alabardas en signo de honor. Estas ceremonias solemnizaban la presencia de los hijos de Francia (príncipes de la sangre) ó la de los más altos feudatarios de la corona, como aquel duque de Bretaña que favoreciendo á Monsieur (hermano del Rey) humilló tan duramente á Luis; aquel duque de Nemours, Jacobo de Ar-

magnac, instigador poderoso de la guerra titulada del bien público, que sucumbió inmolado á la sañuda venganza del monarca en París, y regando con su sangre las cabezas de sus dos hijos, niños inocentes, mandados colocar bajo el patíbulo y cerca del tajo para este infame propósito; aquel duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que retuvo prisionero en Perona á Su Alteza Real; que le obligó á dirigirse contra los Liegenses, sublevados á sugestion suya; y que pretendiendo trocar su corona por los fueros Reales en el apogeo de su grandeza, y teniendo contra sí á la Providencia, que confunde á los ensoberbecidos con la prosperidad mundana, fué á estrellar su hinchazon como la ola contra Nancy, escollo imprevisto á su insensato orgullo.

Aquellos homenajes iban dirigidos á un aldeano calabrés, que desde su juventud vivió sepulto en el yermo; más con la pureza de los ángeles que como humano sér.

La fama de su santidad incitó á muchos aspirantes á la perfeccion para que buscando al cenobita le elijieran por maestro y guia en la vida monástica, y el siervo de Dios, aceptando tan santo ministerio, trazó la regla de los mínimos, y con la Pontificia autoridad y la cooperacion de los fieles alzó en Italia multitud de conventos de su órden; estendiéndose por Europa la noticia de sus preclaras virtudes, la edificacion de sus evangélicas tareas, y el asombro de los milagros

que á su intercesion obraba la diestra Omnipotente.

El Rey Luis, atacado en 1481 de un repentino é intenso acceso de epilepsia, estuvo algunos dias privado de conocimiento, y su cabeza quedó resentida de tan rudo golpe. Recayó en tan cruel dolencia algunos meses despues, y su cronista Commines y du Bouchage prometieron en su nombre una peregrinacion á San Cláudio, voto que fué cumplido en el año 1482.

«Jamás se vió semejante peregrino: (dice el historiador Mezeray) el país que atravesaba se resentía hartó de tales devociones: marchaba acompañado de seis mil hombres de guerra, y dejando siempre algun rastro funesto de su paso.»

Desesperanzado de su alivio, y sediento de vida cuanto más sentía inmediato su fin, acojió con avidez las nuevas de los prodigios, alcanzados por las oraciones del fundador de los Mínimos calabreses, y congratulándose de interesarle por los alhagos, favores y honras, como á los próceres que le habian vendido hasta su honor, le escribió para que viniese á Francia, señalándole en el parque de Plessis-les-Tours, y en las cercanías del castillo de Amboise, terreno para edificar dos conventos de su órden, y comprometiéndose á erigirlos á su costa con la suntuosidad más extraordinaria.

El 24 de Abril llegó el Santo Fundador al castillo real, recibido por toda su travesía proce-

sionalmente; festejado con una ostentacion régia, y adorado por el pueblo, que tuvo lugar de asistir á vários sucesos maravillosos en que el poder de Dios secundó el ruego de su escogido.

Mezeray nos presenta los mediös de que se valía Luis para realizar su loca esperanza: «le lisongeaba; (dice) le importunaba á ruegos, llegando á hincar las rodillas en su presencia.» «El varon apostólico, (añade el citado historiador) verdadero siervo de Dios, é ignorando el arte de adular, limitaba su respuesta á hablarle de su salvacion; exhortándole á pensar más en la eterna vida que en la perecedera.»

Este ilustre monge debía figurar en los augustos fástos de la santidad con el venerando nombre de Francisco de Páula.

Al llegar el asceta y Oliveros al fin de la escalera que conducía á los corredores del ala principal, apareció trémulo y presuroso Doyac, salido como *El Gamo* de la hez del populacho, y aun más indigno que el gentil-hombre-rasurador por sus inícuas delaciones, y rastreras mañas.

—Gracias á Dios que llegais (esclamó respirando con muestras de fatiga). Su Alteza está furioso; jurando contra su compadre; maldiciendo al señor Coctier que le exaspera sin caridad, y ajitándose en el lecho con una impaciencia convulsiva.

—Aquí le traigo su remedio, compadre Do-

yac, replicó *el Gamo* con sonrisa siniestra; parodiando según su costumbre la familiaridad y aire hipócrita de su dueño, y señalando al respetable fundador de los Mínimos.

—Vamos, señores, donde me llaman en nombre de mi carácter, repuso San Francisco con magestad; cortando el diálogo entre personajes que repugnaban á su índole recta y pura.

A corto trecho de la galería donde se hallaba el aposento real cerró el paso al digno sacerdote un hombre ceñudo y altanero, en traje doctoral de la facultad médica de París; fisonomía torva y gesto de amarga burla; modales bruscos, y aspecto de insultante superioridad.

Esta criatura repelente era Santiago Coccier, médico, ó mejor dicho, tirano de Luis Onceno; el único en Francia que tenía derecho de burlarse de las iras del temido Soberano; el solo hombre que se divertía en jugar con el rayo de su cólera;teniéndole sometido por el miedo de la muerte, y esclavizado á su ciencia, cuyos auxilios combatían cuidadosos un mal, siempre inminente en sus amagos.

*—Fraile, dijo con brutal llaneza el doctor al heremita, explota la mina, como yo lo hago, y promete vida á ese diablo de rey que no quiere morir. Por cada dia de más que le otorgues de parte de Dios, te alzaré cien conventos, mayores que *Notre-Dame* (Nuestra Señora); pero ten cuidado con los vaticinios; porque ó yo soy un men-

tecato, ó ese canalla coronado no verá caer las hojas del otoño.

—Hermano, respondió San Francisco con entereza, yo no vendo los tesoros de Dios ni poseo una ciencia que envilecer ansioso de un torpe lucro. Los conventos son casas del Señor, y no nuestras: á él, no á mí, los eleva la piedad. El rey conocerá el estío del año próximo.

Coctier se encogió de hombros, frunciendo con desden el lábio inferior, y continuando su interrumpido camino. El ministro de los altares con los favoritos de Luis llegaron á la estancia régia guardada por el hosco Tristan.

Escuchábase la voz nasal y quejumbrosa de Luis que exclamaba:—«Pascua de Dios...! Todos me abandonan.... Nadie viene cuando le llamé.... Y vivo aun, por nuestra Señora de Clery, y ya se me desobedece....»

—Entrad, señor (dijo en alta voz el seide del vengativo monarca). Su Alteza está deseoso de veros, y espera vuestra consoladora eficacia en su alivio.

Y abrió la pesada puerta de la cámara para permitir el ingreso del Santo Fundador.

—Tristan, Tristan; ¿quién anda ahí? preguntó con acento ágrio y dura inflexion el achacoso rey.

—El venerable Francisco de Paula, respondió el arredrador compadre, procurando inútilmente dar un eco meloso á su ápero tono.

—Gracias á Dios, exclamó alborozado Luis.

Adelante, padre mió, y dispensad á un pobre enfermo que no vaya á racibiros, y á besar humilde vuestras sandalias.

Nada más repugnante que el rostro amarillento, desecado y rugoso del Undécimo Luis, frunciéndose en el esfuerzo de una sonrisa que pugnaba por adquirir la expresion del agasajo sin lograr más que una mueca grotesca de júbilo, en contraste con la mirada cruel de la saña impotente, la contraccion de una irascibilidad biliosa, y la desesperacion de un codicioso anhelo, en perenne riesgo de frustrarse.

La capuchina parda, ceñida á la cabeza, y sobre la que el Soberano francés solía llevar la gorra de pico, con la medalla de plomo de Nuestra Señora, formaba un marco lúgubre á su fisonomía cadavérica; y el blanco amarillento de aquella tez empañada hacía más fulgurantes los relámpagos de vida, despedidos de aquellos ojuelos feroces y resplandecientes.

San Francisco no pudo contener un gesto, entre dolorido y horrorizado, á la vista de aquella magestad humana, debatiéndose en penosa lucha con el mal; aferrada á la vida con una ansiedad frenética, y estremecida ante la muerte cual ante las puertas del infierno.

El venerable siervo de Dios habia recibido las confesiones de aquel extraño penitente y penetrado en los pliegues más recónditos de aquel corazon, como en las fragosas sinuosidades de tenebrosa caverna.

San Francisco, sabía el pormenor de aquellos dias políticos, votados á la maña y al perenne fraude en pró del pensamiento de dominar sin competencia; y además de los crímenes que denuncia la historia, el asceta era depositario de secretos, que harian estremecer si el sigilo confesional hubiera permitido su revelacion.

Luis señaló con un ademan obsequioso el sillón próximo á su lecho al Fundador calabrés, quien se excusó, confundido por tanta afectuosidad.

—Siéntate, Padre mio, (esclamó el monarca con acento halagüeño) y escúchame con menos prevencion que estos dias.

—Señor, yo creo que mi conducta.....

—Es la de un siervo de Dios; (interrumpió el astuto Soberano con afectada humildad) y más bondadosa con quien tan poco merece las atenciones de varon tan ilustre y santo.

—Señor, (repuso San Francisco tranquilamente) del polvo nació el hombre; y lo que fué nada es algo por la divina voluntad; y de ella son la causa y todos sus efectos.

—Admirable, Padre mio, admirable cuanto sale de tu boca; y por Nuestra Señora de Clery que tu elocuencia es el bálsamo más propio para calmar mis dolores, y mitigar mis atroces angustias..... porque, Francisco, yo sufro incalculablemente; y tan malo, tan indigno, tan pecador como sabes que soy, todavía si comprendieran cuánto padezco, me tendrían lástima mis propios enemigos.

Y esta vez la conmoción de Luis era positiva, y una lágrima de hiel se deslizaba por su mejilla lívida y angulosa.

—¿Se siente más grave Vuestra Alteza? preguntó con triste interés el santo monge.

—La fiebre continúa en su intensidad, y amenazando devorarme, (contestó el Rey con voz sorda, y transido del hielo del terror). Temo la muerte, padre mio, no por ser el final de los humanos destinos, ni por la medrosa expectativa de la eternidad, cuando tengo tiempo de prepararme, como hijo fiel de la Iglesia; y yá he conciliado mi espíritu con las prácticas de nuestra divina religion. Temo la muerte, porque ella, hiéndome ahora, hace inútil mi vida, empleada en elevar el estandarte real sobre tantos pendones rebeldes, en adornar la corona de San Luis con florones espléndidos. Temo la muerte, porque yo heredé una monarquía imaginaria, comprometida por la imprudencia y las temeridades de Felipe Sexto; arruinada por el Rey Juan, reconstruida por el génio de Cárlos Quinto, pero hecha pedazos por el demente Cárlos Sexto, mi abuelo, y legada en el desórden y la anarquía por mi padre.... Yo he consagrado á consolidar el poder todos los instantes de mi existencia; yo he usado todo género de armas contra adversarios tenaces y poderosos de mi constante fin; yo he manchado mi fé, mi honra, mi alma, por llegar á la codiciada meta; y cuando el talento, la astucia, la perseverancia, la fuerza, hasta

el crimen, me ponían al alcance de mi objeto, cuando en diez, en cinco años de vida, padre mio, realizaba el sueño más grandioso de la humana ambición, hé aquí que me hiere la mano Todopoderosa, y escoje para herirme el momento en que los obstáculos están removidos, y estampo mi huella en el sendero que conduce al triunfo.

—Adoremos la mano que nos traza el camino de esta breve peregrinacion. Señor, si fuere amargo el cáliz, decid como Jesus al Eterno Padre: *«Hágase en mí segun tu voluntad, no segun la mia.»*

—Eso es muy bello, venerable Pastor; sublime; magnífico; dijo el Soberano con mal reprimida impaciencia) pero se trata de que Luis Onceno de Francia ¡Pascua de Dios! *no sabe* resignarse á morir cualquier dia como uno de tantos canallas del *popular*, cifra perdida en el confuso cálculo de la multitud.

—Señor, (esclamó San Francisco, revistiéndose de enérgica dignidad) no cometaís el sacrilegio de medir la voluntad divina al nivel de los humanos cálculos, ni pretendáis llevar al tribunal de Dios los vanos respetos de la tierra, como título de vuestras pretensiones.

—En fin, (replicó disimulando su contrariedad Luis) la piedad del Señor es inmensa, y quien á ella recurre con fé, difícilmente deja de experimentar misericordia. Yo siento el mal de la muerte, y lloro como Ezequías, invocando la

clemencia del Dios de David, que oye mi oracion y vé mis lágrimas.... Vamos, nuevo Isaías, ¿no puede concederme el Todopoderoso quince años más de existencia?.... ¿No podrá retroceder la sombra diez líneas en mi cuadrante en símbolo de ser acepto mi voto?

—Ezequías se encomendó á la bondad divina sin género alguno de exigencia, señor; y alargar el plazo de sus dias fué un rasgo del favor eterno. Orad, y poned vuestra esperanza en el Omnipotente, que sabe mejor que vos mismo lo que conviene á vuestro interés.

—Soy un gusano en la presencia del Creador de tierra y cielo, (continó con hipócrita compuncion Su Alteza) pero aunque mísero y plagado de vicios, venerable siervo de Dios, he sido un brioso paladin de la fé católica, y un bienhechor constante de la Iglesia.... Su Santidad Paulo II ha confirmado en mí el dictado de *Cristianísimo*, dado antes á mis predecesores, sin prescripcion de título en forma. Yo sacrifiqué á la Beatitud de Paulo II esa pragmática insurgente, mantenida con pertinacia por la Universidad y el Parlamento. Yo he glorificado al Arcángel San Miguel, instituyendo bajo su bendita advocacion una ilustre orden de caballería. Yo he fomentado la devocion de los santos, enriqueciendo su culto con dones cuantiosos. No hay santuario de Nuestra Señora que no tenga pródigas muestras de mi liberalidad; ni ermita que no haya merecido con mi peregrinaje larguezas y alhajas. Mia es

la Ordenanza de 1472, 1.º de mayo, que al toque del medio día obliga á ponerse de hinojos á todos mis vasallos, recitando el Ave Maria en honra de la Madre de Dios. Mios son esos decretos de 8 de Enero de 1476, que convoca á concilios reiterados á los Pastores de la Iglesia Galicana, para la estirpacion de herejías, correccion de abusos simoníacos, y guerras contra los infieles que amagan á la cristiandad; el edicto de 25 de Enero del propio año para que las diócesis y beneficios no sean abandonados por los proveidos, contra la mente de los fundadores, y las necesidades de la cura de almas; el de 3 de Setiembre, que reduce al tenor de sus santas reglas al Cister, á Cartuja y á las cuatro órdenes mendicantes. Al simple ruego del Legado Pontificio he devuelto su libertad al Cardenal de la Balüe, ministro traidor, causa de la ignominia de Verona, y que purgaba su deslealtad en una jáula de hierro en la Bastilla....

—¿Y adónde vá á parar esa enumeracion? interrogó el asceta de Calabria con intencionada sencillez.

—En que si pide un Isaias al Señor prolongue el plazo, demarcado á este Ezequías, no le faltarán títulos en qué fundar sus votos, respondió con una sonrisa indefinible Luis Onceno, incorporándose en el lecho á impulso de una sobrecitacion nerviosa.

—No entiendo á V. A.

—Me entenderás ahora, dijo el rey moviendo

la cabeza en signo malicioso, y acercándose al sillón en que había por fin tomado asiento el Fundador de los Mínimos.

—Ya escucho, replicó este, fijando los ojos en el suelo, é introduciendo las manos en las mangas del hábito, cruzados los brazos.

—Vosotros, los enteramente consagrados al Señor, (prosiguió Luis con su pérfida dulcedumbre) no comprendéis lo que cuesta preparar una situación, ambicionada por mucho tiempo, y contra un sin número de óbices, como me ha sucedido con la preponderancia real sobre las rebeldías procerales. Así es, que cuando el objeto empieza á conseguirse, la idea de la muerte no es yá dejar inconcluso el propósito que ha sido el constante pensamiento de vuestros días y el sueño de vuestras noches: es haber vivido inútilmente, Padre mio: es haber perseguido un fantasma: es haber acumulado tareas, manejos y hasta delitos, para apoderaros de una ráfaga de humo, que sube, sube, impalpable á vuestra mano codiciosa.....

—*Militia est vita hominis super terram*, concluyó el religioso, exhalando un profundo suspiro.

—Mira, Francisco; (añadió el doliente Soberano en un acceso de íntima familiaridad) yo dejó un Delfín inepto, educado léjos de la esfera del poder, y á quien no he tenido tiempo de iniciar en los secretos del mando. Orleans ha llegado hasta dudar de lo legítimo de su nacimiento, y practicó informaciones en su consecuencia. Mi hija Ana no

es feliz con el Señor de Beaujen, y el día que yo falte su desgracia tocará á su colmo. Juana idolatra al duque de Orleans, quien la manifiesta aversion; y si no fuera porque yo existo, un insultante divorcio habría puesto fin á ese enlace, con que mi política enfrenó los sediciosos conatos del duque. Hay en Francia muchos que devoran en silencio su encono por mis golpes de mano: muchos que permanecen tranquilos por que me conocen: muchos que acechan la ocasion de vengar sus agravios en mis hechuras, tan pronto como carezcan de mi proteccion; y por eso, Padre, (añadió Luis con acerba ironía) yo he sabido escojer instrumentos que sirviesen á mis fines, y cuya destruccion importára un bledo el día que yo no pudiera manejarlos yá. Me han sido estremadamente útiles; pero, ¿qué pierde el mundo cuando ahorquen á Tristan, el *Heremita*, azoten al señor Oliveros, el *Gamo*, ó conduzcan á Mont-faucon al compadre Doyac.....?

San Francisco se estremeció al oir tan cínica confidencia. «Luis (como dice Commines) era «imprudente en sus raras expansiones, y en su «alegría y buen humor se revelaba peor que aun «era.»

—Todo se logra con la fé, Padre mio, (siguió S. A. con creciente animacion) y yo he colocado en tí mi confianza, como intercesor y medianero con la divina Providencia.... ¿Me negarás la eficacia de tus oraciones, y el apoyo de tu valimiento, respetable Pastor?

—De ningun modo, Señor, (dijo el Santo con entereza) y no esperé por cierto á que V. A. lo mandara; sino que lo hice por gratitud, como por deber de súbdito...

—No basta, siervo de Dios, no basta, (interrompio el Rey con anhelante premura); y la prueba de que te falta entera intencion y decidida voluntad es que no toco el apetecido resultado de recobrar la salud.

—Señor, (repuso el fundador de los Mínimos, mortificado visiblemente por tan insistente asedio), todo el clero y las órdenes monásticas de Francia claman en sus oraciones «*Dómine, salvum fac regem*» y yo uno mi voz á las suyas. Dios no tiene favoritos como los reyes de la tierra, y ¿quién osa juzgar los altos designios de su infinita sabiduría, ni mezclarse en los decretos inescrutables de su escelso padre?

—Escusas vanas, monge: (esclamó el hijo de Carlos VII sintiendo hervir la ira, impuro fermento de aquel dañado corazon) y notable ingratitud á mi predileccion amorosa. Tú eres un santo hombre, querido de Dios como los Profetas que anunciaban á Israel de su parte, yá el castigo de sus idolatrías, yá el perdon de su espiciada iniquidad. Tú, á semejanza de los Apóstoles, has recibido al Espíritu Santo y el don de los prodigios. Tú suspendes las leyes inmutables de la naturaleza por la gracia de tus virtudes, agradables al Señor. Tú has dado vista á los ojos que nunca vieron la luz: contusiones horribles

ni han dejado huellas á tu simple tacto: enfermedades sin cura han desaparecido á la bendición de tu diestra: almas presas entre las garras del demonio volvieron á las vías de la salvación á efecto de tu influjo: tus predicciones se han cumplido como leyes de la eternidad: el atahud ha quedado vacío á tu mandato de vida, y el sepulcro abrió sus pesadas puertas para la resurrección que tu voz intimára á nuevos Lázaros... Inútil es que niegues estos portentos, que te valen la nombradía de bienaventurado, y que te aseguran un pedestal deslumbrador sobre las católicas áras.

—¿Me pide V. A. un milagro?

—Te lo exijo, Francisco de Paula; (contestó Luis con eco sordo, y esforzándose en contener su agitación) porque el triste privilegio de mandar á los hombres me ha dado la clave de la experiencia, y sé que un milagro en favor mio puede ser un título excelente para tu santa ambición.....

—Mi ambición, repitió San Francisco con sonrisa melancólica pero dulce y compasiva hacia el que le acusaba de interés terreno en su carrera de abnegación y de sacrificios.

—Tu ambición de corresponder á los favores divinos; (corrigió el Rey, temeroso de ofender al asceta) tu ambición de llegar al tipo de las almas en que la Omnipotencia se complace. Haz el milagro que te pido, y verás que el Rey *Cristianísimo* no tiene que envidiar poder ni influencia á

ese aleman que titulan Emperador de Occidente: haz por mí lo que has hecho por hombres oscuros y gentes vulgares, y por la cruz de San Ló d'Angers que probarás que no soy un ingrato para los que me obligan. Tu orden será estendida por la Europa sobre todos los institutos religiosos, y sus conventos, dotados pródigamente por una ampliacion de la regla, sobrepujarán á los Alcázares de los Príncipes....

Un relámpago de santa indignacion brilló en las pupilas del varon de la humildad y la pobreza evangélicas.

—Además (insistió Luis, redoblando la inflexion halagüeña de su acento) la púrpura de Buenaventura y Ramon Nonnato hará más espléndido ese tosco sayal. La marina de los reyes y repúblicas dará pasaje honorífico á tus misioneros, y las cartas de las potencias de primer orden en Occidente pondrán á salvo en el Asia y el Africa las vidas de tus celosos predicadores. Recordaré que mis antepasados arrebataron á Roma la Silla Pontificia para establecerla en Avignon, y que devuelto á la capital del mundo el Sumo Sacerdocio el Sacro Colegio se mostró obediente á la insinuacion de la Francia; y si llega el caso, Francisco, quien te dispute la tiara, no podrá humanamente luchar con Nos, que asimos por cetro el fiel de la balanza de los destinos del continente europeo...

San Francisco se levantó con exaltacion vehemente, como el Apóstol Pedro al escuchar la

proposicion sacrílega de Simon Mago.

—Y por último (se apresuró á decir el monarca) en trueque de la gracia que te demando llegaré hasta interponer mi mediacion poderosa para que disfrutes uno de esos singulares privilegios que hacen fasto en los anales del mundo. Francisco de Asís fué canonizado poco despues de su glorioso tránsito á las mansiones inmortales: Francisco de Paula, aun en vida, se declarará por el Vicario de Cristo en la gerarquía de los santos, y el incienso humeará ante su efigie, y doblará la rodilla en su adoracion el pueblo cristiano....

—Señor, (esclamó el Fundador de Calabria, estendiendo la mano en indicio de su cólera, y con voz severa) Jesus fué conducido por el espíritu de las tinieblas sobre el templo de Jerusalem, y desde allí vió las grandezas é imperios de la humanidad, mientras el tentador le decía:—«*Todo esto será tuyo si doblando la cerviz consientes en adorarme;*» pero el Hijo de Dios le dió una respuesta que debe ser la mía á vuestras proposiciones: «*Anda, Satanás: está escrito: solo á Dios, tu Señor, debes adorar y servir.*»

Y dichas estas palabras con entonacion magestuosa, que dejó mudo y helado al artificioso Soberano francés, el venerable siervo del Señor abandonó con paso mesurado la régia estancia y salió, justamente sentido, de la espantable y sombría fortaleza de Plessis-les-Tours.

XVII.

SALUS INFIRMORUM.

(CUENTO BLANCO.)

El sol vá á hundirse en ocaso, y las melancólicas tintas de sus rayos postreros franjean el confin del horizonte en que gradualmente se pierde; reflejando sus fulgores moribundos en los edificios elevados de la poética Sevilla, y sobre todo en su magnífica Giralda, penacho orgulloso de su brillante corona mural.

Abril impera en el Eden andaluz, y á su influjo risueño sonríe una naturaleza pródiga de encantos, y que en su fecundidad y hermosura ofrece á la memoria la idea de aquel Paraiso delicioso, testigo de la bondad divina y de la ingratitud humana.

Las brisas de la tarde impregnan la tierra de húmedos vapores que hacen al reino de Flora

exhalar sus perfumes; recojiendo la atmósfera el ámbar embriagador de tantos aromas suaves. La flor de los acopados naranjos, tan abundantes en la Reina del Guadalquivir, embalsama el ambiente con sus delicados efluvios, y un áura tibia y recreadora escita el ánimo al bienestar, y comunica á los semblantes la belleza de la expansion.

El patio, llamado *de los Naranjos*, en nuestra famosa Catedral, es sin duda uno de los sitios más imponentemente melancólicos que pueda desear el espíritu, propenso á la emoción triste y á la impresion lánguida. Atrio silencioso del templo, por un lado le recortan las arcadas, las agujas bizantinas, las cúpulás, ojivas, y claraboyas alambradas, que guarecen las pinturas en vidrio; por otro sirve como de plaza de armas á la elevada torre, que se lanza atrevida al espacio, rica con el curso de dos arquitecturas; le limita el cláustro, que conduce de la *Puerta del Lagarto* á la Biblioteca Colombina, obscuro y sombrío; contiene el púlpito en que enseñaron al pueblo Vicente Ferrer, Juan de Ávila y Fernando de Contreras; incluye en su recinto una sala para la exposicion de cadáveres, libro en que las páginas de la muerte confunden las vanas pompas de la vida. Las calles de naranjos sirven de tránsitos frescos y umbrosos á la mansion divina, y una fuente espaciosa eleva saltando su limpio raudal; con ese murmullo monótono que escita una especie de somnolencia voluptuosa. La lin-

da capilla de Jesús del Perdon, situada en el pórtico y circuida de verjas, ostenta las piedades del cielo y el reconocimiento de los favorecidos, en las ofrendas piadosas que adornan sus muros; y amantes devotos de la sagrada imagen se suceden en su adoracion desde que al albor de la mañana se abren las puertas del templo hasta que al morir el dia se intercepta el paso del santuario.

Era el año de 1556 de la era cristiana: era gloriosa para la monarquía de Ataulfo, patrimonio de la casa de Hapsburgo, asentada sobre el trono de Cárlo-Magno, y esclarecida por el esplendor heróico de Cárlos Quinto.

España brillaba por su piedad tanto como por su valor; y dueña de una nueva parte del globo merecía que el Señor la escogiera para iluminarla con la eterna luz del Evangelio.

Sevilla, entre todas las capitales ibéricas, se distinguía por su espíritu religioso, por la grandiosidad de sus cultos, y su especial devocion á la Virgen María de cuya Inmaculada Concepcion se constituía acérrima defensora en la disputa teológica, sostenida sobre este punto, hoy decidido por la Apostólica Sede.

La nobleza hispalense emulaba en fundaciones pías, y varones insignes en letras y en virtudes aumentaban el crédito de religiosidad de la ciudad ilustre, que acometia empresas memorables en honor de Dios y favor del prógimo, como las redenciones inolvidables del Venerable Fer-

nando de Contreras, que al paso que sacaba de cautividad á los infelices cristianos, aherrojados en penosa servidumbre en Tetuan, Fez, Argel y Túnez, convertia al catolicismo á infinitos sectarios de Mahoma, y descendientes del pueblo deicida.

Dos eclesiásticos oraban fervorosamente ante la capilla de Nuestro Padre Jesús del Perdon, y terminado su ruego habíanse levantado á la vez, saludándose corteses, y disponiéndose á proseguir su paseo por las gradas, cuando llamó su atencion un anciano sacerdote, de aspecto trastornado; trémulo; los ojos errantes en las dilatadas órbitas; enrojecida la téz por el calor de la sofocacion; la boca entreabierta; jadeante; los lábios bañados de una baba sanguinolenta y espumosa; el andar presuroso y á traspies como el de los ébrios; el sombrero en la convulsa diestra, y el manteo recogido en la siniestra con un crispamiento nervioso.

—Padre Contreras, exclamó uno de los eclesiásticos alarmado, ¿qué os sucede?

El Padre Contreras continuó su camino en direccion á la puerta *del Lagarto*, sin parecer apercibirse del interés que causaba la violenta escitacion, de que ofrecía tan marcados testimonios.

—¿Qué tendrá el buen anciano? preguntó ansiosamente á su compañero.

—No alcanzo á penetrarlo, respondió el otro eclesiástico confuso; pero nunca lo he visto así;

pues la paz de las almas justas resplandeció siempre en su semblante.

—Dicen que desde la cuarta redencion en Fez el respetable siervo de Dios padece una opresion en los órganos respiratorios.

—Tal vez sufra un ataque de esa terrible dolencia, y sería bien que fuéramos en su auxilio.

—Vamos.

Y nuestros interlocutores siguieron la ruta emprendida por el anciano, en álas de su interés por la humanidad, y especialmente por el varon evangélico que constituía entonces el lustre y ornamento de la Iglesia Sevillana.

El padre Contreras fué desde sus más tiernos años el ejemplo y la edificacion de su ciudad natal. Resignó el beneficio á cuyo título se ordenara para vivir en la pobreza de los Apóstoles. Visitaba los hospitales como un ángel consolador. En el hambre de 1506 y en la peste de 1508 su ministerio de caridad y celosa providencia le captaron una reputacion inmarcesible; tan desprovisto de ambicion su conato benéfico, que al ofrecerle un pingüe beneficio por estas tareas el Ilmo. Sr. Deza, Arzobispo de esta Metrópoli, replicó con afable sonrisa: «*Señor, ¿en qué he deservido á V. S. I. que me quiere dar beneficio?*» Destinado por el eminente Cardenal Cisneros al Colegio de San Ildefonso en Alcalá de Henares, estudió la ciencia teológica con aprovechamiento

singular, haciéndose particular amigo de Santo Tomás de Villanueva, hijo de aquellas áulas. Habiendo regresado á su pátria en 1526, el Padre Contreras acometió el dificultoso y espuesto designio de redimir niños cristianos de poder de los infieles y entonces tuvieron lugar esas redenciones famosas, en que el báculo del Venerable Sacerdote quedó en prenda de millares de escudos, adeudados en el rescate á los beyes de Argel y Fez, y aquella série de favores divinos que en el mar le salvó de las borrascas y los corsarios, y en las playas africanas de la ferocidad y el enconado fanatismo de aquellas indómitas gentes.

El Padre Contreras era pues de esos hombres extraordinarios, que ni aun consideran suya la vida que reciben; sino que cifrando sus destinos en el servicio incansable del Señor y el bien de la humanidad, consagran á esta causa los dias de su existencia con la sumision del operario en una inescusable faena, con el ardor del génio que realiza sus pasmosas creaciones.

El Padre Contreras sufría incalculablemente de resultas de sus fatigosas excursiones y de un ahogúo, que en más de una ocasion le condujera á los umbrales del sepulcro; y en la hora en que le presentamos al lector, atravesando angustiosamente el patio de los Naranjos, su mal ha subido tan de punto, que los consternadores síntomas de una lenta asfixia le conducen mori-

bundo, y en el esfuerzo supremo de la agonía, al pie de los altares.

Anduvo un trecho por la Catedral. El aire tranquilo y balsámico del templo parecía más pesado que el exterior á sus órganos casi obstruidos. Sus sienes latían con violencia, batiendo como próximas á estallar... Llegaba á su garganta un cuerpo áspero y ardiente, que bullía como un pez en la superficie del agua, y tornaba á descender á su agitado pecho.... El instinto de la vida le impulsó de nuevo á vencer el marasmo y con paso mal seguro llegó hasta el respaldo del altar mayor, frente á una imágen de nuestra Señora....

Allí sintió las ánsias de la muerte en toda su acerba intensidad... Faltó la vista á sus inyectados ojos... Un sordo zumbido aturdió su cabeza... Un dogal de hierro oprimió sus fáuces... Su pecho se dilató sin aliento... Cayó de rodillas, y abriendo los ojos desmesuradamente agotó todas sus fuerzas para esclamar con voz ronca y cavernosa: «*Dadme reposo, Virgen Santísima.*»

En el propio instante una basca terrible hizo arrojar por la boca una culebra de cerca de un palmo de longitud, que entre un vómito de sangre infecta se revolvía con estertores penosos; quedando el paciente en la sabrosa calma de quien vuelve á la vida por milagro.

—Padre Contreras, aquí estamos, dijo uno de

los eclesiásticos que acudían presurosos en su ayuda.

—Hermanos míos, exclamó el anciano sacerdote, demos gracias á esta Señora que se digna recordar conmigo su título sagrado de *Salus infirmorum*.

XVIII.

ROSA MIRALL.

(CUENTO NEGRO.)

Era segundo día de la imponderable feria de Abril en la privilegiada metrópoli de la baja Andalucía, y el cielo entoldado por densos nubarrones amagaba con uno de esos aguaceros, que llaman *de oro* los tratantes porque activan los negocios con las esperanzas de una feliz cosecha y las garantías de pastos para el ganado, traído á contratacion á las orillas del caudaloso Guadalquivir.

La mañana estaba deliciosa, contribuyendo á su encanto la fresca temperatura que embalsamada por los azahares de las huertas y jardines de aquellos contornos dilatava el pecho, recreando á la vez el olfato, y una llovizna menuda y espesa se encargaba por intervalos de regar los ar-

recifes, sentando el polvo y concentrando á la gente en las tiendas de campaña, recelosa de mayores efectos del temporal.

En compañía de dos amigos discurría yo por una de las avenidas del real, donde se extendía una hilera de casillas elegantes, vistosamente adornadas, excusando graciosas invitaciones para descansar un rato en grata sociedad, cuando un sereno rocío de las nubes nos precisó á buscar refugio en la tienda del marqués de H..*, ocupada por un círculo masculino en aquella hora.

Después de los saludos y de las bromas que autoriza la confianza entre hombres solos, se nos sirvieron bizcochos mallorquines y un Jerez que representaba dignamente las famosas bodegas de Garvey; completando el obsequio con unos vegueros de la vuelta de abajo, que nos hicieron meditar en las tristes resultas de la pérdida de nuestras Antillas, si esta fuera posible mientras aliente un español amante de su patria.

La Correspondencia de España estaba sobre una mesa próxima, y uno de mis amigos, jóven letrado de bien sentada reputacion, se apoderó del popular periódico, repasando sus várias y breves noticias con esa curiosidad sin interés que escitan los diarios callejeros; fijándose en un suelto de la primera plana, que me señaló al alargarme el número, diciéndome:

—A propósito de lo que hablamos acerca de indultos. Lee esa nota de la tercera columna.

Yo obedecí la indicacion de mi amigo, le-

yendo en alta voz la nota, que decía así:

«Ha sido conmutado en destierro el resto de su condena de doce años de reclusion á Rosa Mirall y Puig, sentenciada por el tribunal superior de Valencia en causa por homicidio de Pascual Sos, previos favorables informes de la interesada por la direccion de establecimientos penales, y habiendo mediado el tiempo de su condena en la casa—galera de Cataluña.»

—Y van treinta casos por lo menos, concluyó mi amigo con exaltada contrariedad.

—¡Ojalá todos fueran iguales á ese! exclamó un caballero de simpática figura y de noble aspecto, sentado á la derecha del marqués.

—¿Conoce usted á la interesada? preguntó mi amigo afectuosamente.

—Estaba yo destinado en Alicante cuando tuvo lugar el suceso, que circuló por todos los periódicos de España en razon al interés dramático del hecho y á la singularidad de sus pormenores.

—Rosa Mirall y Puig (repetí lentamente, haciendo inútiles esfuerzos de memoria). Yo he oído ese nombre, ligado á alguna notable historia jurídica. Pero no me acuerdo de más, y esto es bien poco.

—En un jurado (añadió el distinguido caballero) no sale condenada la *Chiqueta*, que así llamaban á esa mujer en Alicante; pero encerrados nuestros jueces en los términos sin excusa de la ley escrita, no hubo más que condenarla con ciertas alteraciones.

—¿Y vale algo la *Chiqueta* como muger? preguntó curiosamente un atildado pollo.

—Era una muchacha de hermosa figura (contestó el caballero), si bien de una traza más viril que femenina, pero esbelta, atractiva, de muy buen trato y conducta ejemplar. Tenia un puesto de frutas verdes y secas, legumbres y conservas alimenticias, sin duda el mejor de su especie en Alicante, y la Rosa era un tipo que merecia la atencion de naturales y de forasteros.

—¿Y mató á un hombre esa Amazona? Interrogó el marqués.

—Despachó á un picarillo (respondió el caballero con gesto intencionado.) El tal Pascual Sos era uno de esos alicantinos de alma atravesada, que denuncian la perra sangre morisca, justificando la medida radical de Felipe III con aquella gente.

—Bien podia usted contarnos esa historia, dijo el atildado pollo con insinuacion melíflua.

—Leonart es muy amable, apoyó el marqués, y no nos negará esa gracia.

—Tendria extraordinario placer en ello, expresó mi amigo, el jóven abogado, saludando al señor Leonart.

—No vale la pena de tanto ruego, repuso el cortés narrador, y allá vá el lance, tal cual lo indagué cuidadosamente para remitir una relacion minuciosa á cierto periódico, cuyo director era muy amigo mio. Es el caso.....

—Dame fuego, y comienza tu historia, interrumpió el hospitalario marqués.

—Este señor Leonart es un archivo, encareció el pollo atusándose las guías de unos bigotes apenas perceptibles.

—Al término de la guerra civil (dijo el señor Leonart con expresión sencilla y sin ínfulas de historiógrafo) pidió y obtuvo su licencia absoluta Vicente Mirall, tambor mayor y cantinero del batallón provincial de Alicante; viniendo á dicha ciudad á reunirse con Marieta Puig, su esposa, establecida con el puesto de frutas y legumbres de que antes hice mencion. Vicente era un hombre de porte gallardo y de muchos hígados, con el pecho cubierto de cruces y de cintas, curtido en el trato de gentes de todas clases y sabiendo á su casa y á la de junto, como suele decirse. El hombre traía sendos cuartos de la campaña y necesidad de reposo después de siete años de romperse los huesos en las Encartaciones, en Navarra, en el Maestrazgo y en Cataluña, expuesto á cada hora á enfriar una bala con el pecho, á que lo pescaran los *chapelchurris* ó los *nois*, peores que los mismos diablos, ó á perder en una jornada brazo, pierna, ojo ú cosa por el estilo.

—Lo que no le habia sucedido por fortuna, observó el marqués, aprovechando la pausa de la narrativa.

—Mirall encontró bien dirigido el pequeño tráfico de Marieta, y conociendo que valia más

seguir fomentándole que emprender otro nuevo, se aplicó á ir aumentando poco á poco los *ren-glones* del establecimiento, cual se dice en estilo mercantil; llegando á montar el puestecito á modo de una abacería, sin exterioridades que desnaturalizaran su primitivo aspecto; pero acreciendo sus productos y elevando la cifra de sus marchantes, á fuerza de esmero en los artículos, servicialidad con la parroquia, y constante asistencia de los consortes en la preciosa tiendecita.

—Parece que se lee una novela, exclamó el pollo, lisongeando á Leonart con aquella estemporánea frase.

—Vicente quiso que su hija Rosa recibiera una educacion de que carecia su madre, y la puso de interna en un beaterio, costeándole ramos que no entraban en la enseñanza de aquel instituto; porque no teniendo otro hijo, calculaba que la gerencia de los negocios habia de recaer en ella precisamente, y convenia que supiera gobernarse por sí, independiente de auxilios extraños y en aptitud de adelantar sus asuntos. Marieta enfermó en 1848, y fué tirando trabajosamente hasta el invierno de 1850, en que abandonó este valle de lágrimas, y entonces Mirall sacó del beaterio á la Rosa, que efectivamente lo parecia, muchacha de doce años, dispuesta y aventajada, y la aplicó en lugar de su madre al despacho del puesto, reconociendo que era una alhaja la chica por su despejo y atractivo particular.

—La heroína habia nacido en 1838, consignó el marqués con aire de solemnidad algo intempestivo.

—La *Chiqueta* (prosiguió Leonart) creció en gracias y en desembarazo, aunque parecía una amazona, y en medio de su afabilidad y de su comedimiento, que elogiaban todos, aquellas cejas que se fruncian alguna vez en contraccion fosca, aquella mirada fija y penetrante, y aquel bozo de seda, que en su lábio superior y en sus mejillas indicaba un pujo de barba varonil, retraian de la admiracion de semejante hermosura á los muchos partidarios del verdadero y delicioso tipo de la mujer.

—Perfectamente explicado, manifestó mi amigo, el jurisconsulto, con explícita y veraz aprobacion.

—A los quince años Rosa era una de las muchachas notables por su físico en Alicante, país de las hembras guapas y con garabato, y ya comprenderán ustedes que á la vista del público por razon de oficio, vestida con ciertas pretensiones, de buen palmito y formas elegantes, y con una parla melosa y de suave insinuacion, no faltarian golosos, moscones, ni pretendientes, apesar de que el padre era una especie de combinacion de los cien ojos de Árgos con las tres fáuces del Can- cerbero.

—Hay podres atroces, dijo el pollo suspirando y haciéndonos sospechar alguna triste esperiencia de paternidades intransijentes.

—Al cumplir las diez y seis primaveras fijóse en Rosa con más tesón que todos sus adoradores Pascual Sos, jóven de veinte años, hijo del tío Anselmo, el mayoral de la pescadería de Alicante; y el tío Anselmo que era un hombre de pró en la clase plebeya, fué á entenderse con Mirall, y quedó convenido que los chicos se trataran cierto tiempo antes de contraer vínculos, que sacrificaran su libertad al impulso de un efímero antojo, precursor del tardío arrepentimiento. Parece que el Pascual se portó perfectamente una temporada; pero como era de aviesas inclinaciones, al cabo de siete ú ocho meses de arreglo, se enredó en francachela con algunos camaradas de la hoja, como dice Quevedo, y el niño hirió á uno de la comparsa, teniendo que huir hasta que el padre arreglara el asunto, quedando la cosa en algunos meses de cárcel á buen componer.

—Todos los pillos tienen fortuna, dijo el marqués comentando la historia de su simpático amigo.

—Salió Pascual de la cárcel y quiso continuar las relaciones con la *Chiqueta*; pero Vicente dió por roto el compromiso, y fueron inútiles las idas y venidas del tío Anselmo, y las súplicas y protestas del novio deshauciado: obedeciendo Rosa á su padre y no consintiendo en amores furtivos, cual se los propuso el Sos, quizás con el siniestro fin de vengar el desaire con la deshonra de quien se lo hacía.

—Y no piensa usted mal, amigo mio, confir-

mó el pollo con el aplomo peculiar del hombre de mundo.

—El Pascualito (continuó Leonart) así que se persuadió de que no adelantaba paso con el padre ni con la hija, por más que rondaba el puesto, y enviaba recados, y hacía el oso á todas horas del día y de la noche, intentó ahogar los pesares de un amor desgraciado en las agitaciones de una vida tormentosa, y cada vez que tomaba una borrachera se le ponía el vino sobre el corazón, como dice esa gente, y promovía escenas de grande espectáculo en los contornos de la casa de Mirall, que no era hombre de sufrir con paciencia escándalos y osadías; pero que reprimía su genio por evitar disgustos á Rosa y eludir compromisos lamentables.

—El tipo de Pascual Sos abunda por desgracia, dijo uno de los tertulios del marqués.

—Una tarde, estando Vicente solo en el puesto, se plantó delante de la puerta el Pascualito, con una turca soberana, y empezó á insultar á más y mejor al veterano, quien acordándose de lo que habia sido en sus mocedades belicosas, cogió un palo y emprendió á garrotazo limpio con el zascandil hasta ponerlo en fuga; pero el tuno se la tuvo guardada, y una noche, que volvía Mirall de evacuar particulares diligencias, le disparó un trabucazo desde el abrigo de una esquina; hiriéndole en el hombro derecho de cierta gravedad, y escapando después de la hazaña, creído en que habia consumado su inícuo proyecto.

—Ese trabucazo dá cierto color local á la escena, se animó á decir el otro de mis dos camaradas, harto de silencio.

—Nadie habia visto á Sos ejecutar su atentado; pero todas las sospechas recayeron en él, ya porque la conducta de Mirall no autorizaba resentimientos, odios, ni prevenciones antipáticas, ya porque el asesino habia proferido amenazas de muerte en las escitaciones continuas de una embriaguez habitual. A mayor abundamiento el canalla desapareció de Alicante, y mientras duró la curativa de Vicente y hasta que estuvo restablecido, no se dejó ver por la ciudad, sabedor de que en el proceso ni se le habia mencionado por la víctima de su alevoso ataque. Por algun tiempo se abstuvo de aparecer por el barrio de la *Chiqueta*, y Mirall dió por bien empleado el tiro á trueque de verse libre de un asedio, que no podía conducir más que á una desgracia, dadas las condiciones del procaz mancebo y la índole poco sufrida del veterano de la guerra civil.

—Veo acercarse la catástrofe, exclamó el pollo presumiendo de perspicaz y de entendido.

—No tan pronto (repuso Leonart sonriendo). El Pascual no era mozo de abandonar sus malas ideas por tiempo dilatado, y á la vuelta de dos ó tres meses perdió el reparillo de pasar por la calle de su Félis, y primero de prisa y sin mirar, y después despacio y volviendo la cara, tornó á sus rondas por aquel distrito; llenando de angus-

tia el corazón de Rosa y poniendo en sorda fermentación la cólera y el resentimiento en el ánimo de Mirall, que se conocía lo suficiente para prever una contingencia funesta y segura de nuevo choque con aquel miserable. *La Chiqueta* escribió al comisario de policía, uno de sus marchantes más consecuentes, interesándolo en que amonestara severamente á Sos, evitando así un lance desastroso con su padre, y algo hubo de influir esto en la retirada del mocito, quien pocos meses después fué complicado en proceso por homicidio en una taberna, en el que salió condenado á cuatro años de presidio con otros dos cómplices del matador; yendo á cumplir la ejecutoria al peninsular de Valencia.

—Bajo el poder del comandante Montesinos, especificó el marqués de H.*

—Cabalmente (replicó Leonart). Renació la tranquilidad en casa del veterano con la forzada ausencia del malsin que con sus desmanes la perturbaba, y dos años corrieron en sosegado curso para nuestros amigos, que apreciaban más aquella plácida quietud después de los amargos sinsabores que debían á las temeridades y al encono del indigno Pascual. Un aire de perlesía rindió en el lecho á Vicente, y Rosa hubo de tomar una criada, que cuidase al enfermo en tanto que ella atendía á su negocio, y admitir un dependiente, que la sustituyera en el despacho mientras subía á llenar sus deberes filiales cerca del infortunado Mirall.

—Principian las páginas negras, dijo el amigo y tertulio del marqués.

—Vicente resistió bastante á la accion del mal; pero esas naturalezas fuertes no lo son tanto como figuran serlo, y sirven para prolongar la lucha, sin decidir favorablemente su resolucion; y así es que trás de esfuerzos desesperados, multiplicadas tentativas y gastos cuantiosos, el pobre Mirall fué á reunirse con su Marieta; quedando huérfana la Rosa, y sin defensor contra las asechanzas infames de su antiguo novio, que tuvo la desvergüenza de escribirla, dándole el pésame, y manifestando que no habia perdido la esperanza de reconciliarse con ella, reanudando las amantes relaciones.

—¿Constaron esos antecedentes en el proceso de la Mirall? preguntó mi amigo, el jóven abogado.

—Por ellos guío esta relacion (expresó Leonart con noble franqueza.) Al terminar el año de luto, la Rosa fué pretendida por un jóven piloto de uno de los buques de la casa de los señores Lopez, de Alicante.

—La empresa de los vapores-correos, amplió el pollo, siempre ávido de significar sus especiales noticias.

—Rosa amaba verdaderamente al jóven marino, y este contaba con la proteccion afectuosa de sus armadores, que le habian prometido el mando de un bergantin en una promocion inmediata del personal náutico al servicio de la empresa.

El futuro capitán no quería que la *Chiqueta* continuase en el puesto de frutas y legumbres; proponiéndose retirarla del despacho al unir sus destinos, aunque arrendara la dependencia ó la dejase á cargo de subalternos, vijilados en sus operaciones por la hija de Vicente Mirall. Todo Alicante creia que el matrimonio de Rosa y de Jaime Font sería fecundo en felicidades domésticas; pero los camaradas de Pascual Sos, que sabian á qué atenerse en el asunto, oian estos cálculos con sonrisa irónica; limitándose á decir alguna vez, é intencionadamente:—«*eixo non se ha vist encara.*»

—Eso no se ha visto aun, tradujo el marqués de H.* con pretenciosa competencia.

—Un dia recibió la Rosa una carta de Jaime, anunciándola que habia aceptado colocacion en los vapores-correos, y rompiendo sus formales compromisos con la sorprendida jóven en términos sombríamente oscuros, y que parecían envolver una reconvencion amarga de la perfidia femenil; protestando el marino que jamás revelaría los tristes móviles de su costosa determinacion. En la noche de aquel dia, rendida la Mirall al rigor de una intensa fiebre, fué obsequiada por una rondalla de vihuelas y bandurrias, que después de várias tocatas del país, acompañó una jota; distinguiendo la *Chiqueta* entre las voces del coro la de Pascual Sos, hartamente presente á sus ingratos recuerdos. En la mañana del siguiente dia pasó por delante del puesto de fru-

tas y legumbres el presidiario cumplido, con la insolencia en la mirada y la mofa en el gesto; atreviéndose á saludar á la hija del veterano, que volvió desdeñosamente la espalda, retirándose al interior de la tienda.

—Eso se llama requebrar á la muerte, dijo el amigo y tertulio del marqués de H.* con oportuna observacion.

—A los pocos dias, y cerca de anochecer, vinieron á noticiar á la Rosa que el muchacho que tenia á su servio en el puesto, y á quien habia enviado á cobrar unas cuentas aquella tarde, acababa de ser trasladado al hospital, de resultas de una herida en el pecho que le causara cierto desconocido en una taberna del muelle, despues de beber juntos en un camarote y al parecer en la mejor armonía. La *Chiqueta* extrañó el suceso, porque el muchacho era de excelente índole, morigeradas costumbres, incapaz de ofender á nadie y sin relaciones en la ciudad con gente de la vida airada.

—Me huele á Pascual Sos, manifestó el pollo con una guiñada maliciosa.

—Hácia las diez y media de la noche, (continuó Leonart) sentada Rosa junto á una mesa, cargada de melones valencianos, y dormida la criada en el poyo de la escalera al fondo del establecimiento, penetró en el despacho un hombre, á cuya vista se levantó la Mirall, pálida, trémula, indignada.....

—Era Pascual, exclamé con interés vehemente.

—Era Pascual (repitió Leonart con eco lúgubre); Pascual, ébrio y repugnante; Pascual, insultando con su mirada y con su sonrisa á la muger que lo odiaba; Pascual, envilecido por vicios y crímenes, haciendo gala de la impudencia de esos seres que nada tienen que perder. Rosa le señaló la calle con ademan imperioso.—«Buenas noches, pimpollo, dijo el infame con voz balbuciente y tambaleándose. Aquí me tienes, tan rendido como antes, chiquilla, y resuelto á ser tuyo, aunque me lleven los demonios del infierno.»—«Fuera de aquí! exclamó la *Chiquela* con acento ronco y actitud imponente.—«Poco á poco, sal de espuma, insistió el borracho con inflexion burlesca y acercándose un paso, para eso no he dado una puñaladita á tu mozo á fin de que no nos incomodara esta noche con su presencia.»

—No lo decía yo, interrumpió el pollo, muy satisfecho de ver confirmada su conjetura.

—«Tengamos la fiesta en paz, continuó el canalla adelantando otro paso hácia Rosa, que retrocedió hasta apoyar su espalda en el muro. Ya no estorba el tío Vicente; lo que me excusa de dispararle otro trabucazo para quitarlo de medio.»—«¡Asesino! gritó la Mirall, inyectados los ojos en sangre y fruncidas las cejas en siniestra expresion.»—«El marinito, añadió Pascual balanceándose en son de mofa, lo puse al pelo, y después de lo que le conté en confianza, mal tiro me peguen si vá contigo ni á la gloria, flor

de Abril.»—¡Vete, miserable, vete! dijo la *Chiqueta* con desesperacion; asiendo el cuchillo largo y afilado con que se calan los melones, que estaba sobre la mesa.

—¡Diantre de escena! murmuró el marqués, impresionado por aquella narracion dramática.

—El abyecto Sos avanzó, lúbrico y repelente, hácia la hermosa alicantina.—«Convéncete, alma mia, le dijo entre persuasion y amenaza, muger ó querida, de voluntad ó por fuerza, has de pertenecerme tarde ó temprano, quiera Dios ó no quiera, y aunque se hunda la eternidad.»—«¿Te vés? preguntó Rosa con voz ahogada y oprimiendo el cuchillo con mano convulsa.»—«¡Qué me he de ir! contestó el beodo con una risa de desprecio. No has de tener otro hombre mientras yo viva, y con chismes, con mañas ó con el puñal, yo despejaré el campo de rivales ¡ira de Dios!»—«¡Atrás! intimó Rosa viendo acercarse al mónstruo con intenciones libertinas.»—«¡Tontuela! repuso el villano llevando al seno de la Mirall una mano profanadora....

—Comprendo lo sucedido (esclamó mi amigo, el jóven jurisconsulto) y tiene usted razon, caballero. Un jurado habria absuelto con justicia á esa pobre muger.

—El golpe (insistió Leonart) fué derecho y profundo al corazon de aquel hombre, que vino al suelo como herido por un rayo, y los gritos de la criada atraieron á transeuntes y vecinos; acudiendo la autoridad, que mandó conducir el ca-

dáver á la sala de autopsias y llevó á la cárcel á Rosa Mirall, quien marchó tranquila y grave, como el genio de la venganza; y esta frase, señores, es de Lamartine que se la dedica á Carlota Corday en su *Historia de los Girondinos*.

—¡Diablo de Leonar! (dijo el marqués). Cuenta esos lances que dan escalofríos. Juan. Juan.

—Señor, contestó el criado inclinándose respetuosamente.

—Otra vuelta de vino y bizcochos. A mí me gustan las historias para reir, y detesto lo propio lo sério que lo triste.

XIX.

LA LUNA DE MIEL.

(CUENTO VERDE.)

Desde que juntos recibimos en 1849 la investidura academica de licenciados en jurisprudencia canónica y civil, no habia vuelto á ver á mi buen camarada y amigo, Lorenzo M*, rico hacendado en la provincia de Córdoba, diputado provincial y á córtes por el distrito de su residencia, y uno de los adversarios más tenaces del pronunciamiento setembrino de 1868.

Mi hombre habia sufrido un expolio inícuo; entrándose en una dehesa de su propiedad, como Pedro por su casa, dos docenas de comunistas, que á título de *más liberales que Dios*, talaron árboles, descuajaron terrenos, se dividieron en suertes las vestiduras del Justo, y anunciaron que si Don Lorenzo se oponia á la *providencia*

popular estaban dispuestos á fusilarlo como enemigo de las instituciones.

La guardia rural habia sido disuelta y la civil concentrada en la capital. El alcalde era de los que predicaban en el club, constituido en el pósito, que la propiedad no pasaba de un robo y la herencia de un crimen, y el juez y el promotor fiscal aconsejaban á Lorenzo que dejase transcurrir los dias, sin especie alguna de reclamacion hasta mejores circunstancias; expresando el juez que nada violento podia ser durable, y recordando el promotor aquello de—«*post núbila Phœbus.*»

Mi amigo no era hombre de tolerar que bajo pretexto alguno se le trasladara á la época de los vándalos, y habiendo hecho en Córdoba plena justificacion del despojo violento que le imponía una fuerza arbitraria, acudió en queja al Tribunal superior del territorio, haciendo presente que Thémis hacía la falda de Sierra-Morena transijía con los atropellos y los delitos, en los primeros y fúlgidos albores de la España con honra del programa de Cádiz, obra clásica del laureado autor del «*Tanto por ciento.*»

Mi buen condiscípulo fué á verme al archivo municipal, que aun no habia sido objeto de tala y desmoche por los ediles federalistas, y después de contarme los maleficios que le causaran al májico grito de ¡*Viva la Libertad!* y los pasos en que le traia la defensa de su vulnerado derecho, me interesó en cuanto pudiese contribuir al logro

de sus justas pretensiones en la Audiencia; pres-tándome, como era natural y consiguiente, á cuanto alcanzara en su favor mi influjo en esta metrópoli.

Por fortuna de Lorenzo el Tribunal no era el que tenia que entenderse con los comunistas que se habian repartido la dehesa, y como nada aventuraba en la cuestion, previno al juez que hiciese pronta y cumplida justicia al despojado por los demagogos; procediendo criminalmente contra los rezagos de Alarico, con apoyo del alguacil, único auxiliar de la accion jurídica en aquella zona y por aquel entonces. Comprendimos perfectamente que el mandato del tribunal y el acuerdo de los ratones de la fábula de poner cascabels al gato corrian parejas; pero el punto de honra quedaba á salvo con esta resolucio-n, y M.* decidió regresar á Córdoba y promover, desde allí lo que fuera dable en tan escepcionales tiempos, hasta que Febo saliera de entre nubes, como decía el promotor fiscal.

Antes de su partida quiso Lorenzo reunirse con sus condiscípulos, y aunque de más de ciento veinte que terminamos juntos la carrera, no quedaban más que siete en la metrópoli de Andalucía, los invitó á una comida en la fonda de los Suizos por medio de cariñosas cartas; prometién-dose un rato de expansion y de solaz, que yo ni tuve la candidez de prometerme, ni la crueldad de predecir al Anfitrión que le engañaban sus lisonjeros cálculos. Así como no brinda el

otoño la magia particular de la primavera, la sociedad de los hombres serios nada tiene de común con esas reuniones juveniles, tan francas y tan alegres, tan bulliciosas y chispeantes de gracia y de malicia.

Salimos á dar una vuelta por los sitios céntricos de la capital, y M.* quiso visitar el Alcázar, de cuyos jardines conservaba reminiscencias encantadoras en aquellas temporadas de pascua de Resurrección á *Córpus-Cristi*, en que se franqueaban al público todas las tardes de días festivos.

Al atravesar la galería acristalada que del salón de azulejos, llamado de Carlos Quinto, conduce á la entrada del estanque de la reina, M.* se asomó á ver los jardines, y me hizo una seña para que me acercase á la vidriera, donde se habia instalado. Obedecí á su indicación, y siguiendo el rumbo que me trazaba su índice con impaciente vehemencia, descubrí junto á la verja de hierro, que separa al patio de los baños de María Padilla del resto de los jardines, una joven y elegante pareja, que se besaba á hurto de una especie de *cicerone* que los precedia, y marchaba delante con un libro en la mano, probablemente *Guía general* del viajero británico en España. El Abelardo era un mancebo de traza gentil y la Heloisa una rubia esbelta y lánguidamente voluptuosa. Volvió la cara el *cicerone*, y por poco sorprende el tercer beso de contrabando; pero los amantes suspendieron el ejercicio de

guerrillas, y continuaron su interrumpida ruta.

—¿Qué te parece? me preguntó Lorenzo.

—Que en estos lances el espectador se divierte poco, respondí con la ingenuidad que me caracteriza, aunque me haga este favor.

Entramos en los jardines, y recorriéndolos como quien los conoce, llegamos al estanque del leon, y allí estaba la jóven y amante pareja con el intérprete, asomada á la ventana que dá vista á la huerta del Retiro, y el brazo de Marsilla entorno de la flexible cintura de Isabel, y la mano izquierda de Tisbe sobre el hombro del enamorado Píramo. El *cicerone* les volvía discretamente la espalda.

—Continúa el período crítico, me dijo Lorenzo á media voz.

—Y llegará el álgido, le respondí, seguro de que no me equivocaba en el pronóstico.

Habiéndonos detenido á descansar un rato en la glorieta de la fuente de Neptuno vimos pasar al *cicerone* por una calle de bojés y mirtos, silbando el wals de la *Traviata*, y poco después cruzó aquella vía lentamente la jóven pareja, mirándose sin proferir una palabra; pero palpitante ella bajo la impresion de los ardientes ojos negros de su galán, y extasiado él en el rayo de ternura que despedían las pupilas de color de cielo de la interesante dama.

—¡Canario! (esclamó mi amigo). Parece que les sobra el mundo á esas tórtolas. ¿No los ves, hombre?

—No seas envidioso (le dije con gravedad). El amor será ridículo para quien lo vé; pero es muy dulce para quien lo siente.

—Sin duda son amantes, afirmó Lorenzo siguiéndolos con la vista al través de mirtos y bojés,

—Ó esposos en la luna de miel, que es todavía peor; contesté prefiriendo esta hipótesis á la de M.*

Salimos del Alcázar y entramos en la Catedral, donde se cantaban vísperas, y al pasar por el tras-coro encontramos á la consabida pareja y al intérprete, escuchando el cántico de los sacerdotes y en una actitud de profundo recogimiento.

—Ahí los tienes, murmuró á mi oído el despojado por los comunistas.

—Me confirmo en que son marido y muger, le respondí con plena convicción de lo que aseguraba.

Segun me lo habia figurado, la comida entre condiscípulos empezó bajo la presion fatigosa de una asamblea forzada; porque entre los ocho convidados de Lorenzo habia dos enemigos capitales, que hacian inauditos esfuerzos por evitar un choque inminente; adversarios políticos, que rabiaban de verse juntos; un abogado, acojido al comercio, que renegaba de sus estériles estudios; un magistrado cesante, que trataba de mantener distancia categórica, y un servidor de ustedes, Demócrito de la reunion, que se reía del chasco

de M.* y de las pequeñas pasiones de aquellos hombres, desorientados por una situación anómala que no acertaban á transijir. Dosch y Paulin correspondieron á su bien sentada reputación y la comida fué espléndida; pero concluyó sin ruidosas expansiones y sin más bríndis que el de Lorenzo á sus antiguos camaradas y mi respuesta á nombre de todos ellos.

—Chico (me dijo M.* al salir de la fonda) me ha costado quinientos reales la decepcion más triste de mi vida ¡Qué gente! Gracias doy al cielo, que me ha conservado el corazon de la juventud ó la juventud del corazon.

Como Lorenzo era, cual suele decirse, lo propio para un fregado que para un barrido, se encontró en el café con unos cordobeses, convidados al baile de Manuel Barrera y á oir cantos gitanos y andaluces, y sin hacerse mucho de rogar convino en acompañarlos, queriendo arrastrarme en la corriente de sus gustos tumultuosos; pero le desengañé de tan cándida ilusion, demostrándole que cuando se dá un adios eterno á la vida airada, para refugiarse en la ordenada existencia de familia, todo lo que ofrece la una no indemniza un ápice de lo que se pierde en la otra, y cuando intentó burlarse de mi programa de hombre de bien me encogí de hombros por toda respuesta; despidiéndome de él hasta el día siguiente y anunciándole que iría á darle un abrazo en la estación del ferro-carril.

Llegué á la estación á poco más de las nueve

y media, paseándome por el anden exterior, entretenido en el arribo de viajeros en berlinas, carretelas y ómnibus, y reparé en un *break* elegante, cubierto de cortinas de hule, en cuyo pescante iba el *cicerone* del Alcázar con su guía en la mano.

Al detenerse el *break* abrióse la portezuela, y saltó del estribo al suelo el enamorado jóven, para recibir en sus brazos á la rubia lindísima que le servía de cariñosa pareja; viniendo á incorporárseles el intérprete á quien habló el mancebo en francés, dándole órdenes y un bolsillo.

El *cicerone* se dirigió á evacuar los recibidos encargos, y París, dando el brazo á Helena, emprendió una série de paseos por el anden, absorviéndose en un diálogo, igual exactamente al que los embebía en la calle de mirtos y bojés de los jardines del Alcázar.

Pepin, el antiguo y conocido camarero de la fonda de Madrid (calle del Naranjo), se acercó á los derretidos amantes para decirles con su eterna sonrisa que los equipajes quedaban facturados, brindándose cortés á su entera disposicion, y el caballero por toda respuesta le alargó medio duro, que *Pepin* remuneró con diez profundas reverencias del más clásico estilo oriental.

El *cicerone* volvió con los billetes y un talon azul, entregando el bolsillo al gallardo Alfredo de aquella gentil Margarita, y los tres se encaminaron á la sala de espera, mientras yo detenía

á *Pepin*, obsequiándole con una breva de Cabañas, de las servidas á los postres en la comida famosa entre condiscípulos en el día anterior.

El complaciente camarero me reveló que aquel Paolo y aquella Francesca eran franceses, hijo él de un banquero de París y hermana ella de un negociante de Gibraltar, que unidos en santo é indisoluble lazo por el Vicario general, Obispo de Antinoe, se dirijian á Francia en los primeros arrullos de un tierno é insaciable amor.

En esto llegó el ómnibus de la Central y corrí al encuentro de M.^{*}, que me alargó la mano con efusion afectuosa; contándome que los cordobeses habian hecho durar la grímpola hasta las siete de la mañana, sin dejarlo retirarse, como lo pretendiera inútilmente; confesándome que estaba rendido de cansancio y pesaroso de no haber excusado la diversion con cualquier pretesto.

Llegó la hora de la partida, y pudimos notar que iba escaso de gente el tren correo; ocupando mi amigo un wagon de primera clase, enteramente solo y donde se rellanó á guisa de Sultán, abrigándose los piés con una manta jerezana, y disponiéndose á rivalizar con los siete históricos durmientes de Efeso, indemnizándose del mal rato de la jarana de bailarinas y cantadores en la noche precedente.

Venian ya cerrando portezuelas y el ciudadano de la campanilla se aprestaba al toque de marcha, cuando la Julieta de Gibraltar y el Romeo de Paris, saliendo apresuradamente del sa-

lon de descanso, treparon al wagon donde Lorenzo se congratulaba de ser viajero único; instalándose enfrente de él, en el ángulo opuesto, y unidos como dos palomas. M.* hizo un movimiento para huir de la chamusquina; pero un mozo de la estacion cerró la portezuela, asegurando el picaporte, y la campanilla anunció que el tren iba á salir inmediatamente.

—*Chabó*, (me dijo Lorenzo con un gesto de legítimo zíngaro) me van á partir estos *gachones*.

—Ya me contarás lo que suceda, le contesté riendo de la posicion bufa en que veia á mi antiguo camarada.

El pito del gefe de estacion provocó el silbido atronador de la locomotora, y un impulso gigante arrastró sobre las paralelas de hierro al tren, que desapareció entre nubes de humo blanquecino, que servian de estela á su rápida marcha.

De buena gana, lectores míos, renunciaria á completar esta curiosa relacion de una aventura histórica, insertando los chistosos párrafos de la espresiva carta, en que Lorenzo me referia lo ocurrido; pero no puede ocultarse á vuestra perspicacia que una epístola confidencial y de carácter privado no se encierra en los discretos límites, que separan al cuento verde de la anécdota inmoral, y debo por tanto proseguir la narracion, como si la inventara, por más que me ajuste esencialmente á lo acontecido.

M.* trató de conciliar el sueño, echándose á la cara su gorra de viage y reclinando la cabeza en el almohadillado del espacioso wagon; pero el chasquido de un beso le hizo entreabrir los párpados, apercibiendo á Madama con la mano en la boca de Monsieur, en actitud de obligarlo á callar, y ruborizada de lo que en secreto le dijera. Monsieur habia besado la mordaza que en sus lábios se ponía.

—Alberto, eres un imprudente, exclamó la francesa con una vocecita de ruiseñor en el amoroso piteo que preludia sus trinos inimitables.

—Perdona, Laura, contestó el Macías parisiense. No sé lo que hago.

—Hay un extranjero en el coche, alegó Laura revistiéndose de formalidad.

—¿No ves que duerme, ángel mio? contestó Alberto apoderándose de la mano que le habia servido antes de mordaza.

—No seas loco, Alberto, suplicó la fresca Hébe con una mirada enloquecedora.

—Ángel adorado, dijo el mancebo con acento impregnado de ternura, y acercándose á su linda mitad.

Lorenzo tosió; arregló la manta que le abrigaba las piernas, y se reclinó de nuevo procurando dormirse.

Poco duró el silencio de los jóvenes esposos.

—Laura, alma mia, dijo Alberto ¡qué felices vamos á ser en Paris!

—¡Ay! (contestó ella con un profundo suspiro) Cada paso que me acerca á esa capital parece que me aparta del sendero de la dicha.

—Tontuela ¿por qué tienes esas preocupaciones?

—Le temo á tus amigos; á tus relaciones de soltero; á tus parejas de wals y de polka; á esas damas del *demi-monde*, que rivalizan con las grandes señoras en lujo y en exhibicion perenne; á las loretas; á las *biches*; á las grisetas; á las bailarinas....

—Mi tesoro, murmuró el Manrique de aquella apasionada Laura, reclinando la cabeza en su hombro con sabrosa languidez.

—Si por ellas me olvidaras....

—Nunca, nena mia, nunca, interrumpió el parisiense, abrazando á su costilla con entusiasmo delirante.

Lorenzo se incorporó, plenamente convencido de que con aquel murmullo no se cojia el sueño.

—El español despierta, advirtió maliciosamente la dama, rompiendo el amante lazo que la oprimia.

—El mundo entero se me figura vacío al lado de mi Laura, contestó aquel Petrarca galo con enardecimiento febril.

—¡Voto á sanes! (dijo M.* para su sayo.) Quisiera no haber aprendido el francés.

—Vamos, juicio, repuso la hechicera rubia, apartando de sí una mano extraviada del adorador de sus encantos.

—Si tuviéramos el anillo de Gíjes, exclamó Alberto con expresión dulcemente melancólica.

—¿Y quién era ese caballero? preguntó con viva curiosidad la graciosa Laura.

—Gíjes era un rey de Lidia, afortunado poseedor de un mágico anillo que al volver la piedra hacia el dorso de la mano lo hacía invisible.

—¿Y no tenía más que un anillo? interrogó la seductora joven con maliciosa y provocativa intención.

—¡Bendita seas, criatura adorable! contestó el enamorado esposo, reprimiendo á duras penas sus impulsos.

—¡Bonito viaje! pensó Lorenzo entre el despecho y la forzada conformidad.

—Mira, mira qué lindas cabras, dijo Laura señalando al hato que se apercibía en una loma del paisaje.

—Mejores las encontraremos en nuestra casita de Rambouillet, respondió Alberto. Ya verás, *ma mignone*, qué casita tan encantadora; y es mia, enteramente mia; comprada con mis ganancias en la ruleta de Baden.

—¿Y tiene acacias en el jardín? preguntó Laura con un gorjeito de canario..

—Tenía una; pero dí orden al jardinero de que la arrancara, replicó el marido con cierta confusión.

—¿Y por qué? insistió la rubia con impacien-

te exigencia en la voz y en el gesto.

—Porque tenía cifras enlazadas y una fecha....

—Comprendo (cortó la gacela convertida en leona). Esa sería la polaca, por quien se interrumpieron nuestras relaciones.

—Oh! no lo creas, mi vida.

—¿Con que era otra? dedujo con indignacion la ofendida beldad, levantándose altiva y amenazante.

El esposo quiso atraer sobre sus rodillas á la agraviada consorte, que tornó á sentarse, volviéndole desdeñosamente la espalda.

—Bueno vá, si dura el enfado, pensó Lorenzo, gozándose en el repentino disturbio de la pareja.

Alberto, á fuer de buen hijo de París, sabia muy bien el espacio que debe otorgarse al enfado de las mugeres, y esperó el término de la interrupcion de comunicaciones, entretenido en repasar los eslabones de su leontina belga.

—Caballero, (declaró Laura volviéndose de improviso hácia su cónyuge) venderá usted esa endiablada casita. ¿No es cierto?

—¿Y quién la comprará, señora? (replicó Alberto con gravedad). En todas las puertas, en todos los muebles, por todas partes, hé mandado poner nuestras iniciales unidas, y en lugar de la acacia....

—No hable usted de la acacia, previno imperiosamente la tentadora hermosura.

—En lugar de la acacia (repitió el tuno parisiense) habrá un laurel verde y lozano, en cuyo tronco grabaremos una cifra y una fecha que resistan al tiempo y sobrevivan á los grabadores.

En la tierna sonrisa de Laura habia un perdon que demandaba el requisito del sello.

Lorenzo tosió con brío porque temia ver sellar el perdon en su presencia.

—No seas celosa, monita mia, dijo el mancebo, acariciando á su rubia con una mirada de ardiente exaltacion.

—Entonces no te amaría como te amo, respondió ella, recostándose sobre el pecho de su marido con voluptuoso abandono.

Alberto pasó su mano blandamente por las ondas doradas de aquella cabecita de querubin.

—Te doraba toda, exclamó con transporte indescriptible en su intensidad.

—¡Qué locura! (repuso Laura incorporándose y mirando fijamente á su marido) ¿Y cómo harías eso?

—Doraba tu cabeza de geniecillo de Watteau, dijo el esposo apoderándose de aquella carita oval y picaresca.

—Adelante.

—Doraba tu cuello de cisne, *recreándose en las frescas ondas*, como dice Dúcis.

El silbato de la máquina anunció la estacion primera de la línea; retardando el tren su marcha gradualmente.

—Doraba luego tus hombros dignos de la Venus Afrodita, prosiguió el doncel con vehemencia.

—Continúa dorando, le animó la dorada con escitación contajiosa.

—Doraba después tus tornátiles espaldas, tus..

El tren se detuvo con brusca sacudida, y una voz acompasada gritó —«*La Rinconada: dos minutos.*»—

Lorenzo se precipitó del coche, arrastrando la manta, y refugiándose en el contiguo departamento del mismo wagon.

—Ola Don Lorenzo, le dijo el inspector que iba solo en el departamento aquel. ¿De donde se viene?

—De ahí junto (respondió mi camarada amostazado) donde me venian dorando á fuego.

—Pues aquí iremos como dos rosas, repuso el inspector, cerrando la portezuela que dejára abierta M.*

—¿No hay *reservados* para las mujeres que viajan solas? preguntó Lorenzo.

—Sin duda contestó el inspector.

—Pues debia haber otros *reservados* para matrimonios en la luna de miel. ¡Fuego de Dios en la tal luna!

XX.

LA TAPADA.

(CUENTO AZUL.)

I.

La procesion Eucarística recorre su estacion en Sevilla, con la suntuosidad y grandeza que distinguieron siempre á su cabildo. Una multitud inmensa puebla las calles por donde debe transitar, y el vecindario adorna las fachadas para festejar dignamente al Rey de cielos y tierra, Sacramentado á la adoracion de un pueblo eminentemente religioso. El mirto, el arrayan, las verdes hojas del naranjo y las rosas, sirven de tapiz al paso de la ostentosa procesion. Las campanas mezclan su clamoreo al susurro de la muchedumbre, semejante al mugido de la mar que se estrella en las playas, ó al trueno que se pierde entre las últimas, tempestuosas nubes.

Corria el año de 1608, y nadie podia sospechar que en aquel año, y aquel día precisamente, entraba en los inescrutables fines de la Providencia llamar por medios estraordinarios al gremio de los escogidos á un hombre, honor de su siglo, de su patria y de su ciudad natal.

Entre los que acompañaban al cabildo se distinguia por el lucimiento de su persona, adornada con ricos y costosos vestidos, por su brío natural y airoso continente, *Don Mateo Vazquez de Leca*.

Nacido en la reina del Bétis en 1573, pertenecía á una prosapia ilustre; siendo sobrino del Arcediano de Carmona, secretario del despacho universal del Sr. D. Felipe II. El Cardenal Arzobispo, D. Rodrigo de Castro, le admitió en el número de sus familiares, apenas comenzados sus estudios en la universidad de Alcalá; concediéndole un canonicato en la colegial del Salvador, no teniendo aun cumplidos los quince años. En 1591, graduado de bachiller en filosofía, y mediante dispensa de la Santidad de Gregorio XIII, el Cabildo Catedral, por fallecimiento de su tio, le hizo por sus votos canónigo y Arcediano de Carmona; otorgándole licencia para continuar sus estudios. En 1596, ordenado de subdiácono en Osma, fijó su residencia en Sevilla; disfrutando de rentas pingües, y entregándose á vanidades fastuosas, si bien aplaudidas por jóvenes poco reflexivos, censuradas con razon por las personas sensatas.

Este era el hombre que en medio del respeto que indicaba, acompañando la más augusta de las procesiones, no podía disimular el conato de hacerse visible, y las pretensiones de singularizarse por la profanidad de su adorno, en contraste con las exigencias de su ministerio.

La procesion se encontraba en las últimas calles de su tránsito, y D. Mateo devoraba con la vista las esquinas y encrucijadas, como quien busca una persona en lugares de cita, fijados de antemano.

Era que una dama de gentil apostura, seductores contornos y aire tentador, pero cubierta con un negro y rico manto, se habia acercado al mancebo al pasar por todas las esquinas de la estacion; y siempre una mano de fabulosa pequenez, prisionera en un guante de ámbar-grís, habia tocado su brazo, y una voz melodiosa murmuró á su oído—«*Á la tarde nos veremos.*»

Y Don Mateo, escitado por la curiosidad al principio, y despues alarmado al notar la insistencia de aquel requirimiento amoroso, temia ya que la encubierta no continuara su táctica de rodeos para venir á situarse en las esquinas que faltaban hasta el ingreso en la casa de Dios.

Entraba D. Mateo por la puerta próxima á la Giralda, cuando sintió la mano femenil estrechando su brazo tiernamente; y al tiempo mismo el eco insinuante de una dulce voz, apagándose en blando arrullo, le dijo:—«*Hasta la tarde, señor mio.*»

—Pero, hermosa dama, exclamó el jóven Arcediano, no basta el cuando: quiero que me digais el dónde.

—Aquí mismo, contestó la dama, perdiéndose entre el gentío.

—Aventura tenemos, dijo para sí el héroe de nuestra historia. Si el rostro corresponde al aire y al andar, la mano y la voz, es una conquista de primer orden la dama del manto.

II.

El órgano prolonga sus torrentes brillantes de armonía por las bóvedas de la grandiosa catedral.

El incienso, elevándose en espirales caprichosas, impregna la atmósfera del santuario de su grata esencia.

El altar mayor, de plata trabajada á martillo, deslumbra reflejando la luz de los círios y las hachas que arden en honor del Augusto Sacramento.

Las crujías laterales permanecen en una semi-oscuridad que tiene mucho de solemne y misteriosa.

De trecho en trecho arde tranquila una lámpara, imagen de la piedad, que recogiendo el alma en el seno de Dios, la pone al abrigo del viento de las pasiones, que principiando por agitarla,

concluiría por extinguirla al soplo de una ráfaga violenta.

Don Mateo no cesa de pasear por la puerta donde vió por última vez á la tapada; desespe-rándose por lo que tarda en acudir á la cita, y llevando á la casa de la oracion y de los sacrifi-cios el espíritu libertino y las intenciones libidi-nosas.

Al fin se presentó la dama encubierta, acer-cándose al mancebo con paso lento y mesurado.

—Sois poco exacta, señora mia, la dijo el Arcediano.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, repli-có la muger misteriosa.

—Espero que me hagais el honor de mostrar-me la faz, repuso D. Mateo, ardiendo en volup-tuosa codicia.

—Aquí me es imposible, caballero.

—Indicadme á donde debo seguiros.

La gallarda hembra del manto le hizo señal de que la siguiera, y el engreido canónigo fué en pos de sus pasos hasta la capilla de los Reyes.

—Sois muy exigente, exclamó la dama.

—Perdonad, pero insisto en que me dejéis que os vea el rostro, respondió Vazquez de Leca.

—¿No podeis dispensarme esa condicion?

—De ningun modo; y si no principiais por ahí, comenzareis nuestras relaciones enoján-dome.

—Pues lo quereis, sea. Acercaos, mi lindo galan.

—¡Feliz quién en vida vá á ver el cielo!

En este punto la dama abrió, no su manto, sino toda su vestidura.

Era un hórrido y espantable esqueleto.

Un esqueleto, que abrió sus brazos descarnados, como para abarcar el cuello del descuidado eclesiástico.

Un esqueleto, de cuyas concavidades oculares salió una luz cárdena, y cuyas mandíbulas se adrieron, como si intentara una sonrisa de burla, imposible de marcar.

Don Mateo, poseído de pavor, enloquecido por el espanto, salió de la capilla, erizado el cabello, la mirada delirante, trémulo, y gritando:—*«¡Eternidad, eternidad...!!»*

Advertido de este modo por la Providencia, Don Mateo Vazquez de Leca fué despues un sacerdote ejemplar; insigne en letras y virtud; padre de los pobres; memorable por los beneficios de su liberalidad y los frutos de sus trabajos evangélicos.

Esta poética tradicion sevillana termina un libro, en que he tratado de merecer vuestra atencion por la amena diversidad de los asuntos y la variedad de estilo en sus narraciones, históricas y de pura invencion.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

I.	
EL MONTE, cuento blanco.	5
II.	
EL CAZADOR DE HOMBRES, cuento negro. . .	20
III.	
EL DOCTOR KAUNITH, cuento verde.	35
IV.	
LA RUBIA, cuento azul.	48
V.	
HÁTCHIS, cuento blanco.	62
VI.	
PIERROTTTO, cuento negro.	77
VII.	
UNA CONQUISTA, cuento verde.	96
VIII.	
DÁTILES Y CEREZAS, cuento azul.	112
IX.	
FRINEA, cuento blanco.	127
X.	
TRAGABUCHES, cuento negro.	147
XI.	
TERCETO COREADO, cuento verde.	160

XII.	
DOS EJEMPLOS, cuento azul.	176
XIII.	
LA GOTA DE AGUA, cuento blanco.	189
XIV.	
CONSUELO, cuento negro.	196
XV.	
LA ADUANILLA, cuento verde.	212
XVI.	
UN SANTO Y UN REY, cuento azul.	227
XVII.	
SALUS INFIRMORUM, cuento blanco.	248
XVIII.	
ROSA MIRALL, cuento negro.	256
XIX.	
LA LUNA DE MIEL, cuento verde.	291
XX.	
LA TAPADA, cuento azul.	307



